

# RICCARDO D'AURO

**9 DE NOVIEMBRE DE 1943**

## **LA DESTRUCCIÓN DE BORRELLO**

*"Riccardo D'Auro es el autor de esta obra y de otras que tienen como tema principal a Borrello y los acontecimientos que lo han involucrado, desde fines de los años '800 hasta los 50 de los '900: la emigración, la destrucción y la reconstrucción.*

*Le estoy agradecido por haber permitido la divulgación en el Sitio de Borrello de mi traducción, para que sea conocida tanto por los numerosos conciudadanos que han llegado a la República Argentina como por sus descendientes".*

**Esta traducción del Libro de Riccardo D'Auro es un humilde homenaje al pueblo de Borrello, cuna de mi abuelo Clorindo Beviglia (1871-1935), y a todos los borrellanos, con la esperanza que las nuevas generaciones conozcan los sufrimientos padecidos por sus mayores durante la guerra y sientan por ellos el orgullo, la admiración y el respeto que merecen.**

**El trabajo no tiene pretensiones literarias, es más, es absolutamente imperfecto puesto que mi comprensión de la lengua italiana es muy limitada, pero como compensación, contiene todo el cariño que siento por Borrello y su gente, aún sin haber estado nunca allí.**

**Deseo dedicar este trabajo a:**

**Gaetano, Rita, Elena y Laura D'Auro.**

**Raffaello, Luciana, Mariagrazia y Lara D'Auro.**

**Marisa y Elsa D'Auro.**

**Mi agradecimiento a:**

**Mi esposa Elba, por su paciencia y comprensión.**

**Marco Palmieri, por su valiosa ayuda.**

**Roberto Ulises Beviglia**

**Ciudad de Buenos Aires, República Argentina, 19 de marzo de 2007.**

**RICCARDO D'AURO**

**9 DE NOVIEMBRE DE 1943  
LA DESTRUCCIÓN DE BORRELLO**

*A mi Padre, que con diligencia  
y previsión registró los  
trágicos sucesos de aquellos días.*

**ÍNDICE**

<b>Prólogo.</b>	<b>Página</b>	<b>2</b>
<b>Capítulo 1º - 9 de noviembre.</b>	<b>Página</b>	<b>3</b>
<b>Capítulo 2º - La noche. Los hechos previos.</b>	<b>Página</b>	<b>5</b>
<b>Capítulo 3º - 10 al 25 de noviembre.</b>	<b>Página</b>	<b>19</b>
<b>Capítulo 4º - 26 de noviembre al 31 de diciembre.</b>	<b>Página</b>	<b>34</b>
<b>Capítulo 5º - 10 de enero al 10 de junio de 1944.</b>	<b>Página</b>	<b>47</b>

**PRÓLOGO**

En los últimos años he sentido muchas veces el impulso de desarrollar los concisos apuntes que mi padre realizó diariamente a lápiz, en su pequeña libreta, durante el período en que el ejército alemán estuvo en Borrello – del 12 de octubre al 25 de noviembre de 1943 – que nosotros, los que lo vivimos, lo recordamos como “EL TIEMPO DEL MONTE”. ¿Qué mejor ocasión para cumplir esta aspiración que el cincuentenario de aquel terrible suceso?

Fueron cuarenta y cinco días memorables en la historia de nuestro pueblo, acaso los más importantes, aunque, lamentablemente, hayan sido los de su destrucción.

Un desgraciado lapso que seguramente se sintetiza en la jornada más tremenda: El NUEVE DE NOVIEMBRE, cuando a las 10 de la mañana, los grupos de demolición, con el apoyo de la SS, iniciaron la destrucción sistemática del pueblo.

Este escrito no tiene ninguna pretensión histórica; tiene sólo la intención de dejar a los jóvenes una memoria de los hechos para que conozcan y recuerden el gran sacrificio impuesto por la barbarie germana: la pérdida del noventa por ciento de las casas, de todas las obras públicas, de los servicios y, sobre todo, la muerte de veintiséis personas, víctimas directas e indirectas, aunque sucesivamente en el tiempo, a causa del estallido de artefactos explosivos. Quedan

todavía, después de tantos años, los signos del desastre: muchos edificios no reconstruidos en la parte nueva de las viviendas y casi la totalidad de los del centro histórico. Pero los signos más graves se encuentran en lo íntimo de nosotros que soportamos aquella perversidad en toda su impiedad. Cincuenta años no han sido suficiente para borrar de la memoria la terrorífica vejación sufrida, el miedo a la muerte que tantas veces nos había rozado. Por la noche en las casas reconstruidas retorna la pesadilla de las ruinas humeantes y está siempre viva la angustia en aquellos que fueron muy perjudicados, porque las heridas profundas tardan mucho en cicatrizar.

Estos apuntes los he escrito hasta el 1º de junio de 1944, cuando con la liberación de Roma, cae también la Línea Gustav, en la cual estaba incluida la región del Sangro y los alemanes abandonaron nuestra zona y los Abruzzos. Dejaron la montaña, ahora cubierta de nieve bañada en sangre, el valle convulsionado por una espantosa destrucción, los pueblos arrasados hasta los cimientos, pero sin conseguir domar el altivo ánimo de nuestra gente, de nosotros los de Borrello en particular, que olvidados en la “tierra de nadie”, en aquella misma primavera habíamos comenzado ya las obras de reconstrucción.

*Borrello, octubre de 1993*

P.S.: Han transcurrido otros tres años desde la primera escritura del libro, durante los cuales he reconstruido los hechos de armas y los movimientos de las tropas ocurridos en 1944, de los que no teníamos conocimiento debido al largo aislamiento y también a causa de aquel durísimo invierno. Su redacción ha sido posible por la colaboración, que agradezco profundamente, del National Archives of Canada y el Profesor Giovanni Artese, este último autor de “La guerra in Abruzzo e Molise 1943-1944”.

En el intermedio, varios amigos han tenido la bondad de leer el libro, algunos de los cuales han vivido las vicisitudes relatadas y me han estimulado a publicarlo. He cedido a su insistencia con la esperanza de contribuir a hacer conocer la historia de nuestro pueblo.

*Borello, marzo de 1997.*

## CAPÍTULO 1º

### 9 DE NOVIEMBRE

**“Raus, raus, ... sfollare, ... minen, ... Kaputt, alles kaputt ...”**

Estas palabras resonaron siniestras en la fría y neblinosa mañana del 9 de noviembre de 1943, en la plazoleta bajo el Municipio, propagándose a lo largo de la Costa, del otro lado de la Plaza, por las callecitas vecinas y luego por el resto de las viviendas. Lo gritaban algunos alemanes acuciando al “podestá” y al mariscal de los Carabineros, explicando en su pésimo italiano que ordenaban a los pobladores la evacuación inmediata de sus casas y que se alejaran al campo, porque poco después habría de comenzar la destrucción sistemática del pueblo.

Los pedidos de aclaración y de justificación, realizados en tono fuerte, fueron vanos y podrían continuar hasta el infinito, en tanto que sus planes no sufrirían ni variaciones, ni un minuto de atraso. Por fin los interlocutores se dieron cuenta de que insistir en esa actitud constituía sólo una pérdida de tiempo y un mayor peligro para la población. Esas órdenes, así de graves y perentorias, parecían inverosímiles, porque todos habían creído en la partida definitiva de los alemanes, la que tendría lugar en cualquier momento, después de casi un mes de presencia masiva en las casas y en las calles. Se produjeron discusiones, porque era necesario tener consideración para con los niños, los ancianos y los enfermos, que no podían dejar sus casas a las puertas del invierno, con un frío que ya era muy intenso. Además porque, de tener éxito, retardar la decisión podría significar la modificación de esos planes.

Todas las tentativas ante el oficial del puesto, que buscaban hacer aparecer como una cosa grave e imposible la interrupción de un servicio público, eran inútiles. Sin embargo, nadie creía que el pueblo pudiera ser destruido, más bien se pensaba que la expulsión de los pobladores era un medio de tener plena libertad, tal vez, para una gran concentración de tropas en vista de una inminente batalla. En efecto, desde algunos días a esta parte, el retumbar del cañón se escuchaba muy cercano.

Mientras transcurría el tiempo, comenzaron a aparecer de improviso algunos camiones cargados con materiales y hombres que utilizaban un uniforme diferente de los de tela verde vistos hasta ahora. Algunos de ellos, vestidos de oscuro con brazaletes negros con la cruz svástica, lanzaban gritos imperiosos mirando torvamente y con sospechas. Aquello fue el llamado a la realidad, el estímulo para hacer frente de inmediato a la situación; de advertencia para todos, especialmente para los ancianos solos; de ayudar a evacuar a los enfermos y los inválidos; a tratar de convencer a la gente de llevar consigo lo estrictamente necesario.

Mi madre, que había pasado la noche conmigo y con mi hermana en la casa de los tíos, me mandó con muchas recomendaciones, a llamar a los abuelos para que se unieran a nosotros, mientras ellos en medio de una confusión increíble, continuaron preparando todo lo que fuera necesario llevar para sobrevivir. La "Casa Grande", así la habían llamado los alemanes desde su arribo para distinguirla de las demás, estaba ocupada por pocos militares, tal vez los únicos que por la noche habían permanecido en Borrello. Uno de ellos, que estaba de guardia en la entrada, donde hacían una exhibición de algunos fusiles ametralladora alineados en tierra; apenas me vio, me llevó a la cantina, ordenándome que cortara la leña. Traté de explicarle la importancia y la urgencia de la misión que me encomendaron y que yo también, en el fondo, era de la casa, pero fue inconvencible y sólo la llegada del abuelo lo convenció de desistir.

Los abuelos, que cobijaban a la vieja y enferma tía Carmela, se rehusaron a seguirme, en cambio me solicitaron que volviera a casa, recomendándome que como ya era todo un hombrecito, cuidara de las mujeres. Los acompañé hasta nuestra casa de campo, la casita del Arciprete, donde desde hacía un tiempo se había refugiado mi padre, para sustraerse a las frecuentes levadas de hombres, y donde le habíamos hecho compañía también nosotros. Los abuelos me prometieron que permanecerían en la casa mientras que los alemanes lo permitieran, con la esperanza de que, mientras eso ocurriera, poder sacar de ella la mayor cantidad posible de elementos. Mi llanto y la insistencia no tuvieron ningún efecto, así que crucé nuevamente el pueblo a la carrera, mientras todos estaban ocupados en la tarea de abandonar sus casas en medio de gritos y llantos de pena.

El éxodo se había iniciado con variados destinos, sobretodo hacia los escasos refugios existentes en la campaña, donde cada uno esperaba encontrar un lugar según una escala de categorías, que por cierto los propietarios tendrían en cuenta.

Nosotros, que descendíamos hacia el "Valli", estábamos juntos al otro lado del Cantone Marcello cuando oímos a nuestras espaldas una fortísima explosión, mientras volaban violentamente escombros que, superando la gran mole de la Iglesia Madre, caían esparciéndose por las rocas. El terror se apoderó de todos y la columna, sobresaltada, se dispersó y cada uno de sus componentes continuó avanzando según su propia capacidad física. También los que eran impedidos trataban de correr para evitar esa peligrosa lluvia de restos de toda clase, mientras una enorme nube de humo y de polvo se expandía, cegando a todos y tornando irrespirable el aire. En ese momento abandonamos la esperanza de que la evacuación tuviese un fin diferente.

Eran cerca de las 10 de la mañana del 9 de noviembre de 1943: había comenzado, con la casa de Del Pesco, la destrucción de Borrello.

En la Fonte della Lama con las calles, se decidieron también los destinos de las personas, porque cada uno prosiguió con metas diversas. Apenas entramos en el bosque, encontramos a mi padre con un grupo de hombres que estaban ansiosos por conocer los detalles de los acontecimientos y algunos, al no ver a sus seres queridos, fueron presa de grandes temores.

Nuestro relato, acompañado de las lágrimas, envolvió al fin a todos en un llanto de desánimo y de indignación indecible.

Después se hizo una revista de la situación, descartando la hipótesis de quedarnos en la casita porque estaba demasiado a la vista y era peligroso, como habíamos visto la noche anterior cuando una patrulla alemana, proveniente de Quadri nos sorprendió y la fuga por poco no terminó en tragedia. Se decidió continuar por la cabaña de Ceniscio, un poco más abajo, en el límite de Valle dell'Inferno, lejos de la calle y escondidos tras los árboles. Había ya mucha gente, pero igualmente conseguimos obtener un refugio donde pasar la noche.

Los hombres, para evitar sorpresas, se dispersaron por el bosque buscando las grutas y los refugios que los pastores utilizaban para repararse en las largas jornadas de lluvia, escondidos tras los matorrales. No me uní a ellos porque tenía una rodilla hinchada y dolorida por la fuga del casino. Mi madre deseaba que me disfrazara de mujer con cualquier cosa que sirviera para ello, pero mi renuencia, unida a las consideraciones de otros, sobre que los alemanes podían llevarse también a una jovencita, la hicieron desistir.

La jornada paso rápido con los comentarios de los extraordinarios sucesos y las impresionantes noticias llegadas. Se hizo de noche y finalmente se pudo encender el fuego, alrededor del que nos reunimos sentados donde podíamos, tratando de llevar cualquier cosa a la boca: un pedazo de pan o una papa cocida en las cenizas.

Las tremendas explosiones que se sucedieron durante todo el día habían cesado. En el pueblo reinaba un silencio de muerte, se percibía solamente el crepitar de las llamas interrumpido, por momentos, por sordos ruidos provocados por la caída de las estructuras consumidas por el calor. Cuanto más oscurecía el resplandor de la inmensa hoguera iluminaba el cielo más allá de la masa oscura de las cosas que se consumían. En un momento se oyó el ruido de un pequeño avión que realizó algunos giros sobre aquel cráter, probablemente para obtener la documentación fotográfica de la catástrofe: ¿sería alemán o anglo-americano?.

Muchos permanecieron todavía largo rato afuera meditando y desesperándose, preguntándose por enésima vez “¿Por qué? ¿Por qué a nosotros?”, hasta que el frío de la noche los obligó a entrar. Continuó la conversación, en voz baja, hasta que la tibieza del ambiente, debida más al gran número de personas que al fuego que aún estaba vivo en el hogar y al cansancio, muchos se adormecieron.

Con el silencio absoluto se produce el desánimo, el dolor por haber abandonado la casa, la rabia impotente por que todos los sacrificios realizados hasta aquel momento habían sido en vano. Cada uno revivía en su interior los episodios salientes de su propia existencia, volvía a ver el rostro de los familiares lejanos, ya desaparecidos que, por lo menos, habían evitado la tragedia que se estaba viviendo. Las etapas fundamentales de la propia existencia eran analizadas como si fuese la rendición de cuenta final, rememorando varios momentos, analizando aquellos más difíciles, reviviendo la lucha por su propia superación. Sin embargo, los resultados eran desastrosos, porque las partes negativas era mucho mayores que las positivas, cuanto estábamos sufriendo era directamente catastrófico, inaceptable, porque estaba premeditado y programado por otros y terrible, porque no podíamos oponernos de ningún modo.

Las guerras pasan, los más desafortunados pagan el precio más alto, en el peor de los casos con la vida o con la pérdida de los bienes, sin embargo todo es fortuito y no alcanza a la generalidad. En vez, nosotros éramos las víctimas designadas, seleccionadas entre tantas, y es por ello que no nos resignábamos y nuestra rabia y nuestro enojo eran, en partes iguales, contra los alemanes y contra aquellos que nos habían conducido a sufrir tan penosas condiciones.

## CAPÍTULO 2º

### LA NOCHE, LOS HECHOS PREVIOS

Los trágicos acontecimientos de los últimos meses pasan en el ensueño agitado, como los fotogramas de una película: la invasión de Italia, la caída del fascismo, los bombardeos aéreos que habían golpeado a Sulmona, Pescara y también a nuestra tierra, y finalmente el 8 de setiembre la ocupación y destrucción de Borrello. Con excepción de este último hecho, terrible e impensado, la grave situación en la que se encontraba la Nación y las restricciones de todo tipo, nos habían alcanzado sólo marginalmente. Los efectos de la guerra, hasta ese momento, lo habían sufrido verdaderamente sólo aquellos desafortunados que habían perdido un miembro de su propia familia.

Confinados en una posición geográfica apartada, entre las rocas de las montañas, nadie habría imaginado jamás que la guerra hubiera podido alcanzarnos y menos aún que nuestro pueblo sería sacrificado con fines estratégicos.

En junio de 1940, la sola hipótesis que el inmenso teatro del conflicto llegaría hasta nosotros parecía absurda, una verdadera locura. Ahora que lo imposible había sucedido, que lo estábamos viviendo en toda su enorme dramaticidad, aquellos hombres cansados, envilecidos y con la moral destruida, trataban de hacer todas las conjeturas posibles para individualizar a los responsables de lo sucedido.

Parecía que los culpables de la derrota, políticos y militares en igual medida, viviesen en otro mundo en el cual no era posible evaluar la potencia de los ejércitos y comparar las fuerzas en el campo de batalla. No lo habían hecho tampoco con los de los aliados alemanes, de manera que al final resultaron todos inmensamente superiores a los nuestros. Ignorantes del armamento y la tecnología de que disponían los adversarios, creían todavía en los carritos de combate y en los aviones contruidos de madera y tela. Los generales, dominados por los celos y el ansia de sobresalir, eran en gran parte ancianos, algunos ya lo eran en la Primera Gran Guerra, que no habían tenido ni la posibilidad ni el tiempo de conocer las "fortalezas volantes", los gigantescos tanques ni los buques de desembarco de vientres inmensos que se abrían como puentes a través de los cuales se lanzaba a la playa, a toda velocidad, una masa de hombres.

De esta forma, del África, donde habían intentado la aventura colonialista, nuestro ejército era rechazado a Sicilia. Durante la retirada se había licuado como la nieve al sol, mientras nuestros camaradas, ahora enemigos furibundos, buscaban resistir de cualquier modo hasta el Sangro, en Borrello.

Aquella serie infinita de fracasos en todos los frentes era atribuida, de tanto en tanto, a la traición y a la fatalidad. Pero en tantos años no había se había descubierto un culpable, ni era castigado el responsable, o los responsables, de nuestra falta de preparación bélica: porque si solamente se trataba de falta de preparación, los jefes habrían creído que la guerra se podía combatir con la propaganda o sólo con las bayonetas. Una sabia dirección había hecho propagar continuamente las noticias oportunamente filtradas, sin descuidar resaltar, para disimular los evidentes y permanentes fracasos, la fundamental importancia de la causa que había conducido a la guerra, y asegurando que para la victoria final era necesario el sacrificio sublime de los valerosos soldados y de todo el pueblo italiano.

Las informaciones oficiales de cuanto ocurría en Italia y en los frentes lejanos, en el primer año del conflicto, llegaban a Borrello difundidas por la radio del Dopolavoro, a través de un altavoz colocado en el exterior. El sistema era activado especialmente cuando debía hablar el Duce, ocasiones anunciadas con anticipación, de las cuales participaba la ciudadanía, la escuela y los

jóvenes del régimen, así como los pocos que tenían el privilegio de poder escuchar la radio dentro de las cuatro paredes.

El tono triunfalista de los primeros tiempos se fue reduciendo gradualmente, y los últimos boletines, preparados por hábiles censores, comunicaban solamente la actualización estadística de las derrotas y de las pérdidas. Se trataba de comprender mejor la situación por la lectura de los diarios, también porque la correspondencia de los enviados especiales era capaz de crear una unión ideal más profunda entre los soldados lejanos y la madre patria. Entre líneas era posible encontrar en algún momento una información, un mínimo indicio que ayudase a aclarar el alejamiento al frente de la unidad de la propia familia. Por consiguiente, cada mañana se esperaba con ansia espasmódica la llegada del correo, frente a la vieja oficina en la pequeña Piazza del Plebiscito. Cuando no había pasajeros, el transporte de las sacas desde la estación se realizaba a hombros y ante un eventual retraso los más impacientes hacían el recorrido de la Grotta, balcón natural sobre el camino en herradura, para avistar al portador. Todas las operaciones, hasta la distribución, eran seguidas casi como si fuera un rito.

La lectura de las noticias más importantes del diario, especialmente cuando en el pueblo estaban presentes los "mezzecalzette" (personas importantes), ocurría en la misma plaza en alta voz. Seguían los comentarios a los cuales prestaba oídos, indiferentes, quienes temblaban por la falta de la carta tan esperada. En algunos casos la demora se traducía, desgraciadamente, en una funesta comunicación ministerial que mitigaba el "caído en cumplimiento del deber" con austeras palabras de alabanza por el coraje y el amor a la patria del pobre caído.

Aquella plaza y su entorno, aunque las viviendas se habían ampliado notablemente, era el centro de la vida pública, como en el pasado, cuando allí se encontraban todos los servicios: el municipio, la escuela, el correo, el cuartel de los carabinieri, la farmacia, el horno, los puestos de los artesanos, el albergue, los negocios, y más abajo, la Iglesia Madre. Era el centro neurálgico del pueblo, por donde todos pasaban y se encontraban varias veces al día. En una superficie así de reducida había también tenido el máximo de la concentración de la población, que en este tiempo había ya emigrado en gran parte a América, en busca de mejor suerte.

Había partido una muchedumbre hacia el nuevo mundo con grandes esperanzas y tanta melancolía. La separación, durísima, se producía en el comienzo del camino que conducía a la estación del ferrocarril, desde donde el trayecto hasta la Farnesca se realizaba acompañado de gritos recíprocos de dolor y desesperación. De allí iniciaban una nueva vida, plena de sacrificios y de renunciamentos que casi siempre habían producido un cambio positivo, pero que a veces resultaron vanos. Muchos habían partido sin una lira, con sólo el viaje pagado, dotados sólo de la fuerza de voluntad, de esperanza, también de buen humor y... de un buen apetito... como aquel pobre diablo de los salames: Al llegar a destino, en la aduana le dijeron que para introducir los salames en el nuevo país debía pagar. "Pero... ¿con qué voy a pagar? ¿y si me los como...?", "Ningún problema" le respondieron. Así, se sentó y sacó una buena cantidad, y haciendo palidecer a los funcionarios, se dirigió con toda la furia hasta sus compatriotas que esperaban al otro lado de la barrera, los que resultaron destinatarios de aquella succulenta mercadería.

Los emigrantes iban al encuentro de dificultades de todo género: la primera de todas era la ignorancia del idioma que los había obligado también a viajar con un cartel indicador colgado del cuello; después el trabajo, conseguido casi siempre en lugares lejanos del centro y que siempre les tocaba el más pesado y las diferentes costumbres. La escasa cultura, además, los desalentaba a escribir una carta a sus familiares, debiendo la mayor parte de ellos buscar la ayuda de otros para que se las escribiera. Todas las vicisitudes negativas que, sumadas a la gran melancolía por el abandono del país natal, hicieron sufrir a los más sensibles y, con el tiempo, embrutecerse al punto que algunos, víctimas de la insidia del alcohol y de las mujeres, no dieron más noticias suyas.

La partida a la guerra era más dolorosa que la anterior, porque fatalmente, algunos no retornarían. Los avisos de la visita del reclutamiento sólo eran aceptados por los jóvenes, con alegre inconsciencia porque aquella era una buena oportunidad para demostrar su vitalidad y la supremacía de su propia clase sobre la otras, hecha resaltar inclusive con los "vivas"

pintados en las paredes. Aquel clima festivo y eufórico era mantenido vivo permanentemente por la propaganda, que anteponía siempre la patria a la familia, exaltando la fuerza del fusil, capaz de asegurar las conquistas para el trabajo y el bienestar futuros. Partieron así para África, España y Albania, donde los sacrificios, mínimos en términos de pérdida de vidas humanas, sirvieron en cierta forma para resolver los problemas de muchos de ellos. Pero en 1940 fue diferente, porque todos tenían el conocimiento que la guerra no afectaría a unos pocos estados, que las potencias habían llevado el conflicto hasta dimensiones mundiales involucrando aliados muy fuertes, y que los éxitos obtenidos hasta ahora a expensas de pequeñas naciones no habían sido nada fáciles.

El contacto con todos estos hijos lejanos era a través de las cartas, esperadas siempre con suspiros, que traían las noticias y el dinero necesario para la vida de las familias, por esta razón es que el servicio postal era el más importante de todos.

La invasión de Italia se percibía en el aire desde hacía tiempo y los más informados, aquellos que habían contado con gente de fuera, hablaban de ese tema en voz baja. El desembarco era esperado en Sicilia, pero todos estábamos convencidos de la extrema resistencia que oponería nuestro ejército, fuerte en hombres y equipos y del sistema defensivo magistralmente preparado durante tantos años. El tío, militar en servicio destacado allí durante muchos años, siempre había dicho en sus visitas y escrito en los últimos tiempos, cuando le era imposible retornar, que los anglo-americanos tendrían un segundo Dunkerke.

El desembarco llegó puntualmente: al amanecer del 10 de julio la más grande flota de guerra vista hasta ese momento, descargó en nuestro suelo en pocas horas, un ejército delante del cual las temibles defensas demostraron ser de cartón pintado.

Las cosas se presentaron de inmediato mal para nosotros y, como siempre, se habló de traición y de coyunturas fatales, sólo después se comenzó a admitir sumisamente la superioridad del enemigo que los canales habituales definieron como aplastante. Por nuestra parte, aún teniendo la posibilidad, nunca habíamos soñado con escuchar Radio Londres para conocer la verdad sobre lo que estaba sucediendo y así Sicilia aparecía lejana, como lo estaban todos los otros frentes de guerra.

La situación, ahora crítica, aconsejó realizar los preparativos para afrontar la emergencia. Todos, durante la cosecha del grano buscaron de actuar en una forma de resistencia, para ocultar la mayor cantidad posible del producto al control del fiduciario presente en la comuna. Muchos disponían de eras en los bosques de los parajes más alejados de donde se cosechaba, según la antigua usanza, con los cuadrúpedos. Así, la recolección no fue más una ocasión de fiesta ni siquiera al mediodía, ya que contrariamente a la costumbre, fue acompañado por las campanas sonando "a lungo".

La caída del fascismo no había producido traumas en el pueblo, ni había venganzas que consumir, porque los jefes se habían comportado casi siempre dignamente, tratando de conciliar los intereses de las instituciones con los de los ciudadanos. A la intranquilidad de 1922 había seguido un consenso general, cuando el deseo de supremacía de la mayoría, que se había anticipado a la facción contraria, logró inventar un "segundo Fascismo" que, no sin algunos encuentros grotescos, se resolvió poco después por decisión salomónica de las partes.

La participación en las etapas fatídicas, en la buena y en la mala suerte, había sido casi siempre unánime, aún cuando la grandeza de la patria había requerido siempre mayores sacrificios: el hierro, primero aquello viejo e inútil, después también las verjas y el hierro de construcción. Mi padre debió cortar y transportar el metal de nuestra casa, a su propio costo, hasta la estación ferroviaria. Finalmente, para evitar la expoliación completa, como con el grano, se habían desarrollado muchos recursos y subterfugios, todos muy riesgosos, como en ocasión de la requisa del cobre, cuando un fuerte viento en el campo había descubierto los calderos ocultos entre la paja.

Algunos, sin embargo, habían sido severos críticos del régimen durante todo el curso de su evolución, de las manifestaciones coreográficas iniciales, a las cuales debía concurrir la masa de la representación de los más fieles, a veces poco marciales pero muy pintorescos, hasta la



tragedia concluyente que la nación estaba viviendo. Desde el inicio de la guerra se habían filtrado noticias acerca de nuestra preparación militar insuficiente: eran notas de los expedientes en las que los comandantes requerían el desplazamiento masivo de unidades, especialmente aéreas, para que parecieran adecuadas las fuerzas disponibles en todo el territorio de la nación. Se sabía del enriquecimiento de funcionarios corruptos que habían conseguido enormes beneficios con la cobertura del régimen. A la distancia la complicidad fue general y la derrota ya no se podía ocultar más, hasta que el 25 de julio se produjo la disolución completa del fascismo y el arresto de su jefe.

El entusiasmo fue muy limitado porque la guerra continuaba y el enemigo estaba asaltando velozmente la península. Hubo sí satisfacción y mucha esperanza de que se firmase rápidamente un armisticio honorable. Los políticos que se encontraban confinados en el pueblo, algunos residentes con sus familias, recibieron la noticia con alegría pero sin particular excitación, confirmando el digno comportamiento de personas serias y respetuosas que nunca habían hecho alarde de su posición, ganándose así la estima y admiración de todos. Partieron ansiosos de volver a verse con sus seres queridos, a sus casas quizás destruidas por los bombardeos, sostenidos de una nueva fuerza vital y con la esperanza de recuperar los años perdidos.

En la administración pública nada había cambiado, el poder, siempre lejano, tenía otras cosas en que pensar, el podestá, autoridad creada por el fascismo para afirmar en las comunas el orden y el respeto por el Estado, permanecía en su puesto en la plenitud de sus funciones, y las otras autoridades administrativas tomaron el control de la actividad y de la producción agrícola.

Sólo estaba venida a menos la figura del secretario político, autoridad de prestigio que, fuera de asegurar el total consenso de fidelidad, coordinaba la actividad representativa y organizativa del partido, aseguraba la observancia general de las directivas, vigilaba el desenvolvimiento de los programas escolares en sintonía con la cultura del régimen y supervisaba la preparación gimnástica, deportiva y pre-militar de la juventud.

Los carabineros, vueltos a la realidad, estaban dotados de mayor autoridad, cumpliendo tareas más amplias, como la vigilancia más estrecha por temor a la infiltración de espías, de saboteadores y de la difusión de los pequeños artefactos explosivos, de apariencia inofensiva, lanzados desde el aire por el enemigo junto con material de propaganda. Todo el territorio de las tres comunas de la jurisdicción de Borrello estaba sometido a controles continuos, inclusive nocturnos, para asegurar el cumplimiento de todas las ordenes civiles y militares y de las normas de oscurecimiento de las casas, las calles y los medios de transporte, a menudo mediante el recurso de formar puestos de bloqueo. Las formas de represión eran severísimas y cualquiera que las contraviniera lo pagaba duramente. A los fines prácticos, ¿qué otro efecto podría tener ese complejo sistema de seguridad que el de producir una mayor exasperación en los ánimos ya sacudidos por la sucesión de hechos desastrosos?

También los paseos veraniegos de los jóvenes, de los exceptuados de las obligaciones militares y de nosotros los más pequeños, se habían ido reduciendo durante aquel largo año de guerra. Hasta cierto punto el peso de las normas, hizo considerar peligrosos y por lo tanto prohibidos, también los paseos nocturnos.

Cada año los adolescentes, al regreso del colegio, rearmábamos la habitual barra para transcurrir las jornadas intensísimas, de completa diversión y plenas de acciones extenuantes: los interminables partidos de fútbol, las largas carreras en bicicleta y los baños en el río y al Verde. La cascada y la zona del torrente constituían un verdadero gimnasio, algo riesgoso, en el que confrontábamos nuestras dotes deportivas. Las vacaciones, sin embargo, incluían la participación marginal de las ocupaciones de las familias a las que dábamos un aporte para el trabajo estacional: la cosecha, la recolección de la fruta, la viña y el bosque. Jornadas enteras al aire libre donde también había lugar para la diversión, como las desenfrenadas carreras a caballo que, infaltables, proseguían a la tarde con la alegre barra de los amigos.

Nuestra actividad lúdica había comprendido también la repetición de la instrucción pre-militar recibida durante el año. Finalmente, el mal curso de la guerra había enfriado el entusiasmo

hasta hacernos desistir; pero desistimos también porque habíamos llegado a ser vanguardistas, ascenso muypreciado que se había puesto de moda ahora entre los jóvenes. El lugar ideal donde practicábamos las artes marciales era la Porta dei Saraceni. El grupo se dividía, y algunos se identificaban en la propia parte, en soldados de los ejércitos beligerantes, animados por los efectos de la propaganda y de las películas heroicas. Combatíamos en largas y extenuantes batallas, durante las cuales, aún si el éxito estaba preestablecido, siempre teníamos la santa razón. Pero en cualquier momento el "ingles" no quería perder, y en otros no podía ser capturado como estaba convenido, porque al italiano se le rompía la tira de cuero principal de su calzado. Este inconveniente era frecuente en ese calzado que habíamos aceptado con entusiasmo al principio, casi como una moda, que enseguida se convirtió en una necesidad tanto que se prolongó su uso hasta la bella estación.

A mediados de agosto se había completado la ocupación de Sicilia y la avanzada sobre la península era precedida de intensos bombardeos aéreos que, además de destruir los objetivos bélicos, debían provocar un efecto psicológico de alteración en los habitantes de las grandes ciudades. Por ello había comenzado la evacuación, primero de parte de las familias más pudientes, o que mantenían lazos con sus zonas de origen, seguida de los que habían perdido sus casas, encaminándose a los pequeños centros montañosos que no habían sido alcanzados por la guerra.

Borrello se encontraba entre medio de unos y otros. Los romanos fueron los primeros y su arribo, poco después del bombardeo del 26 de julio, parecía el de costumbre, como todos los años en época de vacaciones. Luego llegaron los refugiados napolitanos, mujeres, niños y ancianos, en todos los rostros las marcas del terror, prueba de un largo sufrimiento. Pero pocos días después ya estaban más serenos e inclinados a aceptar como cosa natural y de buen grado la nueva situación, confiados en la hospitalidad de nuestra tierra.

El estado de guerra mantenido por Badoglio controlaba y filtraba todas las informaciones, por lo que en ese momento no sabíamos mucho acerca de la posición de los alemanes: si eran todavía aliados o si eran nuestros enemigos. De Mussolini no se tenía ninguna noticia; después de su arresto no se había difundido oficialmente ninguna noticia y se arriesgaban las hipótesis más disparatadas, incluida aquella que lo hacía en poder de los anglo-americanos. En voz baja se daba por cierto una solicitud separada de armisticio de parte de Italia, suscitando fuerte inquietud por la posible reacción furiosa de los alemanes.

Día tras día se advertía la gravedad de la situación y crecía el convencimiento de la inutilidad del sacrificio que se estaba consumando, hasta que los horrores de la guerra no golpearon también a nuestro Abruzzo. El 27 de agosto se oyeron fuertes explosiones en dirección del Guardo di Coccia que dieron la sensación de una incursión aérea sobre Sulmona, confirmada por la tarde. Había sido atacada la estación ferroviaria donde, por la simultánea presencia de algunos trenes de pasajeros se había producido una masacre. El 31 de agosto llegó el turno de Pescara: fue un bombardeo violento que causó un altísimo número de víctimas e ingentes daños al puerto, el aeródromo, la estación y a una gran parte del centro urbano. Los dos nudos ferroviarios fueron puestos de rodillas y fuertemente dañadas las otras vías de comunicación, con una fuerte repercusión en el tráfico y movimiento militar.

El sacrificio de estas dos de nuestras ciudades contribuyó a acelerar el tiempo del armisticio, confirmando que la potencia aérea del enemigo era enorme, sin posibilidad alguna de reacción de parte de nuestra defensa. Los daños sufridos en todo el territorio nacional eran ingentes y el número de víctimas impresionante.

Las horas trágicas, cargadas de tensión, profundamente sentidas hasta en los lugares más dispersos de la nación, fueron sacudidas en la tarde del 8 de setiembre, por el anuncio realizado por el jefe del gobierno Mariscal Badoglio, de la solicitud de armisticio hecha al General Eisenhower, comandante de las fuerzas anglo-americanas. Fue difundido un lacónico comunicado del cual se desprendía la cesación de las hostilidades por parte del ejército italiano. Estaba claro que esta decisión unilateral desencadenaría la ira de los alemanes que se convertirían en nuestros más acérrimos enemigos.

Esta evidencia y la certeza de que lo peor estaba aún por venir, hicieron desistir a aquellos que deseaban festejar el acontecimiento con el sonido de las campanas. El único hecho positivo sería el retorno a casa de nuestros soldados después de tres años de sacrificios inhumanos, realizados en varios frentes donde habían sufrido graves derrotas. Se llegaba a la triste y amarga conclusión de la trágica aventura en la que se habían visto envueltos millones de jóvenes, engañados por una habilísima propaganda que hizo aparecer a la guerra como algo extremadamente fácil, y después hacer recaer la culpa de las desgracias en los traidores, los enemigos de la grandeza de Italia. Se consideraba traidores a aquellos que a la luz de los acontecimientos se habían permitido criticar los fracasos que, desgraciadamente, se habían producido apenas habían estallado las hostilidades. Con el tiempo, sin ser estrategas, muchos habían comprendido que la falta de preparación, el minimizar las fuerzas de los adversarios y también los muchos errores cometidos, habían conducido a la derrota. Resaltaba cada vez más la disparidad de la distribución de las fuerzas entre el ejército de los aliados alemanes y el nuestro, porque efectivamente, teníamos dos ejércitos: uno con la estrellita y el otro con el fascio, de los cuales el segundo era más privilegiado. El valor y la abnegación de los combatientes no habían podido, por sí solos, superar la deficiencia y la confusión de los comandantes, y sólo había demorado la derrota.

Sin embargo nuestros soldados se habían batido con gran valor en todos los frentes, consiguiendo éxitos que habían suscitado la admiración y el respeto del enemigo. Fueron capaces de enfrentar con sus escasos medios a la enorme fuerza que los adversarios le habían opuesto desde el primer día de la guerra. Sublimes actos de valor, individuales y de unidades enteras, se habían registrado continuamente durante aquellos largos años de esfuerzos indecibles que no fueron suficientes para evitar la derrota en cada batalla y después la derrota total.

El último sacrificio, quizás el más grande, se había consumado hacía poco tiempo en Rusia donde la participación de nuestros conciudadanos había sido muy alta y con un número de víctimas superior al promedio de los inmolados en otros frentes durante todo el conflicto. Algunos de aquellos heroicos combatientes, que habían tenido la fortuna de regresar, contaron la terrible aventura de la cual se habían librado: el cruento baño de sangre en el cual habían perecido decenas de millares de jóvenes vidas en la tremenda odisea de la retirada durante la cual se habían separado y perdido de vista hermanos y amigos.

A la proclamación del armisticio siguieron horas de gran confusión, de grave tensión, porque en efecto, la situación con los alemanes permanecía indefinida. Si nuestro ejército había dejado de combatir contra los anglo-americanos, ¿qué actitud debía asumirse contra los ex-aliados? Lo ambiguo de la situación refrenaba el entusiasmo inicial, mientras se delineaba la amenazadora reacción. Quedaba sólo la esperanza del rápido fin de la ocupación de Italia, mediante otros desembarcos que desorientasen a los alemanes y no permitiesen el fortalecimiento de su posición en la península. Las cosas empeoraron porque el Rey, con el gobierno y el estado mayor, en la misma noche del 8 de setiembre, abandonó Roma dirigiéndose a Pescara, dejando en el caos más absoluto a la ciudad y al ejército confiado a la iniciativa de los varios comandantes. Aquello significó la implícita autorización para su disolución, lo que ocurrió salvo algunas excepciones en Italia y en ultramar. Los soldados huyeron tratando de evitar su captura por los alemanes y de regresar por cualquier medio a sus lugares de origen, abandonando al saqueo de la gente famélica los cuarteles y las cárceles, las bases navales y los campos de aviación, el puerto y todo lo que tanto había costado a la Nación,

La crónica de lo ocurrido fue episódica, contada por los protagonistas o por aquellos que se encontraban fuera por serios motivos, mientras que la radio y los diarios, también por razones de seguridad, no relataban nada. Era cierto, si embargo, que los alemanes estaban tomando el control de la situación.

Mi padre y el abuelo se encontraban en Chieti el 9 de setiembre e hicieron el relato, con una larga introducción, de los sucesos y de la fuga del Rey y de Badoglio: la llegada a Pescara, el desvío por Creccio y el embarco el día después en Ortona, todo lo que con el tiempo fue oficial. Habían visto la caravana de vehículos que formaban el cortejo real; contaron de la disgregación del ejército, de la gran confusión que reinaba por todas partes y de los gravísimos daños que los bombardeos habían producido en Pescara. El Abruzzo debía así quedar ligado

al fin ignominioso de la monarquía saboyana, que abandonando con la fuga sus deberes institucionales, lo había entregado a los alemanes.

Por Borrello pasó un millar de hombres que había estado afectado a la excavación de una trinchera anticarro en el Guado Liscia. Esta joyita de nuestra estrategia militar debía cerrar el paso a los carros armados enemigos que, evidentemente, los generales no conocían, o los creían pequeños como los nuestros que, una vez, los comparé con mi estatura. Los soldados - casi todos ancianos que pertenecían a las clases incorporadas al servicio sedentario- huían hacia el trencito del valle, maltrechos y vestidos con harapos para no parecer militares, algunos ya resignados a las desventuras reservadas a los desbandados de los ejércitos en derrota. Aquella escena dramática la estaban viviendo al mismo tiempo centenares y miles, o millones, de jóvenes abandonados a su propia suerte después de haberse sacrificado por una causa injusta en tantos años de guerra.

De todo lo que estaba ocurriendo en aquellos días, esto es la ocupación de Puglia y el desembarco en Salerno, la liberación de Mussolini, la simultánea constitución de los gobiernos de las dos italias, la de Badoglio y la de la República Social, poco se sabía y menos aún en nuestro pueblo. Noticias algo confusas provenían de los fugados o de los pocos que la necesidad obligaba a emprender viajes riesgosos. Nuestra costa estaba sometida a continuos ataques aéreos, las líneas de comunicación funcionaban con intermitencia y muchos de aquellos que debían regresar al sur preferían hacerlo por los pueblos interiores, ojalá que en la compañía de otros viajeros generosos, esperando el paso del frente. Luego de esto llegó Franco, con la señora Filomena; la autoridad había dispuesto hospedarlo por poco tiempo, pero fueron obligados a vivir nuestra misma odisea. Los trenes circularon todavía varios días hasta que los ataques aéreos no perdonaron las instalaciones. Oímos el silbido de nuestro trencito hasta el ( ) de setiembre, cuando la ruta de Castel di Sangro fue atacada en las cercanías de Castel del Giudice: hubo allí muchas víctimas, y fueron las primeras de una larga serie que debía hacer al valle tristemente famoso.

Había sido herido de muerte uno de los símbolos de nuestra zona, el servicio fundamental que desde hacía treinta años, con garantía absoluta, aún en presencia de nevadas históricas había resuelto casi todo el transporte de viajeros y mercaderías de los pueblos del valle, representando el soporte básico de su economía. Los ancianos recordaban que al principio era una locomotora a vapor: la que bufaba y resoplaba hasta alcanzar los puestos de reaprovisionamiento de leña y agua, después de lo cual emprendía nuevamente su carrera.

Cuántos recuerdos estaban ligados a ese trencito. El arribo en calesa a la estación, el recorrido con la vista pegada a las ventanillas para descubrir la curiosidad del paisaje, el ingreso a la estación del Estado, la comparación con el gran tren que estaba a la espera, listo para alcanzar destinos lejanos!... La maravilla era grande, el monstruo lanzando fuego y humo era evaluado, analizado en sus particularidades y, finalmente, declarado el más potente y el más veloz. A los agradables y desordenados viajes de la muchachada, travesía que realizaban seguido por motivo de estudios con destino al internado, un poco tristes, pero no hasta el punto de aplacar la innata vivacidad de los adolescentes. Solía suceder la primera vez, cuando todavía estaba la mamá para mitigar el sufrimiento; en mi caso la ocasión me fue dada por la lapicera estilográfica. Objeto importante y desconocido, adecuado al nuevo curso de los estudios, con la que estuve maniobrando durante todo el día impulsado por la curiosidad de verificar el mecanismo. Pues bien, a la llegada, aunque fuésemos acuciados por el problema del transporte del embarazoso bagaje, fui capaz de apagar un fuerte deseo arrojando un violento chorro de tinta contra la vidriera de un negocio vecino. Un sonoro sopapo de papá me devolvió a la realidad. Fue el melancólico preámbulo a la dura vida de internado.

Durante los tres años sucedieron muchos episodios sabrosos que habían alegrado tantos viajes: una vez, al regreso para las vacaciones de Pascua en el grupo del tío Antonio, fuimos cambiados, en la estación de Melones, por la Banda de los Siete Hermanos. Confundiéndonos con ellos, nos preguntaban dónde íbamos a tocar. Otra vez, en ocasión del último viaje al final del fin de año escolar, decididamente el más alegre, por el retraso de la línea adriática debimos pernoctar en Lanciano. El abuelo era el acompañante responsable y a nosotros se había unido Zermolo, cómico fracasado, que nos hizo pasar en el Albergue del Gobbo, entre ruidosas carcajadas, las pocas horas que faltaban para el alba y tomar el primer tren.

En los últimos meses la Sangritana había desarrollado actividades de gran intensidad transportando, tanto en servicios normales como extraordinarios, un enorme número de pasajeros. La pequeña estación estaba ocupada por una multitud de personas que esperaban conseguir lugares en los convoyes que llegaban ya sobrecargados. Refugiados, soldados, desbandados, personas que de cualquier manera trataba de alcanzar todos los destinos. Los militares parecían deprimidos, signados por el sufrimiento y el sacrificio enormes, derrotados materialmente y sobretodo moralmente, en los ideales que debían haber concretado, según los sabios propagandistas del régimen, tan cerca de las metas de trabajo y bienestar. Esperanza que, si bien recóndita, había aliviado en cierto modo los sufrimientos de los primeros tiempos de la guerra.

Durante el período bélico, en el cual la falta de productos petrolíferos había ido acentuándose, el tren fue el protagonista absoluto del transporte. Los pocos transportes que unían los centros del interior con las estaciones ferroviarias, alimentados directamente con calderas externas a leña, habían ido desapareciendo poco a poco, por la falta de repuestos.

La euforia que había producido el anuncio del armisticio si aquietó bien rápido, tomando cada vez más cuerpo, en los días sucesivos, la certidumbre que de un momento a otro los alemanes tomarían posesión de la Italia aún no conquistada por los anglo-americanos. La confirmación de la sospecha llegó con los desbandados, aquellos hombres que en oleadas sucesivas emprendían el regreso a sus casas desde los lugares donde había estado presente nuestro ejército. Soldados que se habían encontrado entre dos fuegos y que ya habían experimentado el plan de acción puesto en marcha por nuestros ex-aliados. Trajeron también noticias de choques ocurridos en varias localidades, donde los civiles habían sido puestos codo a codo con los militares y de la captura de hombres enviados con destino desconocido.

Faltaba, sin embargo, hacer frente a todos los eventos próximos listos para alcanzar los escondites en el campo, tratando también de organizar al mismo tiempo, una fuerza armada utilizando las armas tradicionales y aquellas que cualquier corajudo había traído consigo. Los más jóvenes, entusiastas de pasar a la acción, se armaron dotándose también de viejos trastos, algunos directamente sin proyectiles, y se lanzaron a los bosques vecinos.

Nació así también en nosotros el fenómeno de la gente "a los montes".

Muy pronto comprendieron que para enfrentar a un ejército potente como el de nuestros ex-aliados era necesaria otra organización, así que apenas se difundió la noticia de su frecuente presencia en la zona, pensaron que era mejor esconder las armas, pero quedándose en el monte.

Hacia fines de setiembre conocimos por primera vez a los soldados alemanes. Antes había pasado en dirección a Rosello un gran vehículo camuflado, escoltado de otros más pequeños, seguramente altos oficiales en gira de inspección. Luego, especialmente de noche, comenzaron a transitar las columnas motorizadas y sucedió que interrogaban a cualquier pobrecito, desvelado por el sobresalto y presa del terror, con la fuerte y gutural pronunciación, si aquella era la dirección correcta hacia Agnone y Castiglione. Pero ¿cómo era posible hacerles comprender que desde ese lado el destino deseado sólo era posible alcanzarlo a pié y que, por eso, debían volver a descender al valle y girar para S. Angelo del Pesco o bien para Colledimezzo?. Estaba claro que, ante el fuerte movimiento a través del valle, la zona de operaciones no debía estar muy lejana, quizás muy próxima al territorio de las comunas molisanas vecinas,

Estas señales indujeron a nuestra gente a acelerar las operaciones agrícolas: la recolección de las papas, la vendimia, la preparación del terreno para la siembra del grano, para disponer de víveres en caso de emergencia.

El 11 de octubre mi familia comenzó también la vendimia y para hacer más rápido se decidió vinificar en el sitio y en casa, en el gran local de la planta baja. Era ya de noche, cuando llamaron a la puerta y cuando mi padre la abre, ante él aparecieron cinco hombres en

vestimentas diversas, empapados por el agua, que solicitaron hospitalidad. No fue difícil identificarlos como prófugos, pero fue más fácil, a simple vista, comprender que eran extranjeros. Altos, rubios, sólo uno intentaba, en un italiano penoso, explicar que eran oficiales ingleses prisioneros, escapados del campo de Sulmona. Perseguidos y atacados por los alemanes, se habían mantenido ocultos en la Maiella hasta que, al acercarse el frente, habían decidido ir al encuentro de su propia gente. Las órdenes eran claras: disponían penas severísimas a quien prestara ayuda a los prisioneros, obligando incluso denunciar a las personas sospechosas ante las autoridades. Pero aquellos hombres no podían ser rechazados, así que papá, confiando en la buena suerte, los hizo entrar.

Estaban famélicos y mientras se secaban comieron uvas en abundancia, hicieron honor a los spaghetti que demostraron saber cómo tratar y luego de algunos buenos vasos de vino, tarde ya por la noche, hicieron un conmovedor relato de su propia tierra lejana, del recuerdo de las aventuras y desventuras de la guerra que del África los había traído cerca de nosotros. Contaron de su estima por los italianos y en particular por los abruzzeses, exaltando la figura del comandante del campo, un anciano oficial de nuestra tierra, que asumiendo toda la responsabilidad, había hecho abrir las verjas del campo, pagando con su vida este gesto de gran humanidad.

Por la mañana, bien temprano, mi padre acompañó a los fugitivos a Colle della Fonte, por donde pasaba una línea eléctrica hacia Castiglione: sería suficiente seguirla sin ser necesaria otra indicación. Así, lo abrazaron afectuosamente y, conmovidos, partieron hacia la libertad.

No habíamos terminado de lanzar el clásico suspiro de alivio que, un par de horas después, una gran columna motorizada entró al pueblo ubicándose en pocos minutos y en perfecto orden bajo los árboles de la Carena y de las calles vecinas. ¡Habían llegado los alemanes!

Inmediatamente tomaron contacto con la autoridad y procedieron a la requisita de numerosas residencias en la que se ubicaron parte de los soldados instalándose el comando en la casa de Simonetti. Compartieron el alojamiento con las familias, conduciéndose discretamente y con corrección, contrariamente a la fama que los precedía de duros y arrogantes con los italianos. Demostraron firmeza y convicción en todas sus operaciones procediendo en perfecto orden y con la máxima disciplina, infundiéndole así credibilidad y respeto por las ordenanzas, que rápidamente fijaron a la vista, que imponían a la población la plena colaboración con sus aliados alemanes, el respeto de todas las prescripciones vigentes, la entrega inmediata de las armas y por último, el oscurecimiento nocturno.

En el pueblo habían quedado ancianos, mujeres y niños. Los hombres útiles se habían marchado al monte porque corrían rumores confusos sobre las obligaciones militares de los afectados por todo tipo de reclutamiento y de los que ya estaban en servicio a la fecha del armisticio, porque se hablaba de su envío a trabajar en la preparación de las defensas y fortificaciones en las vecindades. Si bien estaban escondidos, trataban de dar una mano en las labores agrícolas, pero siempre con el ojo vigilante y listos para una eventual fuga. Sin embargo, el contingente de tropas llegado no parecía que tuviera esta misión, aquellos soldados daban la impresión que el suyo fuese un alto de reposo, de acercamiento al amparo de la primera línea, o bien de espera para intervenir en las inminentes operaciones.

El 14 de octubre se detuvo delante de nuestra casa un vehículo del cual desciende su ocupante, un suboficial, que solicita entrar. Inmediatamente imaginamos el motivo. Su cuidadosa alocución terminó con el anuncio de la requisita de la "Casa Grande", las únicas palabras expresadas en italiano, recurso, a veces aterrador, al que recurrieron durante todo el período de permanencia de los alemanes en Borrello. Una compañía del auto centro K4, arribaría al día siguiente a ocuparla. Entre tanto, el soldado que esperaba fuera, había dibujado con una tiza en uno de los paneles del portón, la cabeza de Churchill con el clásico cigarro en la boca y debajo un breve escrito, explicando que a él le debíamos toda aquella situación y que pronto se lo harían pagar caro.

A la mañana siguiente llegaron sesenta hombres que, en el máximo orden, tomaron posesión de la casa, mientras el capitán se instaló en el estudio, cuyas paredes fueron de inmediato tapizadas de cartas topográficas. Nuestra zona era mostrada en los mínimos detalles, con

banderitas colocadas en las localidades que remarcaban claramente la vertiente molisano-chietina con los valles del Biferno y del Trigno, de esta forma se cumplían las informaciones que fijaban el frente justo en esa posición. El comportamiento de todos los hombres era ejemplar, el de los oficiales verdaderamente señorial, y sus actividades no interferían en lo más mínimo con el desenvolvimiento de nuestra vida familiar.

Otros grupos habían invadido todas las calles del pueblo, incluidas las pequeñas del centro histórico en las cuales los vehículos maniobraban con absoluta desenvoltura. Todo este aparato bélico fue protegido con redes y coberturas camufladas, en especial donde las calles eran largas y no estaban arboladas. También nuestra vieja casa fue ocupada por cinco hombres que formaban parte de la compañía K 3, también del auto centro; la cobertura lateral fue habilitada por otros hombres como carnicería. Entre los vehículos estaban las oficinas móviles, la cocina de campaña, donde también se reportaban los soldados alojados más lejos, carros armados y equipos especiales, todos vehículos objeto de atención y de admiración continua por parte de los muchachos que hasta ahora sólo habían visto viejos camiones que transitaban afanosamente por nuestras cuestas a los que, las más de las veces, tratábamos de “colarnos” con el riesgo de que el conductor del camión siguiente nos corriera a puntapiés, no tanto por el temor por nuestra integridad como para evitar la sobrecarga del mismo.

También se debían cumplir las mayores obligaciones de colaboración familiar a causa de la ausencia de los hombres, incluido el reaprovisionamiento de víveres, pero nosotros siempre encontrábamos el tiempo para revolotear maravillados entre todo aquel aparato bélico. Constituía una atracción demasiado grande, extraordinaria, tanto que no podíamos estar lejos, aunque también temerosos porque en el fondo, aquellos siempre eran alemanes. Nos dejaban estar y, a veces, lo que era una cosa muy emocionante, solicitaban nuestra colaboración para pequeños servicios, así descubrimos que entre ellos había altoatesinos (del Alto Adigio) que trataban de diferenciarse de los austríacos y de los rusos.

Pero en cualquier momento pasábamos los límites permitidos, aprovechándonos de las licencias y entonces, inmediatamente, aparecía el adusto ceño teutónico. Ocurría por haber tocado o hecho confundir las piezas de trabajos en elaboración, de haber intentado, lo que era muy grave, conseguir un rodamiento a bolilla para nuestro vehículo. La reacción era una reprimenda, una cachetada o la persecución, todo ello sumado al ritual reservado a los muchachos de todo el mundo, endulzado con un bombón, un caramelo o chocolate que estirábamos lo más posible para recuperarnos del miedo que habíamos sentido.

La ocupación de nuestros huéspedes extraordinarios continuaba sin interferencias. Realizaban el mantenimiento de los equipos y de las armas livianas, sin abandonar el adiestramiento y las agotadoras formalidades de las costumbres militares, sin embargo se tenía la impresión que su estadía era de descanso. Pasaban el tiempo escribiendo y leyendo y de una de sus revistas, que mostraban con fiereza y orgullo, supimos de la liberación de Mussolini. En la tapa, junto a una gran fotografía, una frase de elogio alababa a la aviación que había realizado la empresa y en su interior un amplio informe ilustraba la operación “Gran Sasso”, del aterrizaje de los planeadores hasta el histórico abrazo con Hitler en Mónaco. Encontramos, sin embargo, que se trataba de otro Mussolini, de un hombre diferente, de rostro cansado que denotaba un gran sufrimiento, no ya la fiereza que siempre mostraba durante los años 20’.

Todos aquellos hombres, aunque parecían indiferentes, vigilaban nuestro comportamiento, y en efecto, un día hubo un gran clamor por el arresto de Guerino Di Luca: se dijo que se había encontrado en su casa un viejo revólver. Hubo animación frente al comando de Viale Argentina y un gran reclamo ante las autoridades para hacerlas desistir del propósito de aplicar la Ley Marcial. También en nuestra vieja casa encontraron pólvora negra, pero afortunadamente se convencieron que su posesión estaba relacionada con la actividad laboral del dueño de casa.

Estos y otros episodios los hicieron aparecer como “los alemanes buenos”.

Aquella quietud aparente fue sacudida la mañana del domingo 17 de octubre, cuando ejecutaron una ordenanza que imponía la obligación de entregar los cuadrúpedos de carga y su inmediata concentración en el “piano regolatore”. Esto produjo una gran resistencia, especialmente por parte de las mujeres, porque la pérdida de los animales de trabajo era una

gran calamidad para la familia; era necesario encontrar la forma de oponerse de cualquier forma al requerimiento. Algunos consiguieron sacar sus animales de los establos, pero la mayoría debió ceder y entregarlos. Entregaron un recibo para presentar al pago en el futuro, quizás... "a Badoglio". Nuestro caballo Barone se salvó porque el capitán había recomendado la noche anterior que lo sacáramos.

Parte de nuestra familia se trasladó a la casa de campo, donde además de finalizar la vendimia, había otras tareas a las que atender. Allí estuvimos casi establecidos hasta el 28, procediendo con el abuelo a esconder, en dos grandes nichos excavados en la piedra que circundaba la finca, los objetos más valiosos y los víveres sacados de casa siempre con el consejo del capitán. La buena disposición de este oficial para con nosotros, que se sentía personalmente culpable de la intrusión a nuestra casa, llegó al punto de confiar a mi padre, con gran secreto, que durante el invierno, el frente se detendría en el río Sangro, a lo largo del cual habían preparado una compacta línea de defensa. Aquellos dos escondites habrían de constituirse por consiguiente, en nuestra salvación.

Cada uno tomaba de las habitaciones todo lo que fuera de valor procediendo a esconderlo bajo las escaleras, en los cortes en las paredes o directamente bajo tierra, en agujeros excavados en el interior de los edificios. Los víveres y elementos de primera necesidad fueron divididos y ubicados en distintos lugares. Fue escondida hasta la carne de los animales que los alemanes no habían encontrado, sacrificados con técnica incruenta cerca de ellos mismos, y conservada en contenedores de vidrio en su propia grasa. Ya no se veían más animales; los especialistas, venidos de otra parte, localizaban a los cerdos imitando sus gruñidos detrás de las puertas de los establos. Los muchachos se encontraban a menudo presentes en aquellas cacerías y un día sucedió que, mientras esto ocurría, Rosvelt fue llamado a grandes voces por la madre de uno de ellos. Los alemanes se mostraron sorprendidos, pensando que la señora, como un desahogo liberador, había evocado al presidente norteamericano. Pero cuando comprendieron la situación, prefirieron amenazar duramente a todos por el malentendido y, aún más, contra la madre culpable de la elección del desagradable nombre. Entre los dos se lo sacaron porque mientras tanto, el pobre animal había dado señales de su presencia.

Hasta el 31 de octubre la convivencia con los alemanes transcurrió sin sucesos espectaculares y soportándonos recíprocamente, para entonces ya se había advertido un creciente nerviosismo, especialmente en ocasión de la partida de algún grupo. El aislamiento del mundo exterior no permitía conocer el progreso de la avanzada aliada, pero durante la noche se oía, desde el Este, el bramido siempre nítido de los cañones. Sin embargo la sensación clara de que ahora se combatía muy cerca se tuvo cuando comenzamos a ver las clásicas nubecitas de humo de los disparos de la artillería antiaérea, superar el horizonte formando una barrera al acceso del valle del Sangro a cualquier vuelo de reconocimiento. Pero los alemanes, seguros de no haber sido descubiertos, no se preocuparon gran cosa, en realidad no habían dispuesto defensa alguna en torno a aquella inmensa concentración de vehículos. Por suerte, la inconsciencia no les permitía en lo más mínimo pensar en la posibilidad de un bombardeo aéreo que, en caso de suceder, habría ciertamente anticipado la suerte catastrófica ya programada para nuestro pueblo.

La noche del Día de todos los Santos vimos al capitán muy preocupado luego de la llegada de un correo motociclista. Hacía ya tiempo que estaba preocupado y cada vez frecuentaba menos nuestro fogón, en torno al cual, asaltado por la nostalgia, alguna vez se había referido confidencialmente a su familia lejana.

Al día siguiente, 2 de noviembre, la conmemoración del Día de Todos los Muertos fue poco sentida dado el tenso clima que mostraba todas las señales de la tempestad que se avecinaba. Por la mañana un amigo del abuelo llegó de Castel di Sangro, en un camión militar cargado de trastos y enseres, solicitando hospitalidad, porque los alemanes habían declarado el estado de guerra en la zona y estaban realizando la evacuación inmediata de la población: era evidente que intentaban liberarse de los civiles para no ser molestados, tanto en caso de un choque muy próximo como en el de que el frente se mantuviera por tiempo prolongado. Entretanto, para contrarrestar el avance del enemigo estaban realizando, a toda prisa, potentes fortificaciones en defensa del pasaje por el altiplano, a través del que temían que los aliados pudieran inundar todo el Abruzzo.



La noticia aumentó nuestro estado de inquietud que se calmó cuando dijeron que los aliados habían ocupado Isernia y Venafro y que voceros confiables habían asegurado que seguían avanzando velozmente hacia el alto Sangro siguiendo la dirección del curso superior del Trigno y del Volturno. Dieron por cierto que su marcha continuaba también en forma rápida a lo largo de la costa, habiendo ya arribado a Torino di Sangro.

La certeza de que estábamos en zona de operaciones se produjo la mañana del 3 de noviembre cuando K 4 abandonó precipitadamente la Casa Grande dejándola a cargo de algunos hombres que procedieron, de inmediato, a colocar en el techo un paño con una gran cruz roja. Anunciaron el arribo de un hospital de campaña que llegó puntualmente por la tarde con algunas ambulancias y unos pocos heridos, pero con muchos camiones cargados de cajas que rápidamente fueron descargadas. No era material sanitario ni logístico: se trataba de municiones; descubrimos de esta forma que también los alemanes echaban mano de este tipo de recurso, común a todos los ejércitos, cuando estaban en emergencia.

La situación se había puesto tan peligrosa que el abuelo decide que debíamos dejar la casa y que mi madre y mi hermana fueran a ubicarse con los tíos y yo a la casa de campo donde se encontraba papá, mientras que él y la abuela buscarían estar lo más lejos posible. Para nosotros, desde aquel momento, comenzó la triste vivencia de la separación.

Entretanto, todos los grupos de soldados habían abandonado el pueblo el 5 de noviembre, siendo los últimos los que habían ocupado la "Piazza Vecchia".

El día siguiente el hospital y la Casa Grande quedaron a cargo de un grupo de hombres que tenían uniformes y equipamiento diferente al de sus predecesores. Diferían notablemente también por el aspecto marcial, la disciplina férrea, el comportamiento nervioso y arrogante. Sospechaban y desconfiaban de todos, también del dueño de casa, y apenas llegaron colocaron centinelas. Indudablemente debía tratarse de un grupo especial, cuya presencia significaba una situación particular. Aquella atmósfera opresiva, que ya comenzaba a producir temor en los abuelos, fue agravada por el paso, al mediodía, de una larga columna de cuadrúpedos enjaezados pero sin carga, conducidos por civiles vigilados de cerca por militares. Provenían de Celenza sul Trigno, donde se libraba una batalla hacía varios días, y eran llevados a Pizzoferrato para las tareas de fortificación.

Estos sucesos hicieron presuponer claramente que los alemanes se estaban retirando, lo que era confirmado también por el intenso tránsito en el valle, casi todo en dirección de Castel di Sangro. Para nosotros esas eran señales alarmantes, que preanunciaban una situación difícil: quizás un encuentro violento que en breve nos habría envuelto directamente, o bien los preparativos para una guerra de posiciones que sería librada durante todo el invierno.

Por la tarde pasaron camiones cargados de hombres capturados en las redadas realizadas en los pueblos vecinos y que los alemanes extendieron hasta nosotros, por suerte sin ningún resultado.

El 7 de noviembre si embargo, algunos desventurados cayeron en las manos de los perseguidores, en pueblos, en el campo y en las proximidades de los lugares de tránsito. Después fueron dos muchachos muy jóvenes, casi niños: Mario Puce y Enrico Festa. Algunos, más afortunados, fueron liberados inmediatamente, otros entre los que se encontraban los hijos de los amigos de Castello, consiguieron huir mientras estaban aún en la fase de los preparativos. Informaron de una gran concentración de hombres, capturados en distintas partes, que trabajaban en la preparación de las defensas en el altiplano y en los montes circundantes.

Por el pueblo no se veían transitar más hombres, todos se habían ido a los montes, donde los prófugos estaban en continuo estado de alarma porque sabían que estaban permanentemente bajo la observación de los potentes binoculares de que estaban provistos los observadores. Durante el día debían poner la máxima atención, permaneciendo lo más posible en el bosque sin encender fuego. El abrigo sólo se podía alcanzar por la noche y entonces, finalmente, era posible calentarse y secar las ropas mojadas por la lluvia y comer cualquier cosa caliente que

las mujeres y los niños, por turnos, habían traído o preparado durante el día. Anocheceía rápido, por lo que había tiempo disponible para el intercambio de opiniones y comentar los hechos del día, inclusive con relación a las noticias llegadas de otros refugios.

Esa noche, en la casa de campo, fue más larga que las anteriores ya que los sucesos a comentar eran muy graves: las capturas, la eventual posibilidad de una redada en otro lugar o con otros sistemas... Pero el argumento principal estaba en torno a la situación general que de un momento a otro podía precipitarse; las señales de los últimos días eran por otra parte clarísimas, especialmente el nerviosismo de los alemanes, producido por el continuo movimiento de los grupos y el retumbar de los cañones que se oía cada vez más cerca. En nuestro conocimiento directo parecía ser inevitable, ¿qué estaría pasando verdaderamente? Se plantearon muchas hipótesis pero, al fin, predominó el optimismo de siempre y que nuestro pueblo pudiese verse envuelto en acciones de guerra pareció imposible. ¿Qué podíamos valer nosotros en un teatro de acciones tan amplio? Por eso saldríamos indemnes aún cuando los protagonistas estuvieran ya presentes y listos para el encuentro.

Acerca de lo que estaba ocurriendo a nuestro alrededor, reinaba el más absoluto silencio, porque nadie se arriesgaba a circular, pero los aliados debían encontrarse a pocos kilómetros y un inconsciente optimismo inducía a creer que la superioridad de sus fuerzas les habría facilitado, cuanto antes, realizar una irresistible y violenta avanzada. No era, en efecto, un misterio que los alemanes se estaban retirando; desde nuestros escondites, veíamos durante el día una interminable columna de vehículos cargados de hombres y armamento salir del valle. La convicción de su inminente derrota no permitía razonar acerca del por qué de esa retirada transversal, en lugar de la dirección norte. Sin embargo, los alemanes mucho tiempo antes habían advertido bondadosamente del acerca del peligro que produciría el posible establecimiento del frente en nuestra zona!

Pero, si bien inconscientes, incapaces ya de razonar, quizás porque resignados a la imposibilidad de reaccionar ante una situación tan grave, no podíamos imaginar el ser sacrificados por los alemanes para el éxito de su resistencia.

El 8 de noviembre fue un día frío y lluvioso, por momentos con neblina, tanto que cerca de las cuatro de la tarde, cuando ya era casi oscuro, sentimos la necesidad de entrar en el casino, seguros que con aquel tiempo no tendríamos visitas desagradables. Pero no fue así, porque, poco después, desde el piso inferior se dio una alarma que nos hizo saltar como resortes y literalmente volar por la escalera exterior. Fuimos atacados con ráfagas de ametralladora disparadas desde el lado de la cisterna, desde una posición desenfilada con respecto a la nuestra y cubierta por las encinas, condición que de cierta forma no les permitió a los alemanes vernos bien. Me caí, por suerte al final de la escalera, lastimándome una rodilla, sin comprender si había resbalado o si alguien –Angelucci, como me contarían después- me había empujado para sustraerme de los disparos de ametralladora. Tuvimos tiempo para lanzarnos al otro lado del muro que separaba la casa del bosque donde nos refugiábamos mi padre, Franco y yo, en una depresión cubierta de plantas bajas y matas, mientras los demás se dispersaron en los alrededores. Los alemanes, que se habían demorado un poco para capturar a un infortunado, cercado en el llano a causa de la posición desfavorable de la puerta ubicada del lado del que venía el peligro, gritando como obsesos, alcanzaron el muro y continuaron disparando enloquecidos hacia el bosque. Pálidos y con el corazón en la boca vivimos aquellos instantes larguísimo, una eternidad, mientras estábamos cubiertos por las vainas de los proyectiles expulsadas de las armas. Por suerte no nos vieron y desistieron rápido de aquella terrible caza del hombre.

Cesaron también de gritar y sus voces eran distendidas, por los frecuentes “gut... gut” comprendimos que sentían satisfacción porque, tras los árboles, habían divisado el caballo que bufaba y daba signos de nerviosismo por todo el trastorno ocurrido. Barone era un bellissimo ejemplar de oscuro con estrella blanca, todavía muy joven, que el abuelo, apasionado de los caballos, casi mimaba recompensado por el vigor que demostraba en todo tipo de tarea: veloz en el tiro, rápido con la silla de montar, aún en salidas conmigo en la grupa, un poco más lento pero igualmente vigoroso, cuando venía cargado. Demostraba sus dotes de corredor puro también cuando ocasionalmente era dejado suelto. Por ejemplo, una vez mientras se lo preparaba para alcanzar la estación, se lanzó con la calesa a una carrera desenfrenada hacia

Rosello donde, después de pocos minutos, fue a encajarse en una calle angosta del centro obstruyendo el paso. Conmigo intuía que podía dar libertad a su vigor, también cuando saltaba a su grupa en pelo y se lanzaba embriagado a una carrera desenfadada.

Los alemanes comprendieron al vuelo su calidad y se lo llevaron junto a cinco hombres que habían capturado. Sintiendo por última vez su paso que se alejaba fui presa de un llanto rabioso, también porque la rodilla me dolía y había perdido sangre de la herida profunda. Pero el disgusto se atenuó con el transcurrir de los interminables minutos de espera hasta el fin de la alarma, durante los cuales, repasando el grave peligro pasado, cada uno de nosotros se convenció de haberse salvado por un pelo.

Terminada la alarma, apenas se hizo de noche, mi padre me mandó a casa. A la entrada del pueblo se encontraba mamá y otras señoras en espera temblorosa porque alguien, desde el alto, había seguido lo ocurrido. Lanzando un suspiro de alivio nos fuimos rápidamente hacia la casa de los tíos donde pasaríamos la noche.

Con paso rápido recorrimos las calles del pueblo viejo atentos para no tener encuentros desagradables aún cuando fuera casi cierto que los alemanes estaban sólo en Casa Grande. Las casas estaban todas cerradas, no se filtraba un rayo de luz ni se oía una voz. Los pocos faroles de mano, cuyas lamparitas estaban dispuestas según el reglamento antiaéreo, producían una luz muy débil. El cielo oscuro y la niebla hacían aparecer las horas de la tarde en otra dimensión, agigantando la atmósfera de tristeza y de abandono que cubría las viviendas. Mamá, aterrorizada, me apretaba contra sí apurando el paso.

Los tíos, viéndonos llegar, se tranquilizaron y quisieron ser puestos de inmediato al corriente de lo sucedido; alejaron sus profundos temores y me consolaron. Después de haber tomado algo caliente nos aprestamos a pasar la noche que fue larga y agitada. La rodilla me dolía, mientras en el adormecimiento volvían continuamente a la mente la escena dramática, los disparos y los gritos, que producían sobresaltos de miedo del sistema nervioso. El sueño liviano era interrumpido por presentimientos lúgubres y amenazadores y los oídos, ya habituados desde hacía tiempo, estaban atentos a percibir el más mínimo rumor. Sentí que mamá estaba despierta, más bien parecía que trataba de contener los sollozos, al pensar en la gravedad del momento y del desmembramiento de nuestra familia. Sólo mi hermana pequeña dormía tranquilamente. Desde lejos con el viento que cada tanto soplaba, llegaba el ladrido de un perro que, desde una casa cercana a la plaza, respondía al canto de un gallo. El silencio era roto también por la campana del reloj, del que a veces también se oía el rítmico batido de la máquina. Aquellas pocas señales daban la certeza que el pueblo estaba habitado, todavía vivo.

El cansancio y las emociones de la movida jornada transcurrida habían sido, por fin superados. Nos adormecimos pesadamente y en el sueño se confundieron sueño y realidad. Parecía que en casa estuvieran aún los abuelos y otras personas queridas, todos con el rostro preocupado por una situación peligrosa que, se identificó claramente con la vigilia nocturna realizada en ocasión del terremoto de 1933. También aquella vez, con mamá habíamos encontrado refugio en la casa paterna y por suerte los temblores provocaron sólo daños leves a pocos edificios, pero sí mucho miedo.

El sueño fue premonitorio porque a la mañana fuimos despertados por las voces agitadas de los tíos que, presa del terror y llorando desesperadamente, anunciaron que los alemanes habían emitido la orden de evacuación porque Borrello debía ser destruido.

## **CAPÍTULO 3º**

### **10 AL 25 DE NOVIEMBRE**

**10 DE NOVIEMBRE.**

Como Dios quiere se hizo de día y todos nos levantamos, mientras los hombres desde hacía tiempo habían alcanzado el bosque. Se realizó una rápida evaluación de nuestra situación particular de huéspedes precarios, empujados a aquel refugio por el terror de la alucinante jornada precedente, y nos dimos cuenta que el alejamiento seguramente sería largo, por lo que no habríamos podido vivir allí por mucho tiempo. Debíamos correr el riesgo de retornar al casino, también porque los alemanes, si lo hubiesen querido, nos hubiesen encontrado de cualquier forma. Para limitar el peligro bastaba disponer un servicio de vigilancia eficiente, bien constituido por puestos de avanzada, realizado por los hombres, en vista que debían permanecer ocultos durante el día.

Cada uno de nosotros tomó su carga de elementos, la pequeña Lucía no deseaba dejar más la "coppa della pizza" **(Se refiere a una tapa de metal que se colocaba en el fogón después que el piso estaba caliente, la pizza era puesta debajo de esa tapa sobre la que se ponían brasas y que hacía las veces de horno casero)**, y nosotros nos encaminamos con la certeza, al menos, de dirigimos a un palacio real comparado con el lugar en cual había transcurrido la primera noche en el monte.

El arcipreste Simonetti, de quien derivaba el nombre de "Casino dell'Arciprete", gran apasionado de la vida agreste, lo había hecho edificar a fin del siglo pasado **(Era el Siglo XIX)** con todos los requisitos de una casa residencial y con buena técnica constructiva. Estaba compuesto de dos pisos y cuatro habitaciones, al otro lado del bajo techo transitable. El aspecto principal tenía una cierta pretensión por la escalera de dos rampas convergentes en un descanso-balcón y por el bello acceso de piedra tallada artísticamente, con una inscripción esculpida en los dados de apoyo de las jambas que reclamaba el sentido de la vida en el respeto de la religión. El abuelo lo había comprado con la buena tierra circundante y lo había remodelado, tanto que parecía una casa de habitantes civiles.

Encontramos a muchas personas que había pasado la noche, parientes de familias y de hombres que ya estaban con nosotros en el monte. Fue muy conmovedor volver a verse porque el temor y la gran confusión que había reinado durante el corto tiempo concedido por los equipos de demolición para abandonar el pueblo, casi un "sálvese quien pueda", no había permitido a todos asegurarse del éxodo del grupo familiar, ni de conocer el lugar que habían conseguido. Por esta razón recibimos los requerimientos ansiosos de noticias de todo tipo, especialmente de los sucesos y de la catástrofe que ya se estaba consumando en Borrello. El compadre Vincenzo pone de inmediato al corriente de la grave desgracia que se había abatido sobre todos nosotros, del terrible fin de nuestras casas y de todas nuestra posesiones. Casi con un sentimiento de culpa, por haber arriesgado su propia vida y la de su mujer, confesó que al caer la noche había vuelto al pueblo movido por la necesidad de rescatar la ropa de los niños, en particular para la pequeña Ilda de dos meses de edad, que estaba oculta con otras cosas en el pajar de la Vía VII Settembre. Conmovido hasta las lágrimas contó la peligrosa aventura que había vivido.

Ya a la altura de la calle para los Pareti el intenso resplandor de los incendios iluminaba todo como si fuese de día, el que se hacía más intenso a medida que se acercaba a las primeras casas. De la Vía de los Orti, como desde la platea de un inmenso teatro, había asistido a un espectáculo increíble y alucinante. Todos los edificios de aquel sector de las viviendas, así como los restos de las estructuras de aquellos que ya habían sido minados, estaban envueltos y devorados por un único y colosal incendio; por los fragorosos y repentinos aumentos del fuego se intuía la presencia de productos inflamables previamente diseminados por los demoledores. Se oía cada tanto el estruendo producido por la caída de las estructuras consumidas por el fuego, los lamentos lacerantes de los pobres animales que estaban prisioneros en ese infierno. Ante sus ojos, ciertamente los únicos que en aquel momento eran testigos, la escena se presentaba con una inverosímil dramaticidad, increíble e inaudita. Víctimas de la conmoción y de una ira impotente, se entregaron a un largo llanto angustioso, pero el pensamiento de sus hijos los devolvió a la realidad de la importancia de su misión, que consiguieron cumplir porque el edificio afortunadamente estaba todavía intacto.

El palpitante relato sacudió a todos y algunos se desahogaron en un llanto repentino. Mi padre, envalentonado por el éxito de aquella salida y pese a nuestra oposición, decide ir también él para ver si podía establecer algún contacto con los abuelos. Pasamos el tiempo de su ausencia

con gran temor, ocupándonos del acomodamiento de toda aquella gente de la mejor forma posible. Su regreso, al mediodía, nos hizo lanzar un suspiro de alivio; estaba abatido, derrotado, pero hizo de inmediato un relato detallado de la arriesgada misión.

Había recorrido la misma calle oriental de circunvalación, en dirección a las huertas, realizando cortos trayectos, al reparo de los muros y de los setos para evitar malos encuentros. No tuvo sorpresas porque juzgó que los alemanes estaban ocupados en la zona opuesta de las viviendas, de donde provenían violentos estallidos de minas seguidos del ruido de los derrumbes, mientras que en el sector donde él se encontraba, muchos edificios ardían furiosamente. Las calles eran intransitables por la presencia de escombros, muebles destruidos, manojos de cables eléctricos y pedazos de mobiliario de todo tipo. Todo el conjunto constituía una escena apocalíptica en la que, sin embargo, se encontraba algún que otro valeroso, con el rostro petrificado por el dolor, buscando alguna cosa todavía útil, especialmente víveres, entre la maraña de las ruinas aún humeantes. Pero en aquel horrible desastre aparecían también entre ellas, las partes huecas que, increíblemente, mostraban el contenido intacto, en el mismo orden en que lo dejó el ama de casa antes de la fuga.

Hizo un gran rodeo al Colle della Fonte y vio al abuelo que iba hacia la casa mientras las dos mujeres, al borde hasta donde llegaba la paja de la estiba, le hacían grandes gestos animándolo a acercarse. Se abrazaron y le dijeron que los alemanes les habían tolerado hasta la tarde, cuando no habían encontrado mejor lugar para pasar la noche. El abuelo agrega que en aquel momento estaban de guardia dos hombres, menos duros que los demás, que les habían permitido tomar muchas cosas que había en el campo cerca de ellos, utilizadas para construir un refugio. Mi padre, con la fuerza de la desesperación, lo ayudó en la empresa, tratando al mismo tiempo de convencerlo de que se fueran con él, pero fue imposible, porque esperaban conseguir, con su presencia, hacer desistir a los destructores de minar la casa, para lo que haría todas las tentativas posibles. Entonces no quedaba más que emprender el camino de regreso, recorriendo otra calle para poder tener un mejor panorama del desastre. Pagó caro el desvío, porque cuatro alemanes, armados también con hachas, lo detuvieron robándole una pequeña suma de dinero y el reloj, botín que sirvió para obtener su libertad.

Por la tarde alcanzamos el Colle delle Rocche, desde donde se apreciaba completamente, sin ser vistos, el valle y todo lo que sucedía a lo largo de la calle. Tuvimos ocasión de asistir al ritual terrorífico de los preparativos para el final, de la destrucción de los edificios en torno de la estación ferroviaria de Fallo. El primer turno fue para la central eléctrica, de la cual eran socios también los Palmieri, que entregaba en mayor medida la energía para nuestra comuna, mientras que el resto era atendido por la central de Quadri. Una sola y fortísima explosión provocó una sacudida y, del depósito de carga, el agua se derramó sobre los escombros completando la obra de exterminio. Otro equipo de demolidores, al mismo tiempo, operaba en torno a la gran estación transformadora de energía eléctrica que alimentaba a la Ferrovía Sangritana y al edificio de la estación. Una vez finalizados los preparativos, los vimos salir a todos en su camión a la espera de ser más veloces en su camino hacia Quadri, porque unos segundos después los dos edificios saltaron por los aires con gran estruendo. Siguió luego un gran incendio, alimentado por el aceite de los transformadores, que iluminó siniestramente las primeras sombras de la noche.

En pocos minutos habían sido destruidas dos actividades industriales que, con otras pocas, representaban la flor en el ojal de nuestra zona.

De regreso nos encontramos con una agradable sorpresa, las mujeres había logrado cocinar algo; mamá había hecho para nuestro grupo pasta y porotos. Estábamos todos hambrientos y comimos vorazmente, tanto que quien servía no alcanzaba a hacerlo a tiempo. Nos cayó “como poroto a la pasta” la narración de aquella familia de pobres que raramente podía comer la pasta: la sopera se encontraba en el centro de la mesa controlada por el rabillo del ojo, ellos no dejaban la mesa por nada del mundo. No se inmutaron ni siquiera cuando un joven vecino de casa, que había hecho una de las suyas, perseguido por el padre exasperado y armado con un nudoso bastón, no quedándole otro camino, enfiló hacia nuestra puerta. Prosiguieron hasta el piso superior, donde luego de unos bastonazos, reemprendió la persecución de regreso, ante la total indiferencia de aquellos hambrientos comensales.

Nos preparamos para pasar la noche con más fuerzas y un poco de euforia.

### **11 de noviembre**

Nos despertábamos muy rápido porque en un ambiente así sobrecargado de personas, bastaba que uno hubiese necesitado salir para que hiciera levantar a todos los demás. También estaba la necesidad de recomponer los huesos, después de tantas horas de incómodo reposo, quebrantados debido a la dureza del suelo y al frío. Era necesario remover la paja para poder pasar el día dentro y este era un trabajo para las mujeres, porque los hombres estaban obligados a marcharse rápido y ocultarse para no caer en las redadas.

Se realizó rápidamente un consejo de familia sobre la conveniencia de que la vieja tía Giulietta permaneciese con nosotros o fuese con la hija a S. Angelo del Pesco. Los sucesos que se estaban desarrollando, el futuro que no auguraba nada bueno y el propio deseo de la interesada hicieron prevalecer la segunda solución; así que, dada la disposición del buen Domenico, que se ofreció a acompañarla con su burro enano, partieron rápidamente en aquella dirección. Cerca de las diez tuvimos la visita de una patrulla que, afortunadamente, se limitó a tomar nota de la presencia de tantas personas. Estábamos convencidos que los alemanes habían venido de Quadri, donde había una fuerte presencia de ellos para garantizar la seguridad de la ruta, en la que ahora el tráfico era intenso.

Durante el curso del día tuvimos el informe de la situación del pueblo, de parte del valiente de turno que se arriesgaba a regresar. Los destructores no eran muchos, pero su operación de devastación ya había golpeado a una buena parte de las viviendas, actuando con una eficientísima técnica que les permitía obtener el máximo resultado con el mínimo esfuerzo. Empleaban las cargas explosivas solamente para los edificios más sólidos, eligiéndolos a intervalos entre todos, de manera que el efecto de ruptura fuese mayor, destruyendo también a los edificios vecinos. La mayor parte de estos, constituida por casas de uso común y pajares, a causa de la onda expansiva de las explosiones se incendiaban automáticamente. El contenido, mayormente forrajes, era altamente inflamable y provocaba en muchos casos efectos desastrosos, superiores a las propias minas. Con este sistema, los destructores habrían completado en breve tiempo su obra catastrófica.

Además de Borrello, por lo que sabíamos, estaban realizando la destrucción de Monteferrante, Roio del Sangro, Giulopoli, Rosello y Perscopenataro. Los pueblos del valle y los que se encontraban a la izquierda del río estaban por el momento a salvo.

Avanzada la tarde retornó finalmente Domenico; la misión, no sin dificultades había llegado a buen fin. Contó que también S. Angelo, y otras comunas del fondo del valle a la derecha del río, estaban sufriendo nuestra misma suerte. Miles de personas eran dejadas sin techo, en fuga hacia los bosques en busca de algún refugio, aunque fuese una gruta, condenadas a sufrir una suerte inhumana a las puertas del invierno mortal que habitualmente se abatía en nuestra zona.

Mientras tanto, en el bosque, a la luz de lo que estaba ocurriendo, los hombres examinaban la débil posibilidad de iniciar actos de resistencia contra los alemanes. Debía hacerse con las armas ocultas en el campo. Angelucci mostró las bombas de mano que había traído consigo el 8 de setiembre, las demás se obtendrían con celadas a las patrullas y con golpes de mano. En Borrello, según noticias ciertas, no debía haber más de una treintena de alemanes; muy pocos y alojados todos en la Casa Grande que era vigilada por tres puestos ubicados en la Fonte della Circiera y en Montecalvario. La operación debía ser preparada en dos fases: la captura del pueblo y la interrupción de la calle de acceso mediante la destrucción de los puentes de la Fonti, Dei Lamenti y del Verde, en los cuales seguramente los demoledores ya deberían haber instalado las cargas explosivas. El plan era bueno, pero llevarlo a la práctica no era sencillo. Se necesitaban muchos hombres y hábiles especialistas porque la acción básica, la más importante, era manejar con pericia los explosivos. Pronto se rindieron ante la dificultad, que era insuperable. Estaba claro también que si la operación fracasaba, habría desatado una feroz represalia a la cual estaría inevitablemente expuesta la población. Agregar luto al dolor y al espanto general, pareció inhumano y la idea fue abandonada.

Debíamos aceptar la tragedia y esperar la rápida llegada de los libertadores. Pero hacía un tiempo que no oíamos más el tronar de los cañones lejanos. Por la noche nos afligía el resplandor de las llamas que consumían lentamente al pueblo como si fuese leña en el fogón.

### **12 y 13 de noviembre**

Se tenía el panorama preciso de los acontecimientos al regreso de los pocos osados, que cada vez eran más numerosos, que se aventuraban a entrar en el pueblo con la intención de recuperar de entre las ruinas cualquier cosa apta para la supervivencia. Contaron que los edificios todavía intactos, por falta de explosivos, eran incendiados y que las minas de que disponían las reservaban para las construcciones más sólidas.

Comenzaron también a llegar noticias execrables de muertes atroces causadas por la rápida, incesante y violenta acción destructiva a la que estaba sometida Borrello.

Desgraciadamente, las vidas humanas sacrificadas dentro de sus propias habitaciones eran de ancianos solos. Quizás alguno lo habría deseado obstinadamente con estoicismo sublime, otros, dormidos, no habrían escuchado los avisos. Uno de ellos, que sobrevivió herido, había pedido auxilio mucho tiempo sepultado por los escombros, hasta que los alemanes movidos por una cruel piedad, habían puesto fin a aquellos lamentos derramando nafta entre las piedras y dándole fuego.

La tragedia estaba agravada por las malas condiciones atmosféricas. Agua y nieve caían copiosamente en aquel enorme cráter en llamas, sin alcanzar a extinguirlas. Algunos, con problemas de salud, sobretodo los ancianos, no sobrevivieron. Muchas personas, particularmente aquellas que en el monte estaban a la intemperie, venciendo su terror, empujadas por el frío intenso, volvieron al pueblo buscando refugio entre las ruinas de sus propias casas, bajo cualquier bodega que permanecía intacta gracias a la clásica “volta forte” construida en piedra.

Mi abuelo no quería saber nada de aflojar. Resistía impertérrito en el reducto que había preparado en la paja, con restos de muebles y piezas de madera cubiertas con chapas. Nos hacía saber que su intención era mantener a toda costa su lucha contra la adversidad. Las informaciones hablaban de sus buenas condiciones de salud, agregando que la abuela tenía igual intenciones.

Todas estas noticias nos sacudían no poco, agravando la pesada atmósfera que nos oprimía desde hacía días. Pero nuestras condiciones de supervivencia eran mejores que la de tantos otros pobres desgraciados, aún si la lluvia nos obligaba a estar de pié en aquel angosto local.

### **14 de noviembre**

Era domingo, un día gris como los anteriores bajo todo punto de vista: la lluvia había dejado de caer durante la noche pero el frío era intenso para estar a la intemperie, donde todo estaba empapado, era una empresa inhumana. Mi madre no podía soportar que el abuelo continuara todavía en esa situación y deseaba ir a traerlo por la fuerza. Habían pasado cinco días y cinco noches a la intemperie, sin poder encender un fuego y comer un plato de comida caliente, y la dos mujeres, de salud enfermiza, debían estar al límite de lo que podían soportar. Por esto, mi padre junto con otros valientes, fue a buscarlos.

Consiguieron evitar malos encuentros, pero no podían evitar de modo alguno al centinela que estaba apostado en las cercanías, en un refugio de la cumbre del cerro. El abuelo, sin embargo, calmó a aquel soldado el que, para sacárselo de encima, le permitió completar la operación con éxito.

Gracias a Dios, se adelantaron y nuestros corazones se llenaron de alegría. Trajeron con ellos muchas cosas, algunas hasta de confort, como se dice en la jerga militar, una bolsita de confites que los alemanes le habían obsequiado a la abuela. Fueron cuidadosamente distribuidos, a los niños en mayor cantidad, en señal de fiesta.

Contaron conmovidos las siniestras, increíbles jornadas que habían pasado en aquel infierno que estaba consumando el sacrificio de generaciones enteras, oprimidos por el terror de las violentas explosiones y de los incendios gigantescos, agredidos por el acre olor de la pólvora y del humo que tornaban al aire irrespirable. Desde su refugio oculto, habían percibido las voces vencidas y el llanto de los pocos valientes que vagaban atontados por el terror, entre las ruinas del pueblo agonizante. A veces habían oído los gritos imperiosos y aterrorizantes de los alemanes, seguido del sonido al quitar los seguros de las armas, que clavaban los malvados con la habitual, ahora congelante, “komm, komm”. Pero la fuerza de la desesperación, similar a aquella que los había animado a perseverar en obstinada resistencia, impulsaba ahora a los ciudadanos a violar la prohibición de volver a entrar al pueblo.

Tuvimos muchas noticias acerca de los alemanes y de la tarea infame que realizaban. Ocupaban solamente Casa Grande y no eran más de treinta hombres. De día, fuera de los que descansaban, había dos o tres hombres afectados a los servicios generales. De noche, en cambio, eran muchos y pasaban las largas horas de ocio comiendo y bebiendo copiosamente. No les faltaba nada, disponían de un botín riquísimo porque antes de proceder a la destrucción de las casas las inspeccionaban cuidadosamente en busca de huecos en los muros en los cuales se habían ocultado las mejores cosas. A menudo su buen olfato tenía éxito; entonces retenían los víveres enviando el resto, en las mulas, a la retaguardia.

Contaron que el vino y los licores exaltaban a los alemanes hasta el punto de hacerlos transgredir las férreas normas de la disciplina. Pero, quizás aquello fuera una forma de aflojar la tensión y el temor que, seguramente, los dominaba. Algunas veces, en el medio de la noche, habían oído elevarse un canto que interrumpía su habitual costumbre de hablar en voz alta y el pavoroso silencio de las tinieblas que envolvían la casa y el entorno, apenas iluminadas por algún incendio lejano. Entonces el terror asaltaba a aquellos tres valerosos inconscientes porque el centinela, en aquel momento se mostraba muy nervioso.

El estado de ansiedad, sumado al esfuerzo físico llevado al extremo, había convencido al abuelo de abandonar aquel sacrificio que, al fin, podría resultar inútil. No era menos determinante la sensación del creciente nerviosismo que, con el paso de los días, mostraban los alemanes, evidentemente era el efecto del temor de que de un momento a otro pudieran ser sorprendidos por el enemigo que se encontraba cerca.

Esta evidencia infunde esperanzas en todos, tanto que los huéspedes forasteros comenzaron a hablar de partir y de traspasar rápido las líneas en dirección de Agnone.

### 15 y 16 de noviembre

A causa de la lluvia y del intenso frío, muchas personas fueron obligadas a dejar los refugios ubicados en nuestra vecindad. Comprimiéndonos como sardinas acogimos a algunos de ellos, entre ellos Michele y su familia, que fueron a ocupar el bajo techo. En este momento éramos sesenta en la casa, una enormidad si se la compara con la superficie disponible. La presencia de todos en los ambientes, durante el día, era imposible, de modo que para calentarse y poder cocinar fue dispuesto otro fogón bajo la escalera exterior. La permanencia continua en el interior era permitida únicamente a los niños, los ancianos y, parcialmente, a las mujeres. Se organizó un orden de servicios logísticos y se asignaron los lugares para dormir según las obligaciones personales, más o menos cerca de la puerta.

Caía la noche rápidamente, lo que daba la posibilidad, en las largas horas que precedían al sueño de charlar y comentar todo lo que se había podido averiguar durante el día acerca del pueblo y de las otras comunidades del entorno. También se rezaba el Rosario. A veces un bello relato del tiempo pasado servía para levantar la moral, como también una representación sobre nuestro miserable estado podía traer un poco de buen humor. A menudo adquiría protagonismo Raffaele, que dormía en el rellano del hornillo, mientras la hermanita, para mayor seguridad, estaba en un canasto de mimbre en el espacio inferior. Movidó por el hambre, interrumpía en el auditorio llamando a su padre, en voz alta, que le diese la “pisciotta” (**mezcla de harina, agua y sal que se cocinaba en la “coppa della pizza”**).



Se debía tratar realmente de hambre porque el reclamo, que al principio provocó la risa general, se convirtió en algo habitual, aún en el profundo silencio de la noche, provocando amargas consideraciones: con lo que se disponía, ahora muy escaso, no se alcanzaba a satisfacer el hambre de los más pequeños.

El sueño, especialmente en los hombres, era liviano, y hasta los más pequeños rumores lo interrumpían. A menudo alguno salía para asegurarse que todo estuviese en calma, aún cuando era sabido que los alemanes no rondaban por las noches. Otros, desvelados, no conseguían volver a dormir; y entonces llegaban los pensamientos, las fantasías más oscuras hasta imaginar el final más trágico de la grave situación en la cual estábamos involucrados.

### **17 de noviembre**

Cerca del mediodía divisamos las columnas de humo que se alzaban hacia el cielo desde el centro de Pizzoferrato, este acontecimiento fue comentado positivamente porque lo consideramos un cambio de estrategia que nos favorecía. En efecto, la extensión de la táctica de tierra arrasada hasta el territorio del otro lado del Sangro hacía pensar que los alemanes, temiendo por su plan de defensa, se aprestaban a retirarse a la montaña.

Alrededor de las 13,30 llegó una patrulla de diez alemanes proveniente de Quadri que nos intimó a desalojar de inmediato la casa porque tenían la orden de incendiarla. Lo que se disponían a realizar nos parecía increíble e inhumano porque caía sobre gente ya obligada a abandonar su propia casa –en gran parte niños y ancianos – que ahora era enviada a la intemperie sin ninguna piedad. De nada sirvieron los gritos, el llanto y las invocaciones: fueron imperturbables, y una vez transcurrido el tiempo asignado, comenzaron a colocar cargas incendiarias, principalmente en las puertas y ventanas. Los viejos y los niños que se habían metido en cama haciéndose pasar por enfermos, esperando que desistieran del plan criminal, huyeron fuera presa del miedo. Entonces decidimos alejarnos rápidamente con lo poco que teníamos dentro de la casa, bajo sus propios ojos atentos a los cuales no escaparon algunos objetos de valor, incluso de oro, lo que les significó un rico botín. Separaron a nuestros huéspedes de Castello que, impasibles, maldijeron la mala suerte que los había impulsado a huir, saltando de las brasas para caer en la sartén.

Mientras tanto, en el piso superior, las mujeres, confiadas en tener mejor suerte, habían hecho acostar al tío Leo fingiendo a su alrededor dolor y llanto. La gravedad del momento y el temor hacían aparecer casi reales las lágrimas y la desesperación de las pérdidas, más que por las condiciones del enfermo. Sus facciones rosadas, aún no marcadas por la tensión y las privaciones de aquellos días, estaban lejos de lo que se intentaba: hacerlo parecer un moribundo con los anteojos puestos. El apuro había jugado una gran broma, justo a él que era un entendido por haber frecuentado teatros por tantos años, incluido el Teatro Colón de Buenos Aires.

Los alemanes, para nada impresionados, aceleraron los preparativos, por el contrario, habían ya aplicado fuego al techo, cuando el moribundo y las dolientes huyeron a la carrera perseguidos por gritos de amenaza "... italien teatristi ...italien girafilm..." No todos comprendieron el sentido, salvo aquellas buenas mujeres que habían ocultado bajo el "moribundo" preciosas piezas de salchicha, ilusionadas con poder sustraerlas a la rapiña. Una vez fuera, se pensó que había sido una gracia de Dios por lo que los actores dieron gracias por no haberse convertido en leña.

Fue bueno para nosotros la circunstancia que aquellos malditos, satisfechos con el rico botín, se fueron rápido porque así tuvimos la posibilidad de sustraer de las llamas, por lo menos los portones de entrada.

La capacidad del edificio se había reducido a sólo dos espacios en la planta baja, por lo que algunas familias debieron buscar refugio en otra parte; la de los Angelucci debía entrar al pueblo porque al amanecer el hijo mayor, había caído en el fuego, quemándose horriblemente. La noticia, llegada poco antes del arribo de los alemanes, había alterado a todos, especialmente a nosotros los muchachos, porque Antonio era nuestro vecino de la casa de la

Piazza Vecchia, asiduo compañero de juegos, con quien teníamos una afectuosa amistad. Así, atónitos, frente a la casa semidestruida, lloramos a nuestro amigo. Pero rápidamente predominó el reclamo de la realidad y nos dedicamos a limpiar los espacios de los restos de la combustión buscando arreglarnos de la mejor forma.

La situación, aún más grave, impulsó a nuestros huéspedes forasteros a anticipar la partida. Así lo habían decidido ya hacía varios días estudiando el proyecto en los menores detalles. Debían de todos modos convencer solamente a los acompañantes para poder atravesar la línea. Sacudidos profundamente, con la moral en pedazos, nos preparamos, y fue inexplicable como conseguimos pasar la noche en un espacio así de reducido.

### **18 de noviembre**

Por la mañana muy temprano, todos nuestros huéspedes se marcharon, menos Vinicio que estaba inmovilizado por una herida en un pié, porque habían conseguido la compañía de dos guías que debían acompañarlos hasta Agnone, ya que como se decía, así las condiciones del viaje serían más seguras. La partida, afortunadamente, les había dado la libertad y la esperanza de alcanzar su lugar de origen, y a nosotros, un poco de respiro, por exigencias logísticas y de recursos, que todavía escaseaban.

Ironías de la suerte, los amigos de Castello habían venido a refugiarse en Borrello con la certeza que la guerra no los alcanzaría, en cambio se habían encontrado con algo peor, perdiendo todo lo que habían traído con ellos. La larga amistad y la recíproca confianza, en muchas ocasiones, antes y durante el conflicto, habían permitido al abuelo conocer hasta noticias reservadísimas sobre el armamento inadecuado de nuestro ejército que había determinado irremediablemente un final desastroso de nuestra participación en la guerra. Una joven pareja de esposos de Taranto, casualmente refugiados en Borrello, eran considerados miembros de la familia.

Pero la separación, que entristece siempre a los protagonistas, ocurriendo en una situación de peligro y de ignorancia para todos, afligió profundamente tanto a los que partían como a nosotros que nos quedábamos. Así, tras el llanto y la conmoción general, luego de un largo intercambio de palabras y de buenos augurios, finalmente partieron.

Por la tarde todas las casitas a lo largo del valle, colmadas de personas, sufrieron la misma suerte que nosotros. Los alemanes, implacables, siguieron sin piedad la orden de incendio, y las consecuencias fueron desastrosas porque en la comarca al abrigo del río, y debido al gran número de albergues existente, se había refugiado la mayor parte de la población.

Si bien el número de los ocupantes de nuestro refugio se había reducido a la mitad, algunos desafortunados debieron acampar al aire libre, bajo lienzos y ramas colocadas al abrigo de las paredes. Hizo falta hacer de necesidad virtud, porque el espacio habitable se había reducido cada vez más, aterrorizados también por el pensamiento que los demolidores podrían regresar, lo que nos habría condenado a todos a la intemperie. Cada vez más nos convencíamos que la destrucción de los refugios del campo no era producida por una razón estratégica, sino por pura barbarie, por una ilimitada reacción punitiva contra los italianos "traidores". Para evitar grandes sorpresas se decide aparecer lo menos posible, evitando también que se viera el humo desde el camino: eso habría significado, obviamente, que tendríamos el fuego encendido.

### **19 de noviembre**

Los guías cumplieron finalmente con el retorno a Agnone. El viaje se reveló como bastante difícil y riesgoso, especialmente para traspasar Borrello y Rosello cuyos accesos estaban bien provistos de centinelas que disparaban a primera vista. No habían podido recorrer la transitante, completamente descubierta, y debieron poner mucha atención en las minas, colocadas también en lugares insólitos, que ya habían cobrado víctimas. Estuvieron cerca también de los pobres desgraciados que habían sido alcanzados por disparos de los francotiradores, los que lamentablemente en algunos casos, se habían vuelto locos como el

pobre Bersaglio, que lo era de nombre y de hecho... Todas estas dificultades habían alargado el tiempo normal necesario para recorrer el itinerario.

Contaron, sin embargo, que se habían reconfortado con la alegría inmensa de haber disfrutado por algunas horas de la libertad. Habían sido conducidos al comando de las tropas aliadas, proporcionando toda la información posible acerca de nuestra grave situación. También les informaron de la cantidad de las fuerzas enemigas, solicitándoles pusieran fin a la catástrofe que estaba borrando del mapa a nuestra tierra, subrayando que el adelanto de sus planes, aunque fuera sólo unas horas, habría significado menor sacrificio, especialmente de vidas humanas. Pero sólo recibieron promesas, - por lo demás no podían adelantar nada acerca de su estrategia – lo que de todos modos alimentaba nuestras esperanzas. Respondieron a preguntas de todo tipo sobre la situación general y acerca de la magnitud del desastre provocado por los alemanes, sobre la identidad de los liberadores y su comportamiento al enfrentar a la población. Pero los más insistentes querían conocer sus impresiones acerca de la posibilidad de una intervención a corto plazo y de sus posibles resultados.

Cerca de las quince hubo una falsa alarma por la presencia de una patrulla en el bosque y poco después se oyeron, en dirección del pueblo, dos formidables explosiones que dieron la impresión de ser disparos de cañón, Pero esta hipótesis fue inmediatamente descartada porque, si así fuera, debieron haber sido seguidas por otros; por eso debía tratarse de minas, conjetura que nos alarmó un poco, después de días de silencio.

Las escasas noticias habidas acerca del ejercito libertador – cercano pero poco dispuesto a avanzar, aún con fuerzas seguramente superiores al enemigo – fueron objeto, por nuestra parte, de variadas interpretaciones en el transcurso del anochecer y durante la discusión que se produjo, como era habitual, hasta bien entrada la noche. Finalmente se acordó, casi unánimemente, que para reconquistar la libertad no faltarían muchos días. Aunque algunos, por relación a los disparos de la tarde, tenían dudas y temores: En efecto, ¿cómo era posible que los alemanes, sin una defensa aparente en primera línea, continuaran, más despreciativos que nunca, con su obra malvada?

El sueño finalmente se hizo cargo de nuestro cansancio.

## **20 de noviembre**

Se difundieron dos tristes noticias: la primera, se refería a la muerte del pobre Antonio que había sobrevivido tres días al terrible accidente sufrido, después de inaudito y atormentado sufrimiento. Estábamos conmovidos porque había estado con nosotros y no había emprendido el regreso; su padre lo había llevado consigo para que lo ayudara a buscar cualquier cosa que sirviera a la numerosa familia, en cambio, tras los escombros, había encontrado la muerte al acecho.

La segunda noticia nos confirmó que las dos explosiones oídas la noche anterior habían sido realmente de minas: ¡Casa Grande había saltado por los aires!

El abuelo confeso haberlo presentido, haber tenido la clara percepción que se había tratado de nuestra casa, porque las explosiones habían cesado después de algunos días y la destrucción sistemática de lo que quedaba del pueblo era producida por los incendios. En todos aquellos días su pensamiento, a la espera de aquel momento, había sido obsesionante porque lo sabía: se lo habían dicho cuando nos alejaron de casa. Las minas ya estaban colocada, listas para ser activadas, en caso de alarma o bien al fin de su infame misión, ciertamente aquel había sido el motivo principal por el cual habíamos sido alejados los primeros días de la destrucción del pueblo.

Las informaciones produjeron en todos un gran desagrado. La primera, irremediable, era la más grave; mientras la segunda, aunque esperada desde hacía tiempo, agregaba solamente mucha ira, que se calmó apenas nos dimos cuenta que los alemanes habían finalizado con uno de sus últimos y terribles deberes, y que, por eso, estaban verdaderamente por irse.

El mensajero contó también las características de la acción por haber estado cerca de un testigo que, oculto dentro de una casita nueva, a una de las cuales se habían trasladado los alemanes – se había visto obligado, a su pesar, de asistir a la escena. Los demolidores, encendieron las mechas a más de cincuenta metros de distancia y se protegieron tras la casa de Anecchini, temiendo que la potencia de las cargas colocadas lanzara los escombros tan lejos. Siguieron las dos explosiones tan tremendas, que dieron la impresión de que la casa sería completamente destruida; en cambio, una vez despejada la nube de humo y de polvo, maravillado, la vio reaparecer, dañada en un costado, pero todavía allí.

El desastre parecía menos grave de lo pensado, porque no todo estaba perdido: podrían ser ciertas las noticias recibidas. El interlocutor disuadió al abuelo, que era el más animado, de realizar un recorrido porque, según dijo, había mucha agitación entre los alemanes a causa de la voz que corrió de un encuentro con disparos entre patrullas que habían venido durante la noche a lo largo del Pian del Verde. No era seguro, pero el desalojo de Casa Grande daba a entender que si hubieran sufrido un ataque, les hubiera puesto en una situación muy difícil, teniendo en cuenta la ubicación aislada de la misma.

Entretanto desde el valle, al otro lado de Fallo, llegaba el retumbar ensordecedor que se oía cada vez más cercano. Pensamos enseguida que debía tratarse de la destrucción de los puentes y poco después tuvimos la confirmación porque ante nuestros ojos continuó el tremendo espectáculo durante todo el día. Los demolidores descendía del camión, el que se desplazaba lentamente por breve trecho, y avanzando a lo largo de la vía férrea, hacían explotar las cargas que cortaban al mismo tiempo los rieles y los durmientes. Seguía otra escuadra que procedía a volar por los aires los puentes de la calle y de la ruta. La operación se desarrollaba con método y precisión absolutos. Cuando le llegó la hora al puente de Penna Rossa, que estaba de frente, fuimos alcanzados por la onda expansiva de las explosiones violentísimas. En un momento escuchamos un silbido, como de un proyectil, cada vez más agudo, que se detiene a corta distancia de nosotros, seguido de un ruido ensordecedor, entre los restos de árboles destrozados. ¡La fuerza de la explosión había lanzado una gran piedra tan lejos!

El exterminio había finalizado por la noche, con la destrucción del puente de la cascada del Parello y de las casas vecinas.

La decisión de los alemanes de interrumpir las vías de comunicación era otra clara señal del temor a la invasión del valle desde el sudeste, con la posibilidad, por parte del enemigo, de utilizar los puentes indemnes. Un golpe de mano de los aliados habría facilitado además la rápida reacción de los medios acorazados desde el mar, donde, desde algunos días llegaba ininterrumpidamente el tronar de los cañones.

La esperanza de una próxima liberación de nuestro territorio se acentuaba cada vez más.

## **21 de noviembre**

Era el segundo domingo que pasábamos en el monte; un día como otro, quizás sentido íntimamente por unos pocos. Un segundo grupo de personas, del cual algunos eran de nuestra comunidad, partió rápidamente hacia Agnone. Se repite la habitual escena conmovedora de la despedida, sobre todo con Vinicio, casi un presagio de que iba al encuentro de una trágica suerte. El abuelo, después de haber vencido la oposición de todos, los siguió hasta el pueblo para ir a apreciar el estado en que había quedado nuestra casa, esperando en caso de desagradables encuentros, ser reconocido por alguno de sus ex-huéspedes y poder así pasar.

Mientras seguía con la difícil maniobra de acercamiento se encontró con otro valeroso que estaba regresando y lo disuadió de su propósito, diciéndole que los alemanes prohibían de modo absoluto el tránsito de los civiles. Los desgraciados que capturaban y aquellos que se habían refugiado entre los escombros de sus propias casas, estaban concentrados en la iglesia. Pero él continuó impertérrito, como si fuese empujado por una fuerza de atracción. No estaba más el centinela del collado y la cosa le pareció más fácil. Desde el lugar donde había pasado muchas noches a la intemperie vio finalmente la casa. No daba crédito a sus ojos y se

tuvo que convencer, finalmente, de la veracidad del relato del informador, que no había mentido.

A primera vista parecía intacta, con todas las aberturas de par en par parecía desear ávidamente recibir la tibieza del sol de esa bella jornada otoñal. Con cuidado se acercó hasta los escombros del molino tratando de mantenerse al reparo y poder explorarla completamente, hasta los más mínimos detalles.

Las paredes laterales, a la altura del primer piso, presentaban dos grandes roturas simétricas casi del tamaño de las habitaciones correspondientes. El piso estaba inundado de luz que se esparcía incluso al inferior, dejando comprender claramente que también el desván y las paredes interiores estaban caídos. Comprendió que las minas habían sido colocadas en los puntos más débiles por encontrarse, a ambos lados, de la chimenea y de la ventana. Pero con rapidez juzgó que los demoledores no habían considerado el efecto de los conductos del humo, a través de los que se dispersó la fuerza de choque provocada por las cargas explosivas. Además de este afortunado error, la fallida destrucción debía atribuirse al buen comportamiento de la estructura, bien diseñada y ejecutada con óptima técnica constructiva y con el empleo, aunque parcialmente, de cemento armado, el primero utilizado en las construcciones civiles de la zona. Casa Grande había superado perfectamente un episodio tan severo, fruto de la barbarie.

El abuelo resistió a la tentación de acercarse al otro lado y, a lo mejor, poder entrar, en aquel momento la vida valía más que el afecto que sentía por su criatura herida, pero no pudo menos que sentirse porque se sintió débil y fue presa del desánimo y de la emoción.

Aquella casa era el resultado de toda una vida dedicada al trabajo, hecha con sacrificios durísimos en numerosas actividades: de albañil, de hospedero, de gerente del servicio postal y de pasajeros con diligencias a caballo antes de la llegada del trencito, de las estaciones de Torino y de Castel di Sangro. Había vuelto enseguida a la construcción, pero como empresario. Todas aquellas actividades gracias a la activa ayuda y a la inteligencia de la abuela. Desde hacía años se había retirado para dedicarse con pasión y competencia a la agricultura, un trabajo algo relajado para él, tratando de disfrutar la nueva casa que representaba además un motivo de orgullo y satisfacción. Pero ahora todo el trabajo y todos los sacrificios le parecieron vanos, sintió que era necesario comenzar todo nuevamente desde el principio.

Reaccionó con rabioso desdén y coraje de aquella crisis momentánea; se consoló pensando que todo podría haber sido peor y, desistiendo de hacer una revisión también de la casa de la calle del Reloj, emprendió el regreso. Debía proceder con mucha atención porque, apenas llegado al pueblo, un trecho descubierto de la calle era batido por disparos de fusil efectuados desde Civitaluparella. Al regreso nos hizo un largo y detallado relato y, al fin, todos nos convencimos que la desgracia habría podido ser de dimensiones mucho más graves.

Mientras tanto, por la mañana se había iniciado también la destrucción de Quadri, seguida desde nuestra posición hasta los más mínimos detalle por la corta distancia que nos separaba. A la noche ya habían saltado por los aires casi todas las casas ubicadas a lo largo de la ruta. La devastación era ejecutada rápidamente a causa de la característica constructiva de las mismas, predominando las casas agrupadas, por lo que las cargas explosivas producían un efecto mayor.

## **22 y 23 de noviembre**

Los alemanes arremetían contra los reincidentes que, obligados por las carencias, regresaban al pueblo violando las órdenes. Los transgresores eran conducidos a viva fuerza a la iglesia, donde se decía que fueron amontonadas más de doscientas personas que se agrupaban alrededor de grandes fuegos que ardían directamente sobre el piso. Las restricciones, sumadas a todo lo demás, permitían ahora conocer bien los medios extremos que acostumbraban adoptar para imponer el respeto por las órdenes; pero, una vez capturados, controlaban que no huyeran porque las calles estaban libres de obstáculos y de ojos indiscretos, temiendo también represalias por parte de los mismos civiles. La estancia en el edificio sagrado,

desgraciadamente, para muchos de ellos que tenían sus casas arrasadas hasta el suelo, ciertamente se prolongaría hasta la liberación.

Veíamos columnas de humo sobre el cielo de Gamberale, mientras las casas dispersas de la fracción, junto con las de Pizzoferrato, ardían desde hacía algunos días.

La consolidación de la estrategia de tierra arrasada en los centros habitados de la otra orilla, seguía dejándonos perplejos, dando lugar a las conjeturas y a las hipótesis hechas unos días antes. Pero aquel sacrificio ¿era verdaderamente el síntoma de una retirada anticipada, o bien, destruían según un perverso programa estratégico-punitivo dejando íntegro sólo el mínimo indispensable de alojamientos para su propio uso?. Esta última parecía ser la respuesta correcta porque los aliados, en pleno invierno, seguramente no habrían arriesgado una ofensiva contra aquel baluarte natural lleno de todo tipo de dificultades.

El 23 de noviembre, después de algunos días de calma, los demoledores, con la ayuda de civiles reclutados a viva fuerza, continuaron con el recorrido por el pueblo en busca de los edificios que aún estaban intactos o levemente dañados. Entre estos estaba el mariscal de los carabinieri y algunos refugiados, que aprovechando la situación se dedicaron también al saqueo. No disponiendo ahora de más minas, ni de material inflamable, estaban obligados a recurrir a los medios tradicionales, a las ramas y a la paja que predominaban entre los restos. Algunos propietarios de aquellas casas, que habían tratado de protegerlas ocultos en el paraje, con la fuerza de la desesperación hicieron lo imposible para evitar perderlas, arriesgando doblemente la vida por haber ya violado la prohibición de arriesgarse en aquel infierno. Pero los alemanes fueron irreductibles; en algunos casos los ahuyentaron con violencia, en otros, además, los obligaron a colaborar en la infame obra de destrucción. Otros pobres corrieron mucho riesgo al intentar, algunas veces con éxito, apagar los incendios.

Los daños eran ya ingentes, incalculables; las fieras, sin embargo, continuaban con obstinado ensañamiento y maligna intensidad, como para hacer suponer que en poco tiempo de Borrello no quedaría nada.

En la iglesia, los refugiados sacaron más fuerzas para rezar. Con mayor intimidad se dirigieron especialmente al Señor para que interviniese de nuevo, a favor de sus fieles, para poner fin a aquel horrendo desastre con la rápida llegada de los aliados. Pero nuestra liberación tardaba más de lo debido, tanto como para parecer que debía respetarse una cadencia programada. Sin embargo se aseguraba que desde hacía algunos días se acercaban al pueblo patrullas aliadas, sin atacar, sólo para explorar y sondear las fuerzas enemigas. Los alemanes seguramente ya tenían conocimiento y quizás, no temiendo, continuaron su escrupulosa obra de exterminio con absoluto descuido.

Las dudas, nuestra esperanza alternativa, tuvieron finalmente por la tarde la prueba tangible, con gran fuerza, de la presencia de los libertadores en el territorio. Asistimos a la primera verdadera acción de guerra: al cañoneo de las costas de Pizzoferrato, batidas hasta el cementerio de Quadri. Pensamos al principio en una ofensiva que habría tomado a los alemanes por lo menos del otro lado del río. ¿Era aquello una señal? Lo esperábamos ardientemente manteniéndonos en trepidante y confiada espera, también por la noche cuando, desgraciadamente, volvimos a ver el cielo de Borrello iluminado por el siniestro resplandor de las llamas.

## **24 de noviembre**

Con el correr de los días se hacía cada vez más crítica la situación alimenticia. Los recursos ocultados en lugares accesibles fuera del pueblo se habían consumido, en parte directamente por sus propietarios y en parte porque se habían distribuido entre los desafortunados que se encontraban desprovistos de todo. Se había realizado también una caza encarnizada de los productos que habían quedado en el campo y que no fueron recolectados por diversas razones, de las verduras, incluso las silvestres. Quedaba solamente la limitadísima posibilidad de encontrar cualquier cosa entre los escombros de las propias casas y, por qué no, en las de los demás, acto que por razones de supervivencia no era del todo criticable. Esta era la razón por la cual siempre se encontraba más coraje para entrar al pueblo desafiando primero a los

francotiradores de guardia apostados en puntos estratégicos y luego a los equipos de demolición en acción.

El hambre a saciar, especialmente la de los pequeños, impulsaba a algunos a intentar capturar los animales ocultos en el bosque desde hacía tiempo, sustraídos a la ordenanza que nos había impuesto su entrega y a las redadas continuas de los alemanes. Fueron disuadidos por la resistencia de sus propietarios, a veces feroz, que depositaban en la salvación de una cabeza de ganado, especialmente las de trabajo, las más firmes esperanzas de poder resurgir de aquel grave desastre. Pero no hubo casos extremos, porque la piedad por el prójimo, la unión entre las personas y, en fin, la Providencia, hicieron que todos pudieran sobrevivir.

La continuación de la oleada destructiva indujo a mi padre y al abuelo a regresar al pueblo, esperando poder intervenir de algún modo para evitar ulteriores daños a la casa. Pero fueron disuadidos por los que regresaban que describieron la situación peligrosa por la aplicación de medidas cada vez más restrictivas, que ya habían cobrado víctimas. Muertas porque no habían obedecido el alto de los centinelas o por las minas diseminadas en varios lugares. Volvieron justo para encontrarse presentes en la enésima visita de los demoleedores, que esta vez, eran tres. Revisaron las pocas cosas que había dentro y pasaron también a aquella que, por exigencias de espacio, estaba armada afuera, escondida en el bosque. Tomaron botín de todo lo que era mejor, hasta una pizza "scima" ("masa tonta" de harina, agua y sal), todavía caliente, que mamá preparaba, como todas las mañanas, para distribuir con el café del desayuno y, muchas veces, como almuerzo. Quitaron los objetos de oro a las mujeres que celosamente, por devoción, escondían, insistiendo en que la abuela les diera sus aros. Esperando que desistieran, les dijeron que los tenía encarnados. Pero mientras uno insistía obstinadamente, amenazando con cortarles las orejas, el abuelo, amenazadoramente, se les fue encima tocándose la nariz, a nuestro estilo, cuando se ha de hacer con los deshonestos, gritándoles "no lo harán de ningún modo". El alemán pega un salto hacia atrás apuntándole con la ametralladora, pero no hace fuego porque lo reconoce como quien lo hospedó en Casa Grande, soltando a su presa. Alguien, mientras tanto, espiaba la escena protegido detrás de la cancela, pero fue descubierto, e intimado a acercarse con las manos en alto. Era el tío Felice y los alemanes le ordenaron, junto con mi padre y Raffaele Di Fiore, que los siguieran para llevar el botín al pueblo. Cuando se fueron andando dimos las gracias también por su buena suerte, porque no había ocurrido un doble drama.

Era amargo ser robados, pero todavía más, bajo la amenaza de las armas, estar obligados a ¡entregar el botín en casa de los ladrones! Los portadores tuvieron sin embargo la posibilidad de darse plenamente cuenta de la vastedad del desastre que se había abatido sobre Borrello, habiéndolo atravesado todo para llegar a las casitas nuevas, donde los alemanes se habían acuartelado recientemente.

El bonito pueblo, admirado y envidiado por los vecinos debido a su feliz posición natural que le había permitido un desarrollo racional, constituido en gran parte de edificios de nueva construcción o hacía poco reparados a nuevo, había quedado reducido a un cúmulo de escombros. Las casas, todavía como tales, eran poquísimas, muchas parecían intactas, pero en realidad habían sido vaciadas por los incendios que produjeron la caída de las estructuras internas. Las calles estaban llenas de montañas de desperdicios en las cuales estaban esparcidos restos de puertas, ventanas y de muebles reventados por la violencia de las explosiones. Los árboles, también los de la plaza que se encontraban a notable distancia, con las ramas partidas y despojados de las hojas, parecían gigantes implorando al cielo el porque de aquella terrible calamidad.

La Piazza Risorgimento, habitualmente llamada Carena y a veces "le Carvunare" quizás porque allí se preparaba el carbón, dividida en dos cuerpos, constituía junto con el palacio municipal, la flor en el ojal de pueblo. Había sido realizada a principios del siglo con gran empleo de piedra tallada, también para las aceras y para acordonar las calles circundantes. Todo el complejo estaba flanqueado por bellísimos castaños de Indias, cuyos frutos salvajes eran usados para las largas, divertidas y alegres batallas anuales que librábamos los muchachos.

El acto de la destrucción el complejo residencial de la parte vieja del pueblo –la zona de forma rectangular comprendida entre la calle del Pòpolo, las rocas y las desembocaduras a través del valle de noreste a sudoeste- se había reducido notablemente a causa de los daños sufridos, a través de los años, por los terremotos que habían afectado a nuestra vertiente de la Maiella. A fines del 1800 se encontraba allí la mayor parte de los edificios, con una población que en 1881 había alcanzado el número máximo de 2.057 personas.

Desde entonces, con la intensificación del fenómeno de la emigración, se inició el despoblamiento del pueblo, y extrañamente, la edificación en la nueva zona de expansión, hasta los “Cerroni”, que en el intervalo habían sido alcanzados y cortados por la amplia curva de la nueva ruta. Contribuyeron mucho las remesas del Nuevo Mundo y la vigilancia de los administradores que con una planificación racional del territorio habían logrado el desarrollo ordenado del pueblo.

Una ampliación posterior había sido realizada con la intervención directa del Estado, que luego del sismo de 1933, había dispuesto la transferencia del viejo centro y la realización del Piano Regolatore con la infraestructura esencial y las “casitas nuevas”. Así había resultado que en cerca de cincuenta años el tejido urbano de Borrello se había casi triplicado frente al dimensionamiento de la población residente.

Los portadores se dieron cuenta, durante el trayecto, de la continuación de las acciones destructivas y del meticuloso ensañamiento, pleno de inhumana maldad, con el cual los demoledores buscaban los edificios a los cuales infligir el golpe de gracia. Mi padre, que aquel día cumplía años, estaba profundamente dolorido y su angustia alcanzó el máximo cuando, volviendo por la calle Roma, le apareció a lo lejos nuestra casa. Fue asaltado por una crisis violenta, las piernas no le respondieron más y por no caer debió apoyarse en el muro del tío Guglielmo. Los alemanes se detuvieron un poco, creyendo que había sido golpeado por un ataque, de esta forma tuvo la ocasión de ver mejor. La situación descrita por el abuelo era más grave porque el techo y gran parte de las puertas y ventanas no existían más; el efecto del incendio producido durante la segunda oleada destructiva había sido devastador. Sin poder expresar su rabia, por el contrario debió poner buena cara aceptando continuar, con sus compañeros, un segundo transporte: un cerdo carneado en casa Rago, por otro grupo de demoledores.

Finalmente, fueron dejados libres y se lanzaron a una gran carrera, tratando de evitar otros encuentros desagradables.

A las 1530, apenas con el tiempo de llevar algo a la boca y de comentar la misión, escuchamos disparos de cañón que, desde la posición batida el día anterior, siguiendo el curso del río, se acercaban poco a poco. En pocos segundos nos alcanzaron y de los últimos tres, el tercero nos sobrepasó apenas, cayendo en un corto espacio de escasamente doscientos metros. Así que había que volver a entrar en casa, o bien protegerse detrás de ella, corrimos aterrorizados en dirección del bosque para refugiarnos tras las rocas, siguiendo al descubierto la trayectoria del proyectil que, para nuestra suerte, se prolongó más allá. El mismo error, pero con resultado fatal, lo cometieron los del casino Evangelista que fueron tomados de lleno por el segundo proyectil mientras corrían en nuestra dirección. Gritos atormentados provenían de aquella parte mientras los disparos silbaban, aterrorizantes, sobre nuestras cabezas. Como si estuviésemos paralizados, quedamos quietos por algún tiempo sin darnos cuenta completamente de lo que había ocurrido a los infortunados vecinos.

Pasado el espanto, los más valerosos acudieron a prestar ayuda, mientras otros acompañaban a los heridos en dirección a Valli donde el médico, junto a su propia familia, había buscado refugio después del incendio del casino. Se había producido un horrible estrago: veinte personas estaban heridas, alguna de gravedad, en particular un niño hijo de un refugiado romano. Muchos yacían todavía en tierra y cerca nuestro, horriblemente atormentados, estaban los cuerpos de Filomena Palmieri y Sabia Costantini. Alguien entre lágrimas imprecaba contra la mala suerte que había hecho demorar la apertura del paso de salida a la calle donde, mientras esperaban, fueron alcanzado por el proyectil maldito.



Los socorros se demostraron difíciles debido a la falta de los medios necesarios, sobretodo de desinfectante; pero afortunadamente, un valiente, con admirable altruismo, utilizando una aguja y un trozo de tela, consiguió detener la hemorragia. Más tarde, por la noche, fue providencial, la arriesgada intervención del otro médico más joven, que con sólo el contenido de la bolsa de primeros auxilios, operó prodigiosamente sobre aquellos pobres cuerpos lacerados.

Por nuestra parte, pasado el miedo, aquella intensa e inolvidable jornada concluyó con una escena de litigio entre vecinos que trajo un poco de buen humor a la comunidad. La tía Ilda, que mientras caían los proyectiles de cañón estaba preparando la sopa de papas y porotos – antes de escapar, como requería la prudencia, la había colocado en un lugar seguro- cuando fue a buscarla se encontró con que la olla tenía un hermoso agujero. Hubo acusaciones y alusiones acerca del probable culpable, comenzando una historia pronto superada, sin embargo, por los que tenían hambre y habían ya comenzado a comer, y que cesó cuando alguien le explicó que seguramente el agujero debía atribuirse a una esquirla del proyectil fatal. Finalmente se convenció, dándose cuenta que aquel día su familia había recibido dos gracias, por lo que fue una calurosa promotora del Rosario nocturno.

La tensión era aún fuerte cuando, finalmente, tratamos de dormir. Para muchos no fue posible porque el recuerdo del cañoneo provocaba en su interior un efecto conmocionante, mucho mayor que el terror que los alemanes infundían desde hacía tiempo. Se continuó la discusión acerca del motivo que habría impulsado a uno de los contendientes a golpear de nuestro lado. Sin embargo no estaba claro si habían sido los ingleses –estábamos habituados a llamar así, en general, al ejército de nuestros ex-enemigos- los que habían cañoneado el día anterior Pizzoferrato. La acción, probablemente, debió tener por objetivo las posiciones establecidas a lo largo del río en defensa del último puente. Pero no encontrábamos explicación, desde dónde habían disparado y por qué había cesado el fuego de inmediato. Esta era una duda atroz, que podía hacer recaer también sobre los alemanes la responsabilidad de lo sucedido, alarmados por la infiltración de alguna patrulla con la que hicieron contacto. Fue descartado también que lo hubiesen hecho para castigar nuestros movimientos, que eran los acostumbrados, o para producir mayor terror al haber comprendido que estaba llegando el fin de su predominio. Nosotros éramos los que sufríamos siempre los disparos con los que ellos disfrutaban, y en esta ocasión tal vez lo habrían hecho sin apuntar el cañón.

La discusión fue larga y, al fin, predominó la tesis que los disparos habían sido de los aliados, que se habían detenido al advertir que habían golpeado a la pobre gente.

Después, el sueño le dio la razón a nuestros miembros cansados.

## **25 de noviembre**

La noche transcurrió en el entresueño porque muchos habían hecho visitas a otro refugio buscando llevar consuelo a los sufrientes. Algunos de los cuales eran parientes de las víctimas que permanecían serios, a su lado, en el silencio de la muerte. Entretanto, el pobre niño ya se encontraba con los ángeles en el cielo dejando a la madre, impotente de llorar, en un silencio de indecible desanimo.

Los ánimos estaban ahora muy sacudidos por la emoción que produjeron los dramáticos sucesos y por los muertos que, tan cercanos, eran el signo tangible del aumento del sufrimiento y del sacrificio del día anterior. Un oscuro presentimiento parecía vencer a la esperanza de la liberación ya cercana. Teníamos la íntima convicción de que todos nosotros éramos el objetivo estratégico del encuentro y, en consecuencia, las víctimas predestinadas. La resignación ante tanta desventura se estaba transformando en una rebelión desesperada contra el designio perverso del destino. Muchos no pudieron cerrar un ojo y, como la noche del 9 de noviembre, hicieron un examen de la tremenda situación tratando de ver que las perspectivas futuras fueran mejores, aún cuando en muchos aspectos aparecían oscuras. ¿Qué deberíamos hacer para sobrevivir? ¿Tendríamos la fuerza de afrontar y superar los días que nos separaban del fin de la desgracia? Parecía que sí, porque nos levantábamos provistos de una nueva fuerza y de una viva esperanza.

Mientras tanto, del pueblo no llegaban novedades.

Salieron del Valle Don Oliviero y el doctor Memmo, el primero para impartir la bendición a aquellos pobres cuerpos martirizados y el otro para atender a los heridos. ¡Nunca en un equipo profesional hubo tanto contraste! En nuestro refugio se aprovechó la presencia del religioso para cumplir un debido acto de vida: el bautismo de la pequeña Ilde, con el que sus padres no habían podido cumplir a causa de los acontecimientos y que se hacía indispensable por la buena condición de la niña. Para el todavía joven arcipreste, llegado a Borrello apenas ordenado, aquel debía ser el último rito oficial, celebrado en condiciones tan particulares.

Más tarde fue sepultado el pobre cuerpo de Sabia sin el llanto de sus familiares que tras los disparos, gravemente heridos, fueron llevados hasta el Valli. Para poder llevarla al cementerio junto con otros dos fallecidos, hacía falta cumplir con un horario en el cual, según algunos, los alemanes permitían realizar esta tarea luctuosa, escoltando el féretro para evitar que los centinelas dispararan. Se decía también que en análogas circunstancias habían mostrado grandes sospechas, al punto de controlar el contenido de los féretros.

Hacia la noche se oyeron explosiones en dirección del pueblo que los expertos juzgaron, sin lugar a dudas, que eran producidos por minas. El hecho dejó a todos preocupados, con la sensación que los demoledores, reabastecidos de explosivos, había reiniciado sus operaciones para concluir con la destrucción de las casas. Estas lúgubres suposiciones parecieron confirmarse cuando, apenas se hizo de noche, la intensa luz de los incendios iluminó el horizonte al otro lado de las rocas. Pareció desvanecerse nuevamente la ansiosa esperanza de libertad acariciada por la mañana. La ira y la desesperación hicieron juzgar que la presencia de los aliados no influía sobre los alemanes.

Inmersos en pensamientos plenos de desánimo transcurrían las primeras horas de la noche, cuando, se oyó a lo largo del valle, hacia Quadri, una serie de tremendas explosiones, y la última, la más fuerte, sacudió la puerta de nuestro dormitorio haciéndola saltar sobre los camastros.

Seguramente se trataría de la destrucción de los otros puentes de la calle del fondo del valle, el último, el grande del Sangro y más cercano a nosotros, la mayor obra de arte de la importante arteria, pensada y realizada para romper el aislamiento del valle, apenas cumplida la unidad de Italia, por Silvio Spaventa, emérito ciudadano de Bomba y ahora ministro del nuevo reino. A aquellas deflagraciones las relacionamos inmediatamente con las primeras oídas al anochecer, que muy probablemente procedían de las minas con la que los alemanes habían hecho saltar su última residencia en Borrello. Eran señales ciertas de la retirada de nuestros implacables enemigos a la otra orilla del río, acontecimiento que habíamos esperado día tras día con inquietud. ¡Podíamos decir que éramos finalmente libres!.

Con inmensa fe, ansiosos, tratamos de dormirnos.

## **CAPÍTULO 4º**

### **26 DE NOVIEMBRE AL 31 DE DICIEMBRE**

El 26 de noviembre, antes que se hiciera de día, algunos salieron para verificar si verdaderamente, durante la noche, con la destrucción del puente, los alemanes había finalmente abandonado Borrello. Quedamos en silenciosa espera, tratando de contener la ansiedad, que sin embargo crecía con el paso de los minutos.

He aquí que desde la cumbre de las rocas de S. Ilario, fuertes silbidos anunciaron la buena nueva: “ze n’hann iute, ze n’han iute” gritó claro nuestro mensajero. Era casi la misma hora que dieciocho días atrás cuando en el municipio, resonaron amenazadoras aquellas órdenes obligando al alejamiento, aquel rabioso “raus, raus”.

Lo festejamos uniéndonos en un abrazo general. Había acabado el peor período de nuestra vida: estábamos vivos y por consiguiente festejábamos el acontecimiento. Llegó finalmente un

poco de alegría a nuestros rostros doloridos y desahogamos la ira contenida durante tanto tiempo tratando de liberarnos del recuerdo de los sucesos que habían postrado nuestros ánimos.

Habían transcurrido cerca de dos meses –del primer paso de los alemanes, seguido por la ocupación y, finalmente, de la desgracia de la destrucción del pueblo – en los que se vivió, especialmente los hombres, en una tensión terrible. Las privaciones de todo tipo y la continua emergencia habían fatigado los cuerpos ya consumidos por las vicisitudes y los sacrificios impuestos por el largo período de la guerra. Encontrarnos en un momento aliviados de aquella opresión, liberados del peligro cotidiano, parecía algo imposible y con el correr de los minutos tuvimos el convencimiento que el peligro había pasado, aún cuando quedaban, en toda su gravedad, las aprensiones y las incógnitas de la cruda realidad que atravesábamos.

Pero mientras manifestábamos nuestra alegría, los ojos se alzaron hacia Civitaluparella envuelta en humo y llamas que por la disposición de las viviendas del poblado, se propagaron por todas partes y se convirtió en una hoguera. Nuestro sacrificio apenas había concluido cuando, inmediatamente, comenzaba otro que aumentaba el ejemplo de nuestra tierra. Permanecimos turbados, pero el ansia de volver a casa para descubrir finalmente qué cosa había escapado a la catástrofe, y la esperanza de recomenzar rápidamente a vivir nos hicieron volar por la costa, hacia la libertad.

El desastre delante de las casas Festa, descrito muchas veces, era de dimensiones espantosas. Un enorme cúmulo de escombros invadía todo el espacio urbano, tanto que en algunos vecindarios muy estrechos era difícil distinguir la superficie de la calle de la que surgían los edificios. Debimos desviarnos muchas veces cuando eran altos como colinas, y a causa de la imposibilidad de recorrer la circunvalación, que estaba minada, fue muy difícil alcanzar la parte nueva del pueblo donde las calles más anchas permitían transitar mejor. Sin embargo, alguna casa, aunque mal parada, aún permanecía en pie.

Encontramos muchas personas: algunas, como nosotros, corrían ansiosas para ver si la suerte no les había sido tan adversa, otros lloraban sobre las ruinas de sus casas presa de fuerte desesperación, otros ya habían puesto manos a la obra, con gran fervor, para remover los materiales esperando encontrar debajo alguna cosa entera. Delante de la iglesia había muchas personas que habían vivido allí muchos días y que por eso no tenían nuestras aprensiones, ni la prisa por volver a ver la propia casa. Mi madre, pese a la confusión que reinaba, quiso igualmente entrar a darle las gracias al Señor por haber salvado nuestras vidas. Cambiamos con todos ellos palabras para confortarlos y darles coraje. El último trecho de la calle lo recorrimos casi a la carrera, con los ojos fijos en nuestra casa que, cuando nos aproximamos, nos mostró con la mayor evidencia la dimensión de los daños sufridos.

Juntos frente a la puerta, que estaba abierta, mamá se sintió mal y nosotros, para infundirle coraje, debimos en cambio poner buena cara. El abuelo y papá disimularon su propio desaliento, maldiciendo de labios hacia adentro. Pero no demoraron mucho, porque con un gesto de reacción contra la mala suerte atravesaron la entrada. Aquella fue la señal del comienzo del muy largo y costoso trabajo de reconstrucción.

Los daños eran ingentes, parecía que sólo quedaba el tercer piso, parte del segundo y los escalones sobre los cuales habían caído ruinosamente partes de las paredes divisorias, y cosas de todo tipo que impedían el paso. El primer piso, fuera de las paredes laterales completamente arrolladas y las divisorias derrumbadas, presentaba cuatro solares destruidos, dos de ellos, de cobertura, habían tomado la forma de curva como la de un tonel, porque, levantados y destruidos por las explosiones, estaban sostenidos de la armadura reticulada de hierro. La planta baja, fuera de la brecha en el piso, se había incendiado y, por la gran cantidad de madera que había allí la superficie de la estructura parecía cocida.

Las puertas y ventanas de todos estos dos pisos no existían más, se había salvado la puerta principal porque, como dijo el abuelo, los alemanes la tenían siempre abierta. Del techo completamente devorado por las llamas, habían quedado unas tejas reducidas a pequeños trozos. Las dos minas habían sido muy potentes, suficientes para destruir completamente el edificio pero, según el juicio de papá, habían sido burladas por la solidez de la construcción y

de la dispersión de las cargas a través de la chimenea. En cierto modo éramos afortunados, de otra manera hubieran debido emprender nuevamente el camino del casino.

De los muebles y los demás elementos de los dos pisos no había quedado nada, sólo algunos pedazos, destruidos por las explosiones, estaban esparcidos en el jardín donde habían terminado también enseres y vajilla; muchas cosas habían sido arrojadas al exterior. En aquel desorden había también elementos que no eran nuestros, seguramente arrastrados desde otros lugares. Entre todo se reconocían los restos del monumental gramófono de bocina de tío Leo cuyo mueble contenía una discoteca excepcional que incluía las más bellas óperas líricas. Eran obras maestras de los artistas más prestigiosos que los tíos, cultores de la música de ópera, por muchos años habían escuchado primero en los sagrados templos de la lírica. Los alemanes, emulando a Nerón, seguramente los habían escuchado mientras se producía la destrucción del pueblo.

Pusimos manos a la obra inmediatamente, todos dedicados a la búsqueda y al recupero de productos alimenticios. La fortuna estuvo esta vez de nuestra parte. Encontramos, casi íntegro, el núcleo central del gran montón de papas escondido en octubre, protegidas del incendio por los escombros que le habían caído encima. La bodega, enterrada en parte, no había sufrido daños, pero se encontraba anegada por el vino salido de los toneles a los que se les habían roto las canillas. Uno de estos, al que también le habían disparado, tenía todavía gran parte del contenido. Recogimos todo aquello que las paredes y el piso no habían absorbido todavía y filtrándolo recuperamos algunos hectolitros de buen néctar que sirvió también como mercadería de cambio para obtener algunas valiosas prestaciones.

Trabajamos en los restos de materiales de todo tipo, para preparar el ámbito donde alojarnos y en el que concentramos todo cuanto nos fue posible recuperar junto con las cosas que el abuelo había escondido en los campos vecinos. Algunos bultos habían sido revisados, faltando las cosas mejores, supimos luego que no habían sido los alemanes, sino algunos paisanos que habían operado en las primeras horas de la liberación. Mi padre fue a recuperar también las chapas y la mesa que los alemanes habían usado en los puestos de guardia, tomados, antes de quemarla, de la gran pila que se encontraba al otro lado de la pared de la casa.

La primera tarde, y en plena actividad, oímos los gritos que anunciaban el arribo de los libertadores; precipitadamente nos acercamos y los vimos descender por el camino en herradura de Vicenne. La gran curiosidad por ver finalmente a aquellos soldados, primero odiados y luego invocados, nos venció y acudimos nosotros también.

Era una patrulla de una veintena de hombres que, festejados a grandes voces y muy admirados, cambiaron rápidamente su actitud de desconfianza aceptando, confiados, nuestra ruidosa presencia que se hacía cada vez más numerosa. Nos explicaron enseguida que eran canadienses. Todos altos y rubios, elegantes en sus uniformes flamantes, con chaquetas de cuero, equipados con armas automáticas perfectas. Alguno de ellos fumaba un tabaco muy oloroso que ofrecieron a los que los miraban con ojos lánguidos, mientras distribuían chocolates entre los muchachos. La comparación inmediata con nuestros soldados, aunque inexpertos en asuntos militares, resultó netamente favorable para los canadienses, en particular con los ahora más humildes, vistos el 8 de setiembre; pero la semejanza era también en tiempos normales y los nuestros siempre aparecían en condiciones de inferioridad. Los rostros de aquellos soldados inspiraban confianza; no eran los que aparecían en los manifiestos de propaganda, brutos con miradas inhumanas, como si hubiesen querido comernos. Volvía el recuerdo del soldado protagonista de uno de los más difundidos, el que rezaba: *"calla, que el enemigo te escucha"*, cuyo aspecto era más de bestia que de hombre. Bastó aquel breve examen para convencerse de que habíamos combatido contra un ejército netamente superior en el que la integridad y la dignidad de los combatientes debían prevalecer sobre todo lo demás, juicio que por otra parte se había expresado cuando llegaron los alemanes.

Desde que había comenzado la invasión de Italia las noticias sobre el avance del frente eran cada vez más escasas, hasta llegar el silencio total con la ocupación alemana. Mucho menos se conocía la entidad y la nacionalidad de los soldados del ejército anglo-americano a causa del largo aislamiento. Por consiguiente fue natural requerir a nuestros libertadores la mayor información posible.

Con toda claridad dijeron formar parte del VIII Ejército británico, constituido por canadienses y contingentes de soldados de otros dominios, que operaba a lo largo de la faja adriática, mientras el V Ejército americano, desde que había desembarcado a principios de setiembre en Salerno, estaba avanzando a lo largo del Tirreno. Eran soldados del Carleton and York Regiment que con otros dos regimientos constituían la 3<sup>o</sup> Brigada de infantería canadiense, dispuesta, con la 5<sup>o</sup> División británica, en el extremo del ala izquierda del ejército, hasta alcanzar el contacto con los americanos. Por casi veinte días habían perseguido al enemigo de Campobasso al Sangro, sosteniendo en nuestro territorio violentos combates con los paracaidistas alemanes que desde Pesco protegían a los demoleedores durante la tarea de destrucción del pueblo mártir, hasta la noche no habían abandonado las posiciones y cerrado su retirada destruyendo los últimos dos puentes del Sangro. Nuestro pensamiento volvió inmediatamente a aquellos militares asentados en Casa Grande algunos días antes del terrible acontecimiento y que estimamos, ha juzgar por su perfecta eficiencia, como pertenecientes a un grupo especial. No nos equivocamos porque se trataba realmente de los soldados más famosos de la Wermacht, protagonistas de empresas resonantes durante toda la guerra.

La patrulla, seguida de una multitud vociferante, avanzó hasta la iglesia tomando conocimiento durante el recorrido del estado catastrófico al que había sido reducido el pueblo, luego avanzaron hasta la Carena que por su mayor tamaño podía acoger a la multitud que ya era imponente. El clamor cesó de repente cuando el mariscal de los carabineros, se presentó aante los soldados como tutor de la ley con las palabras “polizei... polizei...”, y fue alcanzado en el rostro por un violento sopapo que le mandó lejos la gorra. Quizás había dicho las mismas palabras a la llegada de los alemanes para ofrecer su colaboración, perversa al fin, cuando con los refugiados había ayudado a los demoleedores. Aquel gesto fue la señal de la revuelta contra los colaboracionistas y sus secuaces que, en vista de la mala situación, buscaron de mandarse a mudar callada la boca. El mariscal además, tenía cuentas pendientes por la dureza empleada en el servicio antes del período de la ida a los montes.

Los libertadores, luego de un instante de perplejidad comprendieron perfectamente qué era lo que sucedía y asistieron impasibles a la caza y la persecución de aquellos pobres que, no sin recibir duros golpes, habían encontrado refugio en la iglesia. Sabían, sin embargo, que en esos tiempos y en aquel lugar, no valían los principios de la inmunidad pero, sólo por la intervención de las almas piadosas y a duras penas, se salvaron de ser linchados. Pero la furia no se calmó, se deseaba hacer justicia, también con algunos representantes del régimen. Prevaleció sin embargo el buen sentido y un cierto grado de humanidad que la reconquista de la libertad había traído a los ánimos.

Mi madre, que todo el tiempo había tratado de alejarme, finalmente lo consiguió obligándome a seguirla, a fuerza de gritos, además porque ya comenzaba a anochecer. Pero, atraídos por una fuerza interior no pudimos renunciar a desviarnos por el pueblo viejo donde estaban nuestras casas paternas; tomamos por la inmensa extensión de escombros que ahora exhalaban un acre olor a quemado. Estaban casi irreconocibles, la de papá completamente arrasada hasta el suelo, entre todas las ruinas de las cuales sólo emergía la iglesia madre. Lo avanzado de la hora y los obstáculos de los escombros no permitieron que nos acercáramos. Fuimos, sin embargo, asaltados por una gran conmoción porque los dos habíamos nacidos allí, y tras aquellas piedras estaban enterrados nuestros recuerdos más queridos. Con un nudo en la garganta, suspirando de temor, porque estábamos solos en aquel lugar de destrucción y muerte, alcanzamos el camino de herradura, casi iluminado por las llamas que estaban devorando a Civitaluparella. Nos devolvió el ánimo el llamado de nuestros seres queridos que venían veloces a nuestras espaldas.

Tomamos una comida restauradora, quizás más serenamente que de costumbre, recordando hasta en los más mínimos detalles todo lo que habíamos experimentado en aquella intensa y emocionante jornada.

Al día siguiente 27 de noviembre, confortados con un buen café, - que la abuela, en su condición de rígida custodia de la despensa, quién sabe donde tenía escondido, pero que era algo reconfortante en los momentos excepcionales - emprendimos nuevamente el camino hacia el pueblo. Debían continuar, en el menor tiempo posible, los trabajos necesarios para

preparar nuestro refugio, aprovechando el buen tiempo reinante, extraordinario en aquella estación. Fuimos afortunados porque una carga de cemento, destinado a la construcción de un edificio escolar, había quedado indemne, en un local vecino, al reparo de la bóveda sobre la que se había derrumbado el resto de la casa. Este era un material precioso, que podía ser usado también como mercadería de cambio, especialmente con la mano de obra, por el momento imposible de conseguir a ningún precio dadas las necesidades de cada uno. Comenzamos a reconstruir la chimenea, a cerrar provisoriamente los huecos de las puertas y ventanas exteriores quemados o destruidos y a preparar el material para la reconstrucción indispensable del techo. Faltaba hacer una provisión de leña para el fuego. El trabajo era frenético, había comenzado una verdadera carrera contra el tiempo que debíamos ganar a toda costa para poder sobrevivir.

Todas las familias estaban ocupadas con el mismo programa: la preparación de los locales que con un mínimo de trabajo podrían ser habitables, porque necesitábamos una cobertura, aunque fuera parcial, de un techo o una bóveda, que pudiera ser alistada rápidamente, utilizando los materiales disponibles. Paralelamente era necesario recuperar bajo de los escombros, los bienes de consumo, los víveres ante todo, operación que tenía también la misión de despejar el área para proceder a la reconstrucción de las casas. Se trabajaba incansablemente, con gran entusiasmo, casi con furia y ya muchos núcleos se estaban arreglando en estos refugios.

Muchos parientes y vecinos de casa de algunos pobres viejos que no respondían a las llamadas, debieron desgraciadamente, atender también la grave tarea de recuperar los cuerpos, sepultados bajo los escombros de sus propias casas, dándoles cristiana sepultura. El terrible fin de aquellos desgraciados sacudía profundamente los ánimos, reavivando el odio contra los innobles autores, que parecía adormecido en las primeras horas de libertad. Fueron sepultadas también algunas mujeres muertas en el interior de la iglesia. La lista de las víctimas de aquellos días de terror, aumentaba cada vez más con el correr de las horas; con el regreso de los dispersos de varias comarcas se conocían los nombres y detalles de la muerte de cada uno. Se supo de parientes, de personas amigas, y sentimos ahora la piedad y el dolor que en el curso de los acontecimientos había faltado, ahogados por la gravedad de la situación. Hasta ese momento habían muerto dieciséis personas, de las cuales cuatro fue por los derrumbes, dos por los cañones, tres por las minas, dos muertos por disparos a quemarropa, una caída en el fuego y cuatro mujeres ancianas con problemas de salud por las miserias y penurias sufridas.

Con seguridad los canadienses habían estado algunos días antes de su llegada en el borde del bosque en el valle de los Quercie. Quizás no habían atacado pensando que la fuerza adversaria era más fuerte y aguerrida.

La patrulla de la noche anterior regresó en la primera tarde y se dirigieron hasta Balze para observar mejor las líneas enemigas. Mi padre la siguió para recuperar ahora los otros materiales que los alemanes habían usado para sus refugios, dado que el trayecto era peligroso por la presencia de las minas. Le permitieron usar sus potentes binoculares para efectuar una panorámica a lo largo del valle y hasta los montes de Pizzo y de Gamberale. Pudo ver con claridad el gran desastre provocado por los demoledores, el inmenso cúmulo de ruinas al cual habían sido reducidas las casas, calles, vías férreas, durmiente, puentes, muros de contención, vagones ferroviarios, líneas eléctricas y telegráficas, y las líneas eléctricas de la SME, En pocos días los alemanes los habían convertido en tierra arrasada, ejemplo de un inmenso patrimonio que quizás no habríamos podido reconstruir nunca.

Entre tanto, sobre aquel enorme desastre caía el intenso fuego de la artillería que disparaba desde Capracotta.

La disposición de aquellos soldados fue excepcional, tanto que completaron el cuadro de situación realizado a su llegada. Era intención de los alemanes enfrentar a los anglo-americanos a lo largo de la dirección transversal que pasaba de un mar al otro por los ríos Sangro y Garigliano que habían provisto de poderosas obras de defensa construidas, en tiempo récord, en las cimas de los montes y en sus valles. Informaron que, sin embargo, se estaban desarrollando violentas batallas en los dos extremos de la línea, y que cerca de la desembocadura de nuestro río se había verificado que el enemigo había cedido. Aseguraron

que apenas se completara el establecimiento de los aliados, seguiría la ofensiva por el norte, sin excluir el rodeo del macizo montañoso que podría determinar que los alemanes lo abandonaran.

Fue al fin clara la estrategia adoptada por los alemanes que, abandonado precipitadamente el valle y cortadas detrás todas las vías de comunicación, se habían asentado en las montañas para poder oponerse mejor al paso del enemigo. No fue difícil comprender que la resistencia, salvo que se produjera un vuelco excepcional, sería larga.

Cuando se pidió a los canadienses que se instalaran cerca nuestro, explicaron que la punta avanzada del batallón aliado estaba en Capracotta, con la base en Pesco y en S. Angelo, mientras el comando y el grueso de las fuerzas se encontraban en Agnone. ¿Estaremos pues abandonados en la tierra de nadie, entre dos fuegos, convencidos que nuestra liberación había sido del todo aleatoria?. Sólo podíamos confiar en las defensas naturales del río, en que el ímpetu de su corriente pudiera disuadir las malas intenciones del enemigo. Pero los canadienses, que habían intuido la aprensión y la postración del estado de ánimo de sus interlocutores, aseguraron ampliamente su protección vigilante.

El domingo 28 se trabajó intensamente como de costumbre; hacía tiempo que no se santificaba el día del Señor y ahora, pese a desearlo, no era posible porque el párroco había abandonado la comunidad al amanecer. Encontrándose sin casa y sin nada más, se vio obligado a partir con su numerosa familia de regreso a su pueblo de origen.

La misión del reverendo, aunque breve, había sido muy intensa, caracterizada por la reconstrucción de la iglesia de S. Antonio, destinada a nueva sede parroquial, y a la refundación del asilo infantil. La segunda tarea, verdaderamente importante, había devuelto al pueblo una institución moral y social de principal importancia. Había sido donada a la Comuna por el generoso notario cav. Domenico De Nillo, para honrar la memoria de la señora Giulia Zuccarini. En la tarea de transformación del edificio, que había sido cuartel de los carabinieri, y especialmente en el amoblamiento, se notaba el toque experto del joven arcipreste que enseguida se convirtió en el padre espiritual de la institución, en la que toda la juventud había encontrado continuos ejemplos de formación y de fe. Era estimado por su vocación por la educación, impartida a muchos jóvenes que de otra forma no habrían podido conseguir un título de estudio, óptimo predicador, pacífico y equilibrado también cuando las celebraciones políticas habían requerido el apoyo de la iglesia.

Las monjas, venidas a Borrello con la apertura del asilo, no tuvieron otro remedio que reunirse con su propia comunidad y trabajar en lugares más tranquilos.

También fueron obligadas a marcharse algunas familias de borrellanos a causa del estado de indigencia y de la imposibilidad de resolver de alguna forma su difícil situación. La meta era Agnone de donde, según vagas noticias, los refugiados eran enviados a campamentos instalados en lejanos centros del sur.

El adiós fue triste. Fueron derramadas muchas lágrimas: de los que partían porque sabían que iban hacia lo desconocido, que sin embargo, podría cambiar para mejor su condición, y de los que nos quedábamos porque sabíamos que su grave situación difícilmente encontraría una solución favorable a corto plazo.

El frenético y entusiasta trabajo, al que estábamos todos dedicados en aquellas primeras horas transcurridas desde la liberación, no dejaban demasiado tiempo para dedicarlo a las relaciones humanas, a las conveniencias y a las escenas patéticas como era la regla habitual desde el inicio del período de contingencia. De ser necesario, sin embargo, no faltaron la solidaridad y el altruismo especialmente con aquellos que menos tenían.

Nosotros empleamos la jornada en recuperar con Trionfante y el burro enano los escombros del casino. Esta operación fue peligrosa por los habituales disparos de fusil hechos desde Civita.

Durante el día 29 de noviembre la abuela y todos los demás regresaron finalmente a casa, concluyendo así después de veinte días, el terrible período pasado en los montes. Quedaron en el pequeño pajar anexo al casino solamente las gallinas y por algunos días, hasta que no estuvo listo un refugio para ellas, fue mi deber ir por la noche, con miedo, a cuidarlas. Con gran rapidez habíamos conseguido volver a convertir en habitable la parte menos dañada de la casa donde, además de nuestra familia, se había alojado la del hermano de papá y del anciano tío del abuelo, unidos a nosotros porque no tenían donde ir.

Entretanto los hombres, cada uno según sus propias posibilidades, habían encarado la segunda parte del trabajo más urgente: la reconstrucción del tejado. La empresa era ardua, casi desesperada, por la falta de todos los materiales necesarios. Pero hacía falta conseguirlos a toda costa porque estábamos en la peor estación, separados del cielo sólo por un sutil techo.

Las mujeres estaban muy ocupadas en organizar el alojamiento, con enorme dificultad, dada la escasa disponibilidad de muebles y otros elementos, a tal punto que debieron recurrir a cosas averiadas. Era necesario distribuir el espacio para cuatro parejas, para nosotros los muchachos y para el padre de la tía, en total once personas. A cada uno se le asignó su propia "mansión", según las posibilidades y según la regla de hacer algo por uno mismo y también por los demás. Mi obligación era la de mantener el aprovisionamiento de leña y de agua, la que era necesario trasladar desde la Font a Ball, siempre llena de gente a toda hora del día. Para hacer más rápido estaba en uso el sistema de los porteadores de la jungla: dos cubos colocados al extremo de un palo, que muchas veces llegaban a destino semivacíos. Se hizo necesario cambiar el recorrido directo a la Fonte porque descubrimos una mina que, para nuestra suerte, había sido advertida por el reflejo del sol en el metal.

Estas estaban por todas partes y producían víctimas permanentemente. Por la mañana había saltado por los aires el pobre Berardino D'Arcangelo por la calle de los Prati; fue terriblemente lacerado, mientras que del asno que cabalgaba no quedó casi nada. Paso el día y la noche entre horribles sufrimientos agravados por una intervención quirúrgica, realizada hábilmente con los medios disponibles, pero que desgraciadamente, no alcanzó para salvarlo de la muerte.

Estos hechos luctuosos, que ocurrían en un territorio libre sólo porque las patrullas que llegaban a veces, no nos ayudaban a quitar las minas de las calles, así como el saber que el enemigo estaba a un tiro de fusil, nos producían gran desaliento, aún cuando la libertad reconquistada nos daba ánimo y una mayor fuerza para soportarlo.

Mientras tanto se hizo de noche y nos preparamos para pasar la primera noche en nuestra casa gravemente dañada pero, gracias a Dios, todavía en pie. Muchos otros, sin embargo, no habían sido más afortunados, como nuestros tíos, que habían regresado para encontrar solo una montaña de escombros.

Una intensa y febril actividad se estaba desarrollando en todo el pueblo. Cada cual con el objetivo de poder encontrar rápidamente un rincón cualquiera donde refugiarse: los restos de una casa, un hueco, o bien una bodega salvada de las minas, cubiertos o que pudieran ser cubiertos por un techo. Era menester, sin embargo, hacerlo rápido porque se corría el riesgo de permanecer de un día para el otro inmobilizados por la nieve que ya, desde hacía mucho tiempo blanqueaba las cimas más altas del entorno. Se utilizaban restos de las coberturas de los edificios semidestruidos que, a riesgo de la vida y con medios inseguros, era recuperados bajo los escombros de las paredes semiderrumbadas. Algunos recurrieron a los techos de las casitas de campaña que hasta algunos días antes habían servido de refugio. Colaboraban en el trabajo también las mujeres y los niños, transportando todo rápidamente con un ir y venir continuo por las obstruidas calles del pueblo.

La prisa y la necesidad causaron graves incidentes debido a la caída de estructuras aparentemente íntegras, pero que, en realidad, eran inestables porque habían sido sacudidas por las explosiones o consumidas por el fuego. Nos ocurrió también a nosotros mientras nos afanábamos por salir al techo adyacente a la terracita de la vieja casa. El abuelo y Nino, el primo con el cual estábamos siempre juntos, en un cierto momento desaparecieron de la vista de papá y mía, tragados por el derrumbe parcial del desván. Por suerte salieron asustados pero



ilesos. El susto más grande fue del muchacho, que después de unos instantes se esfumó a través de una abertura inferior y la cosa acabó con grandes carcajadas.

La madera faltante, especialmente las vigas gruesas, estaba disponible en los bosques vecinos; fueron providenciales los abetos comunales de Marsimone, apéndice de Pescopennataro. Teniendo en cuenta la emergencia absoluta, el acceso se realizaba sin el correspondiente permiso; sólo era necesaria la suficiente discreción y medida para que todos nos pudiéramos beneficiar, incluso aquellos cuya autorización había vencido hacía tiempo. Pero no fue así, porque se inició un verdadero asalto contra la naturaleza, sin respeto alguno por las reglas, un acaparamiento salvaje de los troncos, en mayor medida de parte de quienes no habían sufrido daños considerables. A nosotros se nos presentó al principio una gran dificultad para el transporte, porque los bueyes para arrastrarlos eran raros, además, a causa de la excesiva altura, la utilización de aquellos gigantes se reveló problemática, tanto que no se descartó la posibilidad de tener que renunciar. Fue una empresa ardua, una fatiga sobrehumana, un riesgo inconsciente determinado por la desesperación furiosa. Cuando la operación hubo terminado, el éxito fue bañado de una abundante libación y muchos, solamente mientras duró el efecto benéfico y relajante del buen vino, tuvieron consciencia del tremendo riesgo corrido.

Tantos trabajos que en épocas normales parecían imposibles, o por lo menos de difícil ejecución, fueron realizados con desenvoltura y facilidad increíble. El empeño de todos, aún de los niños, en el límite de sus posibilidades, sirvió para superar cualquier dificultad; habíamos tenido, si embargo, la suerte de nuestro lado. Pero la batalla contra el tiempo parecía irremediablemente perdida con la llegada de la lluvia fuerte y persistente que, en invierno, la mayoría de las veces se volvía rápidamente nieve. Pero también tuvimos la ayuda de la buena estrella, porque retornó el buen tiempo que duró durante todo el mes de diciembre.

Nuestro techo progresaba rápidamente, contábamos con la fuerza laboral de los integrantes aptos de las cuatro familias que habían acampado en el piso bajo. Mejoraron también sensiblemente las condiciones de vida; después de transcurrido un mes volvimos a dormir en los elásticos y las sábanas, aún cuando la lluvia, filtrando copiosa, nos obligase por algunos días a descender entre nuestros huéspedes. Por la falta del agua corriente, se hizo cada vez mayor uso de la que se transportaba desde la fuente creciendo también la necesaria para el cuidado personal. De cualquier modo siempre habíamos prestado atención a los ataques de los parásitos molestos, tratando de disminuir el efecto de sus picaduras.

Los días eran cortos, se hacía rápido de noche, pero estábamos preparados para el paso de horas interminables antes del sueño reparador. Cerca del fuego, iluminados más por las llamas que por la débil luz de las lámparas de aceite, se pasaba el tiempo en largas charlas mientras las mujeres habían vuelto al hábito de la costura, actividad necesaria dado que la pobre ropa que llevábamos puesta, estaba gastada por el intenso uso a que había sido sometida. No se comprendía como podían trabajar en aquellas condiciones, pero su habilidad era tal que parecía que todo era normal. De los argumentos serios, que verdaderamente eran tantos y requerían profunda consideración, el tema que nunca faltaba se relacionaba con el tiempo pasado y con los gratos recuerdos que en nuestra mala situación ayudaban a levar el ánimo. Volvían a nuestra memoria, especialmente, las muchas ocasiones en que la familia se reunía durante el año: para las fiestas tradicionales en general, para la época de la trilla, cuando se faenaba el cerdo y, en cualquier momento por algún suceso extraordinario. Ocurrió también en la ocasión en que la casa fue inaugurada, además de los parientes y amigos, participaron todos aquellos que habían trabajado durante los tres años que demandó su construcción. Fue una gran fiesta que sería recordada por largo tiempo, pero, lamentablemente, había tenido lugar sólo seis años antes. Mientras tanto, era agradable escuchar los relatos de tiempos lejanos, de la juventud del abuelo cuando el tío lo llevaba con él, a través de pueblos desconocidos, al otro lado del Monte grande, por su comercio de cerámica de Palena. Episodios y hechos también de sabor romántico que el tío enriquecía con otros detalles, mientras de su pipa surgía al infinito sólo el carbón ardiente.

El 13 de diciembre era la fiesta de Santa Lucía, hicimos una pausa para reconfortar los cuerpos cansados, y también para honrar a la Santa de la que era devoto el pueblo. En el pasado había una iglesia bajo su advocación, meta de las peregrinaciones de los pueblos vecinos, edificada

en la plaza vieja y más tarde transformada en escuela. Aquel edificio, ya desaparecido hacía varios años, se había derrumbado con el terremoto de 1933 convirtiéndose en el campo de nuestros inconscientes juegos infantiles, hasta conseguir su completa demolición y desplomar sus escombros cerca de los Fondazioni. Algunas veces la guardia comunal, sorprendiéndonos en plena actividad., se empeñaba en largas e infructuosas persecuciones que, sin embargo, no habían evitado la citación ante el podestá, con el agregado de otro problema a nuestro regreso a casa.

Los jóvenes, aún sin la celebración de la misa, desearon hacer repicar largamente las campanas en señal de agradecimiento por la liberación y también por solidaridad con las poblaciones vecinas todavía bajo los horrores de la guerra. Mamá había preparado un buen almuerzo y se preparaba para cortar la pasta cuando fuimos sacudidos por las explosiones de un violento cañoneo. Dejamos todas las cosas y huimos a refugiarnos en la bodega, repitiendo presas del miedo, el error cometido algunos días antes. Parecía que el objetivo fuese justamente Casa Grande porque tres disparos, también esta vez, cayeron al principio en nuestra dirección en apenas cien metros. La alarma finalizó luego de una media hora, corriendo rápido las noticias que afortunadamente no se habían producido víctimas. ¡Nosotros teníamos bastante con el miedo!

De los proyectiles disparados, dos alcanzaron objetivos que eran monumentos históricos del pueblo: la iglesia madre, cerrada al culto desde hacía algunos años, y el ciprés bajo el cantón Marcello. El techo de la iglesia fue perforado y el proyectil explotó en el altar mayor; el ciprés, imponente árbol secular, tenía su hermoso follaje partido.

Previsoriamente, la iglesia, luego del terremoto de 1933 había sido declarada peligrosa para el ejercicio de sus sagradas funciones. Su clausura al culto dio origen a un gran malhumor que desembocó en una sublevación contra los sostenedores de la tesis de la peligrosidad del edificio. El Estado, con extraordinaria diligencia, intervino haciendo continuar los trabajos de demolición total de la torre y de la bellísima bóveda, con la reducción de la altura de las paredes perimetrales a la de las ventanas. Durante el curso de los trabajos se reveló la extrema solidez y la integridad de toda la estructura, así como lo superficial de los daños, por lo que no representaban ningún peligro real para la seguridad pública.

El ciprés testimoniaba, desgraciadamente, un capítulo oscuro de la historia del resurgimiento local, debido a la profunda adhesión del pueblo a la Corona de Nápoles, a Franceschiello su último rey, en beneficio del que nuestros antepasados habían sacrificado todo, hasta la cabeza según la famosa expresión dialectal. Ningún cambio de gobierno debía sustituir a los Borbones; Garibaldi era visto como un vulgar bandido. Un religioso, el arcipreste Franco, desde las sombras sublevaba al pueblo contra la clase más progresista impulsora del cambio, hasta que el 2 de setiembre de 1860, fiesta de San Egidio, estallaron los tumultos por una reunión "jacobina" de la cual había participado un joven patriota de Pescopennataro, Giuseppe Calvitti, quien fue descubierto cuando trataba de huir. Perseguido por una muchedumbre feroz, cae herido de muerte bajo aquel árbol que por muchos decenios, lúgubre evocador de la muerte, había recordado a todos aquel deshonoroso episodio de nuestra historia.

Este hecho execrable suscitó la ira del gobierno recién establecido, que envió desde Chieti, una compañía disciplinaria con la orden de destruir el pueblo. El comandante fue objeto de fuertes pedidos de gracia, hasta por parte de aquellos nobles que habían sufrido el grave y doloroso ultraje, y no cumplió inmediatamente la orden para profundizar su investigación. A esos reclamos se sumó, como cuenta la leyenda, la intervención de nuestro Santo. En efecto, se cuenta que por las noches los soldados de guardia habían visto muchas veces a un fraile, absorto en sus plegarias, pasar delante de la vecina capilla de San Antonio. Pero debido a que ésta se encontraba cerrada y deshabitada, el hecho turbó de tal modo al capitán, convencido por la gentil dueña de casa Lucía Salvi Carusi, que en aquellos días no había cesado en su obra de persuasión, de que se trataba de una aparición divina. Sí, aquel fraile debía ser el propio Taumaturgo, porque el oficial renunció definitivamente a efectuar el tremendo castigo.

La leyenda atribuye el milagro a nuestro Protector, pero la historia, y me ayuda el acto de muerte de la noble dama, que fue escrita por el arcipreste Simonetti, recordará para siempre a aquella insigne benefactora "...Señora egregia... por admirables dotes de ánimo, por eminentes

virtudes cristianas... cuánto bien había producido en el pueblo en tantos años y especialmente en el año terrible de la revolución de 1860..."

Siguieron otros hechos poco edificantes que ocurrieron en los primeros tiempos del traspaso del poder institucional y entre tanta confusión el sacerdote instigador estuvo muy cerca de una muerte violenta. Un día, mientras se acercaba a la iglesia para officiar misa, fue rozado por una piedra dejada caer desde un techo, este incidente lo convenció de abandonar Borrello inmediatamente.

Al anochecer los aliados respondieron al fuego alemán con un intenso y largo cañoneo.

A medida que iba rompiéndose el muro de aislamiento que desde hacía algunos meses no había permitido el contacto ni siquiera con los centros vecinos, se tenía la confirmación que, además de Borrello, estaban destruidos, en el medio-alto Sangro a la derecha del río, Monteferrante, Rosello con Giulopoli y Roio del Sangro. Además, habían sido sometidos a hierro y fuego, todos los pueblos molisanos hasta Castel di Sangro y, en la ribera izquierda, a partir de Civita, todas las otras comunas en las cuales los alemanes habían estado atrincherados. También era cierto que la misma suerte habían corrido las comunas del alto valle del Aventino a lo largo de las faldas de la Maiella en manos enemigas, no así todas las otras del bajo curso de dicho río, en las cuales sin embargo, habían producido daños ingentes en el patrimonio público. Los equipos de demolición, con una velocidad increíble, habían hecho volar las centrales eléctricas, las de transformación, las líneas de transmisión, la estructura y los puentes de las vías de comunicación, los acueductos y todos los servicios públicos en general. Ignorábamos por completo lo que podía haber ocurrido con el resto del territorio ocupado, lejos de nuestra vista, pero ciertamente la táctica utilizada debió ser la misma.

El desastre era enorme, pero no era el momento de lamentarse permanentemente, por lo tanto era necesario continuar el camino emprendido confiados en salir adelante, aunque sabíamos que el tiempo que demandaría sería largo y lleno de dificultades de todo tipo. No soportábamos, sin embargo, haber sido abandonados en la tierra de nadie.

Los aliados estaban acuartelados en Pesco y en Capracotta que, sin bien estaban destruidas, podían ser alcanzadas por la retaguardia y unidas al valle, porque la calle, privada de grandes obras de arte, había sido inmediatamente reabierto al tráfico. Desde allí dominaban a lo largo y a lo ancho, batiendo las posiciones enemigas, aunque lejanas, con sus poderosos cañones. Se había efectuado ya la aproximación de tropas. Los canadienses, enseguida después de nuestra liberación, habían sido destinados hacia la costa donde se estaba combatiendo duramente y su posición había sido tomada por los ingleses que asumieron el control de todo el territorio del Sangro hasta Volturno. Supimos también, con sorpresa, que durante el rápido avance de noviembre, en el que el despliegue de fuerzas del ejército era más limitado, a la izquierda de nuestra parte, se encontraba una división hindú. Aquellos valerosos soldados, muy temidos por los alemanes, después de haber liberado los pueblos del valle del Sinello, estaban cerca nuestro. Habían sido, sin embargo, los primeros soldados del ejército aliado en alcanzarlos y seguramente fueron los protagonistas del encuentro a lo largo del Pian del Verde, en el cual en el cual se creía que los alemanes habían perdido dos hombres.

El 16 de diciembre hubo otro cañoneo; estábamos en el techo y pudimos ubicar el punto exacto desde donde se disparaba –los Tre Monti di Gamberale- vimos también el paso del primer proyectil, brillante al sol del mediodía, que impactó cerca del molino donde estaban reunidas muchas personas. Eran los miembros de la Sociedad Eléctrica que estaban realizando un reconocimiento de lo que había quedado de las máquinas y equipos. Muy probablemente fueron el objetivo y se salvaron por un pelo, aún cuando alguno resulto levemente herido. Por el ritmo de los disparos, también en esa oportunidad se comprendió que no debía ser más que un arma la que hacía fuego.

No alcanzábamos a explicarnos por qué, sin la presencia de tropas, estábamos sometidos a continuos cañoneos. ¿Era posible que los alemanes no lo supiesen?

Nuestro techo quedó terminado una semana antes de Navidad, lo que había significado batir un verdadero récord teniendo en cuenta las condiciones y los medios disponibles. A excepción

de los puntales se había utilizado todo material recuperado –un muestrario variado de tejas, de tablas, y también dos techitos de las cabinas de camiones alemanes- pero la estructura era sólida y podía cumplir satisfactoriamente su función. Un sentimiento de satisfacción y de optimismo por el futuro nos compensó de tantas fatigas.

Faltaban algunos materiales de primera necesidad, especialmente el aceite, insuficiente para alimentar las lámparas y fue la ocasión propicia para que mi padre descendiera al valle luego de meses de aislamiento. Para nosotros había sido de gran ayuda dos cueros de cerdo que el abuelo había obtenido de los alemanes, los que desollaban a los animales para no tener que pelarles la cerda. El uso hábil del cuchillo, sin embargo, no evitaba que quedara un resto de grasa; así la nuestra, una vez condimentada, habían sido un agradable plato. Había valido la pena el haberlos custodiado celosamente durante los traslados.

Mi padre llegó hasta Bomba en busca de algún litro de aceite en los proveedores habituales. Sólo consiguió cansarse, porque las reglas estaban cambiando; contó acerca de mercado negro, de especulaciones y del acaparamiento de las mercaderías, de egoísmo y de indiferencia por nuestro problema por parte de los que no habían sufrido la catástrofe que nos había golpeado duramente. Comprendió que la guerra había modificado profundamente a la humanidad y anulado el sentido de la piedad y de la fraternidad, valores que quizás sólo estuvieran presentes en las comunidades sufrientes. Había percibido las señales alteradas que hacían prever un futuro difícil.

La salida, además de quebrar el aislamiento, sirvió para hacer un panorama total de la situación, del cual resultó que la nuestra era la peor. Hubo noticias de sucesos completamente desconocidos para nosotros, de la gran batalla que se estaba desarrollando en la desembocadura del Sangro durante los días en los que se estaba consumando nuestro fin, de la retirada germana y de la ocupación de la costa hasta Ortona, donde aún tenía lugar un encuentro durísimo en las avenidas de la ciudad a lo largo de la dorsal Orsogna-Guardiagrele defendida encarnizadamente. Todo el territorio desde acá, hasta las pendientes de la Maiella y a la mitad del valle del Aventino, era libre y sin que los centros poblados hubieran sufrido daños. Papá se convenció de que el repliegue precipitado hacia las posiciones predominantes y seguras del alto valle habían restado a los alemanes el tiempo necesario para hacer de toda el área “tierra arrasada”. Habían alcanzado a borrar de la faz de la tierra solamente a nuestro desgraciado pueblo.

Llegó la Navidad; la fiesta más grande del año no tuvo, sin embargo, una celebración distinta a la de tantos domingos ya transcurridos. Durante la noche santa algunos en sus corazones esperaban el nacimiento del Niño Jesús para ofrecerle su propio sufrimiento, rogando por la paz, por el renacimiento de nuestra tierra, por la humanidad afligida por tantos años de guerra y dándole las gracias por haber protegido hasta ahora nuestras vidas.

Mientras tanto los cañones tronaban. No conocíamos la importancia de los objetivos que alcanzaban aquellas violentas ondas de fuego, pero si conseguían los mismos resultados del bombardeo que, ante nuestros ojos, caía sobre Quadri, podía considerarse con toda seguridad inútil.

Al oír a la mañana del día siguiente las campanas de los pueblos libres del valle sonar a fiesta, nos asaltó un gran desaliento que se prolongó por todo el día. Ciertamente dábamos las gracias por haber escapado a la furia devastadora de los alemanes, aún cuando muchos de la comunidad habían sido golpeados por lutos muy graves. Papá había contado también del fusilamiento de seis jóvenes de Montelapiano que, encontrados en posesión de armas, habían sido atados al parapeto del puente ferroviario del Turcano y ejecutados. La guerra había dejado sus huellas en todas partes, pero en aquel momento nuestros pueblos estaban peor que todos; el duro sacrificio continuaba y el fin estaba, desgraciadamente, lejano. A ellos, como a Santa Lucía, los jóvenes quisieron hacer llegar las voces de nuestras campanas como signo de fraterna solidaridad y, a los alemanes, de cristiano perdón.

Había pasado ya un mes del regreso y, a causa del trabajo incesante, no todos habían tenido modo de asegurarse de las condiciones de sus parientes y amigos. No había mejor oportunidad que hacerlo en aquel día de fiesta en el que también se sentía que hacía falta

intercambiarse los augurios de un futuro mejor. La búsqueda no era fácil porque las familias se habían trasladado a los lugares menos pensados, donde habían encontrado un refugio cualquiera. Algunos habían excavado bajo verdaderas montañas de piedra para poder escapar a los derrumbes. Otros se habían arreglado en los dañados espacios superiores de las casas, refaccionados lo mejor posible a los que accedían mediante escaleras externas de madera. Todos estos refugios estaban llenos de gente. Estaban constituidos generalmente de un solo ambiente y en muchos casos compartido con los animales que, por lo menos, ayudaban a calentar el ambiente. De la mayoría de las chimeneas improvisadas salía el humo que impregnaba la ropa de las personas, a las cuales también a causa de las lámparas, se les aclaraba el cabello. ¡Estaban realmente mal!

La particularidad de la jornada, el reposo y, finalmente, una buena comida, sirvieron para alejar un poco los problemas, tener esperanzas en el futuro e, inevitablemente, para revivir los recuerdos del pasado.

En los buenos tiempos, la religiosa serenidad de las festividades navideñas y el reposo benéfico, así como la presencia de la nieve, creaban un clima ideal para gozar de un poco de recreo. Se organizaban hermosas reuniones familiares, también de convivencia, y la más importante coincidía generalmente con el faenamamiento del cerdo, una verdadera fiesta que era un poco la ostentación de la prosperidad de la casa.

Tarde por la mañana y finalizada la operación ritual para acondicionar al pobre protagonista de la fiesta, se pasaba al abundante banquete que duraba muchas horas, entre interminables discusiones que proseguían, después, alrededor del fogón y de las cuales, finalmente, podían participar también las mujeres. Tras vueltas de vasos del mejor vino se hablaba de todo; los ancianos tenían el honor de poder intervenir, de interrumpir y de también de pasar a otro tema. Entre nosotros el privilegiado era el tío Vincenzo ante el cual muchas veces debía ceder también el abuelo, frenado por un gesto de la abuela, porque de otro modo, se molestaba y con un giro de capa, abandonaba al auditorio. Esto ocurría en raras ocasiones porque su conversación era siempre interesante, prefería, sin embargo, su propio terreno: las maravillas de la construcción, las técnicas osadas, pero aún válidas, de las bóvedas y de las cúpulas comparadas con las nuevas del hierro y el cemento armado. La discusión tocaba también otros campos: el progreso de la ciencia, los nuevos descubrimientos y los que se harían en el futuro, como el empleo de los aviones para el desarrollo de unas actividades similares a las del transporte terrestre, tema no siempre compartido con el hermano. Nosotros los muchachos, nos mandábamos a mudar rápidamente en busca de nuestra diversión, pero al regreso, a veces bañados, estábamos obligados a participar del círculo y a menudo los temas desarrollados también atraían plenamente nuestro interés.

Pero no estábamos juntos sólo en ocasiones particulares. Nos reuníamos también para jugar a la lotería o a los naipes, o bien para escuchar la lectura de una buena novela —de aquellas seguidas por el auditorio, relatos de viejas historias de aventuras en tierras lejanas— seguida a su fin de sabios comentarios. Otras veces el interés era dado por las transmisiones de radio de una ópera lírica, especialmente en los primeros tiempos cuando era más sentida la fascinación por las celebridades y por los grandes templos de la música traídos hasta casa. El motivo también podía ser simplemente el deseo de estar en compañía para discutir sobre hechos o cosas comunes, para compartir experiencias de trabajo, mientras las mujeres aprovechaban para charlar y hacer... enfermar a la lengua, realizando al mismo tiempo finos trabajos de costura. Los hombres, a veces, para sentirse un poco libres frecuentaban también los locales públicos, incluido el bonito salón del Dopplavoro (el O.N.D.) que había reemplazado a varios círculos recreativos. El tiempo transcurría velozmente durante aquellas horas de sana distracción y el infaltable buen vaso servía para alejar el pensamiento de los problemas cotidianos y hacer galopar la fantasía de los más jóvenes.

Durante el invierno llegaban compañías teatrales, compuestas por familias de artistas modestos, casi siempre napolitanos, que desembarcaban por un mes en gira por la provincia, representando largos ciclos de obras que requerían tiempos predeterminados para estar en varios pueblos. Sucedió también que por falta de medios la estadía se fuese alargando y la ciudadanía, que no era insensible, los ayudaba de todas formas, también anticipando el costo del espectáculo. Aún así, los artistas no disminuían su esfuerzo, y eran capaces de fuerte

dramaticidad y de intensa pasión, lo que hacía que su trabajo y los particulares personajes fueran recordados por largo tiempo, como el resto de las primeras actrices por las cuales más de uno sintiera gran pasión. Constituían motivo de atracción general, especialmente de parte de los jóvenes; pero la escuela, que funcionaba en el palacio del "teatro", daba a los muchachos la posibilidad de ser parte de la vida de aquellas familias de trotamundos sintiéndose útiles para conseguirles algún ingreso.

Se habían realizado muchas exhibiciones de aficionados que habían puesto en escena buenos trabajos acompañados del característico conjunto local de instrumentos de cuerdas. Los protagonistas, para bien o para mal, eran recordados e imitados por los pequeños que preparaban escenarios por todas partes, con materiales dispares, tanto que en una oportunidad la instalación, formada también por una ventana de balcón, se desarmó engullendo a los artistas; eran diversiones sanas que requerían el trabajo y la creatividad de los participantes.

En la última semana del año la lucha contra el tiempo registró una cierta disminución. El esfuerzo sobrehumano de los últimos meses, las condiciones miserables que afligían los cuerpos cansados y enfermos de la mayor parte de las personas requerían por fin un poco de descanso. Por lo demás, estábamos casi al fin de la estación que había sido tan clemente que permitió a todas las familiar alcanzar el objetivo máximo prefijado de estar al reparo de la intemperie. El frío era insoportable, tanto que parecía impedir la caída de la nieve ya presente en poca cantidad en los montes circundantes.

Por costumbre el período entre las máximas festividades del año comportaba un alto, o al menos una disminución de las actividades, un relajamiento natural que alegraba al cuerpo y al espíritu. Eran días también para reflexionar sobre todo lo realizado en los largos meses de intenso trabajo y acerca de los proyectos futuros. Con más razón hacía falta después de un año tremendo y extraordinario como aquel, necesaria también para afirmar las relaciones humanas afectadas por el egoísmo llevado al exceso a causa de las terribles vicisitudes vividas.

Fueron días de recogimiento, de meditación profunda sobre los acontecimientos, de búsqueda de las causas que habían provocado tanto encarnizamiento de la mala suerte contra nosotros que, seguramente, no habíamos sido los peores para merecer tanta desgracia.

También los cañones hicieron una pausa, pero la devastación, convertida ya en una obsesión, nos recordaba que estábamos en una zona de operaciones.

El tiempo se descompuso por la tarde del 31 de diciembre y comenzó a nevar copiosamente. Se intensificó el viento frío y al caer la oscuridad se desencadenó una tormenta de violencia increíble. Nuestra casa reventada como estaba, era atravesada por las ráfagas desde todos lados por el fracaso de las puertas y ventanas tambaleantes que parecían ceder de un momento a otro. A ratos advertíamos los sobresaltos transmitidos por las fuerzas desencadenadas de la naturaleza contra los dos solares comprometidos; la tempestad nos aterrorizó al punto de inducirnos a ir a dormir más temprano de lo acostumbrado. El silbido del viento era fortísimo, modulado y variable, parecía durante la noche, una gritería infernal. El polvillo helado entraba abundantemente a través de las rendijas de los cerramientos y de los vidrios rotos formando pequeñas montañas en el piso y cubriendo los cobertores de los lechos. Fue una noche terrible, de frío intenso, tanto que cuando se hizo de día ninguno tuvo el coraje de levantarse. Un sol bellissimo iluminaba por momentos una escena polar. La nieve caía con la misma intensidad de la noche anterior, pero no parecía porque se confundía con la que las fuertes ráfagas de viento levantaba del suelo formando, con un torbellino impresionante, en varios lugares una acumulación de algunos metros de altura. Si bien se había sumado la naturaleza para incrementar nuestros problemas, no fuimos insensibles a los recorridos del Año Nuevo, intercambiando los buenos augurios para un año mejor.

Algunos de nuestros huéspedes debieron, por necesidad, salir afrontando grandes dificultades y cuando regresaron fuimos informados de una terrible desgracia ocurrida durante la noche, de la que todavía no se conocía completamente el funesto desarrollo. La parte superior de un muro desarticulado de la casa vecina, empujado por la tormenta, había caído sobre el pajar de San Antonio, una pequeña construcción rural de dos pisos, de propiedad de la iglesia, y anexa

al campanario y por lo tanto salvada de la destrucción. Una gran cantidad de piedras cayó sobre el techo y, destruyéndolo, había alcanzado a algunos pobres desgraciados que dormían sobre la paja en su interior.

Se estaba corriendo una carrera contra el tiempo, de gran solidaridad humana, una lucha desigual contra los enfurecidos elementos de la naturaleza, tratando de extraer a los heridos. Cualquier débil lamento percibido a través de los rumores de la tempestad, cuya fuerza terrible se aplacaba por momentos estrellándose contra la firme muralla de la torre, alimentaba y sostenía todavía la esperanza y la extenuante fatiga de los socorristas. Pero, desgraciadamente, ante sus ojos atónitos se reveló un desastre: de las cinco personas sorprendidas durante el sueño fue encontrada con vida sólo una joven mujer, herida gravemente. El destino cruel se había llevado al padre, la madre, la hermanita y el novio junto al cual se habían refugiado porque en San Angelo, su pueblo de origen, se habían quedado sin casa. El recuerdo de aquella trágica y horrible noche permanecería vivo en el corazón y la mente de la pobre muchacha. La desesperación, la fatalidad de la grave desgracia, parecía que trastornaría irremediablemente a los ancianos padres del muchacho, pero el amor y el afecto que sentían por el hijo perdido cambió inmediatamente, y con igual intensidad, se volcó por la hija adquirida.

La desgracia fue grande, un dolor intenso envolvió a la comunidad, los ánimos endurecidos por tantos acontecimientos luctuosos no se calmaron y todos lloraron piadosamente a las pobres víctimas. Pero no siguió la habitual resignación, por el contrario hubo una rabiosa reacción contra la atrocidad que parecía destinada a no darnos tregua, ni siquiera después de aquella extraña liberación que se mostraba siempre peligrosa. También aquellos desventurados muertos, aunque sea indirectamente, por la furia de la guerra, entraron en la larguísima lista de la desgracia y de los incidentes que, lamentablemente, estaba destinada a terminar mucho tiempo después del fin de la guerra.

La alucinante y dolorosa tragedia permaneció impresa en la mente de todos: un año así infausto no podía tener un fin peor, mientras se iniciaba otro destinado a asumir, además de la desgracia, el enorme desastre que había golpeado a nuestro pueblo.

Los auspicios no podían ser peores, pero era necesario seguir adelante por nuestro camino, no había otra cosa que hacer que confiar en la buena suerte para que se produzca un cambio en la situación.

## **CAPÍTULO 5º**

### **1º DE ENERO AL 10 DE JUNIO DE 1944**

La nieve cayó continuamente durante todo el mes de enero cubriendo piadosamente, casi para ocultar la dolorosa realidad, el enorme cúmulo de escombros que testimoniaba la presencia de las casas. El frío intenso y la falta de leña movió a la gente a cortar árboles en todas partes, especialmente cerca de las viviendas y la mayoría de las veces de contrabando, llevados a las espaldas tan largos como eran. Los víveres, cada vez más escasos, eran consumidos con extremo cuidado; en la regulación de las raciones los más jóvenes estábamos primero, seguidos por los otros componentes de la familia y por último las madres. Quien poseía un cordero o un cabrito, que eran poquísimos, podía llamarse afortunado y más lo eran los poseedores de gallinas que a veces ocupaban el mejor lugar del refugio porque podían poner huevos. Del resto, todos los animales domésticos, de trabajo, lecheros y de reproducción, que habían sido ocultados con grandes riesgos y sacrificios a las requisas de los alemanes y de aquellos que, empujados por el hambre, habían intentado apropiarse de ellos, se habían convertido en ejemplares protegidos, cuidados amorosamente por sus dueños.

Si por los animales productivos se hacían saltos mortales para recuperarlos y alimentarlos, por los pobres perros y gatos se hacía bien poco, dado que en la emergencia eran absolutamente inútiles. Su número se había reducido notablemente: muchos habían muerto bajo los derrumbes y por las llamas, otros, abandonados por sus dueños y trastornados por el desastre, probablemente habrían huido al campo en estado semisalvaje. Los perros vagaban maltrechos,

sólo si tenían buena suerte podían comer la carroña de alguna bestia muerta por las minas que, sin embargo, en cualquier momento los mataban a ellos también. Para los gatos la cosa estaba peor. Los pocos que consiguieron sobrevivir y habían regresado, no podían cazar ratones ni pájaros porque ambos parecían que habían desaparecido de circulación. No sólo eso, sino que debían estar muy atentos porque fácilmente podían terminar dentro de una olla.

Así los problemas, cada vez más numerosos, afligían a todos los miembros de la comunidad, por eso cada uno debía resolverlos por sí mismo, incluidos los animales.

El frío y la nieve impidieron en la zona la ya escasa actividad militar de los aliados, hasta el punto que los ingleses suspendieron también el movimiento de las patrullas. Solamente los cañones continuaron, casi ininterrumpidamente, golpeando a Pizzoferrato y Gamberale. En ocasiones, por la noche, el alud de fuego era interrumpido por el lanzamiento de proyectiles trazadores que iluminaban intensamente la zona batida. Era un espectáculo impresionante al cual asistíamos directamente desde la altura de nuestra posición. Los alemanes sin embargo no respondían más y desde hacía algún tiempo nos habían dejado en paz también a nosotros.

Ahora quedaba claro que el invierno había calmado definitivamente, en nuestra zona, cualquier intención de los contendientes, especialmente la de los aliados en su difícilísima condición de atacantes. Los alemanes, vigilantes en los nidos de águilas que habían construido en picos inaccesibles, estaban más que seguros; no habían tomado la iniciativa, a todo lo más se habrían podido infiltrar en la tierra de nadie para efectuar acciones de hostigamiento. En cierto modo podíamos estar tranquilos porque las noticias de un relajamiento general provenían, también, desde la costa donde las actividades habían cesado con la toma de Ortona.

Sin embargo, del frente del Tirreno llegaban noticias reconfortantes acerca de un desembarco realizado por los aliados en el bajo Lazio, al abrigo de la fuerte línea de defensa que atravesaba también nuestro territorio. Su caída tendría ciertamente repercusiones favorables también para nosotros.

La inclemencia de la estación no hizo detener del todo la actividad de la población ni en aquella gran maraña de destrucción y muerte. En nuestra casa, aún cuando el frío era intenso, se trabajó en el piso inferior removiendo los escombros, recuperando y seleccionando los materiales que podían ser nuevamente utilizados. Cada vez que salían a la luz los restos de muebles o de objetos queridos, se renovaba la rabia y el rencor contra los bárbaros autores del desastre. Sin embargo, de muchas cosas buenas no se encontró rastro alguno, como el CGE, el radiogramófono que traía al mundo a casa y eso, en un Borrello tan lejano, no era poca cosa. Seguramente se lo habían llevado en la retirada y, por qué no, a Alemania donde habrían enviado las cosas mejores.

Una noche, algo tarde, golpearon a la puerta. Eran conocidos de las granjas de Gamberale que, mojados y tiritando de frío por haber vadeado el río, nos pidieron refugio para pasar la noche. Dijeron que se dirigían a Agnone, donde esperaban encontrar refugio.

Esta pequeña ciudad había adquirido una importancia extraordinaria. Liberada sin haber sufrido daños se encontraba íntegra y con su actividad en operación; los aliados le había aportado bienestar porque a su alrededor se desarrollaba todo tipo de actividades. No se negaban a cargar en sus vehículos a los civiles que debían alcanzar lugares lejanos, los refugiados y también los contrabandistas que iban a reabastecerse al sur de todo tipo de mercadería que luego revendían a precios enormes a aquellos que necesitaban de todo. Se había convertido en una meta deseada, reventaba de gente y decir Agnone era como decir uno de los tantos pueblos vecinos donde nuestra gente martirizada era bien recibida.

Los huéspedes se secaron junto al fuego y se reconfortaron recuperando vigor con algunos vasos del buen vino de la Provvidenza; luego se desahogaron, contentos por la libertad recuperada, en una larga charla que se prolongó hasta la noche tarde. Mi padre y el abuelo estaban a sus anchas porque habían pasado algunos años en su lugar de origen durante la construcción de la ruta que había terminado con el aislamiento de sus comarcas y podían referirse a cualquier persona o cosa porque conocían a todos y a todo. Contaron que la



población de la otra orilla, además de haber sufrido la destrucción de sus casas, era sometida continuamente por los alemanes a vejaciones de todo tipo y, a veces, a feroces ejecuciones.

La última había tenido lugar la noche de Navidad, cuando algunos hombres, entre los que estaba Lalli el viejo médico general de San Angelo, fueron ejecutados entre los restos de una casucha. El hecho se realizó entre los gritos de los pobres infortunados y de sus parientes que buscaban desesperadamente librarlos de la muerte porque aquellos pobrecitos, verdaderamente no eran culpables de ningún acto criminal. El dolor y la conmoción alcanzaron el punto culminante cuando, traído por el viento frío, oyeron el sonido de nuestras campanas. Aquel fue un acto de ferocidad contra gente desarmada contrario a las leyes de la guerra.

Los alemanes fusilaban por la sola sospecha de que entre los civiles hubiese espías, informantes que proporcionaban al enemigo indicaciones e informes reservados de sus defensas, sus alojamientos y sobre la ubicación de objetivos militares en general. En los últimos tiempos la vida se había hecho imposible porque las patrullas descendían de los dos pueblos mártires, donde no quedaba sombra de habitantes, varias veces al día. Se extendían hasta el río efectuando contra la pobre gente, refugiada entre los escombros del caserío y en las grutas, pesquisas y actos de feroz crueldad.

El objetivo estaba bien claro: no toleraban más la presencia de la población ni siquiera en el campo; pretendían a cualquier costo que marcharan a retaguardia, desalentando por todos los medios, el paso de la línea. Pero resultaba absurdo pensar en realizar un plan de ése tipo en pleno invierno, porque alcanzar Palena o Sulmona, cruzando aquellas montañas nevadas y con un frío polar, significaba la muerte cierta de un gran número de los pobres desgraciados que se hubiesen aventurado a hacerlo. No faltaba, sin embargo, quien se atreviera a fugar hacia la otra orilla arriesgando doblemente la vida, pero aquel era un camino sólo para los jóvenes.

Contaron también acerca de algunos desventurados que, apenas vadeado el río, con gran alegría encontraron una patrulla, seguros de que se trataba de soldados aliados. Uno de ellos que hablaba bien inglés por haber estado de joven en América, respondió con abundante información el interrogatorio de los militares acerca de los alemanes. Pero la noche y el ansia de libertad los traicionó; aquellos hombres que se habían prestado bien al trágico juego eran, en realidad, alemanes y por eso fueron bárbaramente pasados por las armas.

Esta y otras cosas horribles contaron nuestros huéspedes, además de los estragos producidos por las minas, el cañoneo y también por los francotiradores, por lo que tuvimos la certeza que nosotros, en el fondo, habíamos tenido mejor suerte.

Pero no perdimos completamente el buen humor. La interminable velada nos reservaba a menudo graciosas escenas de la vida familiar que rompían el gris monótono de costumbre: don Ciccio, inevitablemente, cada vez que levantaba la cabeza del fuego, donde había luchado largamente para tomar una brasa con la que reavivar la pipa, golpeaba su cabeza contra la parte superior de la chimenea. Desahogaba su rabia con coloridas maldiciones en lenguaje vernáculo, sobre todo cuando el abuelo, jocosamente, lo invitaba a no... demolerlo. O bien la tía mayor que, al contrario de todos, no temía al frío y que recurría, "con fines de salud" según decía, a darle una fumadita a la pipa que su marido le pasaba cotidianamente.

La actividad militar continuaba restringida en todo nuestro sector, se verificaban solamente algunos movimientos de patrullas que algunas veces se encontraban en las proximidades del río. Se producían fuertes y esporádicos cañoneos en un solo sentido, que batían la otra orilla con el único fin de desorientar a los alemanes con el inicio de falsas ofensivas. Villa Casati en Pizzoferrato constituía uno de los objetivos habituales: desde su posición casi inaccesible, se dominaba y controlaba completamente el valle a lo largo de un frente de muchos kilómetros. Era una espléndida casa pensada como residencia de verano, casi una ermita, por un enamorado de las bellezas naturales del lugar: el Primer Presidente de la Corte de Casación al que se lo había hecho descubrir el Caballero Vincenzo Malocchi, padre del turismo local y de otros centros de los Abruzzos. El primero de febrero circularon noticias, en verdad muy vagas, de un ataque inglés, apoyado por civiles armados, contra el pueblo y en particular contra la villa, con muchos muertos de ambas partes pero sin cambios en la situación. Aquella fue, durante todo el invierno, la única verdadera acción de guerra desarrollada en nuestra zona.

Entretanto, en nuestro frente, a mediados de febrero, se había producido la llegada de tropas. Los ingleses habían sido reemplazados por la División Cárpatos del 2º Cuerpo del ejército polaco, recientemente desembarcado en Italia, que comprendía una gran unidad destacada en el sector americano. De Capracotta y de Pesco, desplazándose en esquís en sentido noreste, llegaban hasta nosotros en cualquier momento. Los muchachos admirábamos extasiados el equipamiento que tenían, discutiendo de ataques, raquetas y otros accesorios, comparándolos con nuestros esquís, todos de fabricación casera, los que seguramente no podrían competir con los de ellos. Los polacos eran soldados diferentes a todos los que habíamos visto; de una humanidad mayor, se compadecían de nuestro mal estado, aunque su interés no nos ayudaba materialmente. Muchos habían sufrido nuestra misma suerte, por lo que conocían bien la maldad que los alemanes usaban con sus enemigos, sentían por ello, en cierto sentido, humana piedad por nuestras condiciones.

Una mañana, desde lo alto, vimos que la casa estaba rodeada por una patrulla, mientras algunos hombres avanzaban con cautela. Cuando se convencieron que todo estaba normal, se acercaron a nosotros explicando que se habían alarmado por la presencia, en la noche, del enemigo. Se calentaron junto al gran fuego, sacaron las raciones y nos invitaron con su buen té. El comandante, además de hablar un poco nuestro idioma, conocía el latín, así que existió la posibilidad de examinar a nuestros jóvenes estudiantes; satisfecho con nuestra preparación, nos dejó como premio, casi todo el chocolate de que disponían.

La situación alimenticia se había tornado difícil. Las mujeres habían estado maravillosas administrando lo poco que había salvado o que, con trabajo, habían conseguido reunir de los más afortunados o, recibidos de generosos parientes cercanos y amigos generosos que habían sacrificado su propias miserables pertenencias. La esperanza de todos estaba puesta en la tierra; era necesario en cuanto el tiempo lo permitiese, volver a cultivar los campos y a sembrar, de otro modo no nos salvaríamos. Se debía, por lo tanto, trabajar rápidamente en dos frentes porque la reconstrucción de las casas no podía ser de ninguna manera descuidada.

Mientras tanto, hacía falta sobrevivir durante muchos meses antes de la cosecha, con la certeza que el período más duro de superar sería el último, la “costa de mejje” (**cuesta de mayo**) tristemente famosa aún en tiempos normales, porque las familias llegaban con el granero vacío, justamente cuando los cuerpos necesitaban de mayor sustento para poder afrontar los esfuerzos estacionales más duros.

La falta de sal aumentaba el sufrimiento y sumada a la falta de aceite, hacía más desagradable al hambre. La búsqueda de este elemento, que ahora escaseaba también en los pueblos más afortunados que el nuestro, debía ser efectuada en sus lugares de origen: ¡el mar!. Llegar a la costa daría también la posibilidad de conseguir otro tipo de alimentos dado el breve tiempo de estacionamiento del frente y, especialmente, de acuerdo a las voces de los pocos corajudos que ya habían intentado la aventura, para poder disfrutar de las provisiones y de las eventualidades conectadas a la masiva presencia de las tropas de ocupación. Los jóvenes recomendaban esta posibilidad buscando de convencer a sus padres que, a pesar de la falta de productos, se resistían a permitir su viaje con experiencias desconocidas. Pero pronto debieron ceder y al atenuarse los rigores del invierno se rompió el aislamiento que parecía habernos confinado en un mundo primitivo, después de haber sufrido incomodidades y peligros de todo tipo, desnudos, con hambre y con el ánimo embrutecido.

Se abre así “la vía de la sale”, un viaje a pie de por lo menos cuatro días que muchos, también los menos jóvenes, emprendieron bajo el peso de la mochila, recorriendo casi toda la ruta de la peregrinación que el 10 de junio llevaba a la Madonna dei Miracoli di Casalbordino. Nuestra marcha, sin embargo, era en silencio, sin aquellas largas canciones jubilosas que los peregrinos sólo interrumpían cuando la fatiga era insoportable. Pero seguramente invocando, cada uno dentro de su corazón, la gracia y la protección para llevar a buen fin la misión. Era aquella también la ruta que recorrían anualmente los segadores, los más pobres que, para redondear el magro balance anual, antes que nuestro grano madurase, iban ofreciendo sus servicios hasta en Puglia. Un trabajo durísimo, un sacrificio increíble que se realizaba en interminables días de junio, desde el alba al anochecer, bajo un sol violento que algunas veces golpeaba irremediadamente a las personas más débiles, como había ocurrido a un pobrecito

que el abuelo, casualmente de paso, fue llamado a reconocerlo en el cementerio de uno de aquellos pueblos. La ruta de la sal representó la continuación ideal de aquel sacrificio, que por sobrevivir, casi todos fueron obligados a recorrer.

En la costa se encontraba de todo, hasta el tabaco en hojas y la bencina para las lámparas. Se conseguía con el “amlire”, la moneda de ocupación que muchos, habituados a las enormes hojas de nuestras mil liras, se resistían a cambiar. Además de los víveres, se comerciaba, en gran cantidad material militar: zapatos, uniformes, cobertores, toda ropa en óptimas condiciones. Los repatriados que había participado de la guerra se maravillaban del tratamiento reservado a los militares aliados, para nada comparable con el que se había tenido con nuestro ejército: abundancia de víveres y de vestuario, la paga que era un rico estipendio, lugares de descanso y distracción durante su estadía. Todas cosas que no parecían de soldados, sino de verdaderos señores.

Las narraciones acerca de aquella tierra feliz, las cosas extraordinarias que habían visto, suscitaban en nosotros los muchachos un deseo morboso de participación. Los protagonistas de aquellos extraordinarios y complejos sucesos que se estaban viviendo en nuestra tierra, casi vecina, pero para nosotros tan lejana, nos fascinaron infinitamente. Habían llegado ingleses, australianos, neozelandeses, africanos, hindúes, apareciendo como por encanto, desde el otro extremo del mundo hasta nuestra tranquila región de pastores. Una gran confusión de lenguas, eso sin considerar que allí, junto con la otra gente, también estaban los americanos. Parecía que los hombres de la jungla de Salgari, con turbantes y cimitarras, hubiesen surgido de aquellos libros ávidamente leídos hasta unos meses antes, materializándose extrañamente. Nuestro pequeño mundo aislado, casi egoísta, fruto de un nacionalismo exasperado, no había permitido ningún contacto con las otras razas, salvo el ruinoso impacto con los alemanes. Nos pareció increíble cómo tantos pueblos, así de diferentes, hubiesen podido aliarse combatiendo, tan lejos de sus propios estados, por el mantenimiento de la democracia. Pero pronto comprendimos la importancia de ese gran fenómeno que seguramente, con el tiempo, habría de influenciar nuestra conciencia. ¡La guerra había conseguido por lo menos esto!

Sin embargo en cierto momento, por razones de seguridad, no se permitió más la circulación fuera de las propias comunas de residencia. La policía militar con la colaboración de los carabineros que se estaban reorganizando, imponía el respeto de las ordenes con puestos de bloqueo ubicados en puntos estratégicos. Identificaban y controlaban las personas que para circular debían poseer documentos y permisos; los contraventores, en el mejor de los casos, eran enviados de regreso, o internados en los campos de concentración. Pero, para poder pasar, muchos se decidían a realizar largos recorridos que aumentaban notablemente el cansancio. Algunos desafortunados fueron a parar a un puesto que estaba comandado por aquel diligente “mariscal” nuestro, por lo que tuvieron serios problemas. A veces, aquellas extenuantes y fatigosas expediciones se convertían en un motivo de distracción; realizadas siempre por los jóvenes que así conseguían, tras tanta adversidad, levantar sus espíritus. Cuatro de ellos, grandes comilones en tiempos normales, se acercaron una noche, muertos de cansancio y hambrientos, a una posada. La dueña palideció cuando al preguntar por la cantidad de pasta a cocer, partiendo de la razonable base de un kilo, “¡un kilo...!” respondieron maravillados aquellos muchachones. “Y... ¿un kilo y medio...?” Las tratativas se interrumpieron al llegar a ¡cuatro kilos!. La señora los sirvió, y recién entonces se convenció de lo que habían tragado aquellos anormales... hambrientos.

También mi padre tuvo necesidad de emprender algunos viajes, y aprovechando la ocasión los extendió hasta los pueblos molisanos del interior donde, según un informante, se había visto a nuestro caballo conducido, como en una aventura romántica, por un individuo que se había fugado de los alemanes. Se hizo amigo de un molinero que compensó su sacrificio proveyéndolo, en varias ocasiones de óptimos recursos alimenticios.

Nadie paso el invierno sin hacer nada. En los días más favorables iniciamos el trabajo preparatorio para la reconstrucción de las paredes de nuestra casa, comenzando por la demolición completa de los solares semidestruídos de la planta baja cuyas armaduras reticulares debían ser cortadas por papá, con mucha paciencia y duro trabajo, utilizando una sierra gastada. Para superar la falta de los materiales, actuó la técnica del reciclaje: de los edificios destruidos se limpiaban las piezas de hierro torcidas que, calentadas en grandes pilas

de leña, con un trabajo ciclópeo eran enderezadas a golpe de maza. El procedimiento ya había dado buenos resultados con otros elementos metálicos dañados, especialmente con los elásticos de las camas. Todos los artesanos trabajaban con gran afán en sus talleres utilizando materiales y elementos recuperados: los herreros remodelaban instrumentos de trabajo, fabricaban clavos de todas las medidas y todo cuando servía para el trabajo de reconstrucción; los carpinteros reparaban puertas, ventanas y muebles dañados. Como también era necesario ocuparse de las personas y no sólo de las casas, los sastres y los zapateros, confeccionaban ropas con cobertores y reparaban los zapatos con parte de los aperos, ahora inútiles, de los caballos requisados por los alemanes. La moneda corriente para compensar la prestación de trabajos especializados, además del trueque, efectuado por los afortunados que disponían de alimentos o de materiales de primera necesidad, estaba constituida principalmente por la contraprestación de mano de obra y de servicios retribuidos con otros medios o con los animales de trabajo. Se había constituido una forma de cooperación perfecta, de absoluta mutualidad. Se necesitaban, sin embargo, brazos fuertes para encarar la liberación de todas aquellas áreas obstruidas por montañas de materiales.

No era posible conocer con precisión, fuera de las vagas noticias contadas por los viajeros, el desarrollo de la guerra en el resto de Italia y del mundo, porque faltaba la radio y todos los servicios informativos, incluso en los centros de cierta importancia liberados desde hacía tiempo. La situación de diciembre no se había modificado gran cosa. El frente estaba detenido, del Adriático al Tirreno, a lo largo de la línea defensiva preparada por los alemanes que había sido atacado sólo en el sector abruzzese, limitado al breve trecho final de la planicie del Sangro. Pero la avanzada había sido bloqueada por una segunda línea, preparada de urgencia, a lo largo de la traza Ortona-Monte Maiella. En el otro extremo ni siquiera los americanos habían hecho progresos. Estaban detenido delante de Cassino donde se libraban violentas y sangrientas batallas para la toma de la Abadía. La situación era difícil y representaba ciertamente el escollo más duro para los aliados desde que estaban empeñados en la campaña de Italia. La cabeza de puente establecida luego del desembarco en Anzio permanecía enclavada en el litoral, casi inútil, para moderar la exasperada presión defensiva alemana.

Corrían voces, sin embargo, que los aliados estarían preparando una gran ofensiva para la primavera ya cercana, no sólo en Italia sino también en el resto Europa, para asestar el golpe de gracia a Alemania. De hecho, todos los días aparecían en nuestro cielo, por detrás de las Cruces de Montecalvario, en dirección al norte, de grandes formaciones de los gigantescos cuatrimotores, las famosas "fortalezas volantes", que volvían a pasar después de algunas horas a mayor velocidad, porque se habían aligerado de su carga de muerte. Era un imponente espectáculo de fuerza y nosotros, los muchachos, quedábamos maravillados, habituados como estábamos a ver pasar a algún raro ejemplar de nuestra aviación.

Mientras tanto, nuestra desinformación sobre "la Italia", a la cual pertenecíamos, era completa. Debían ser dos: una frente a nosotros ocupada por los alemanes, pero... y la otra, la nuestra ¿dónde estaba?. Nos encontrábamos en una posición absolutamente equidistante, fronteriza, entre dos partes de una nación contrapuestas; nuestros recuerdos de la Italia se habían cerrado el 8 de setiembre y de todos aquellos ilustres prófugos no supimos casi más nada.

Por otra parte, no teníamos ni ganas ni tiempo para saber más, debiendo pensar en nuestros enormes problemas, los cuales con la llegada del buen tiempo, se agigantaron. Era necesario proceder a la preparación de la tierra para la siembra de granos de marzo, de las legumbres y de cuanto fuera necesario para la supervivencia, tareas que tuvieron prioridad con respecto a las de la construcción. Se había hecho mucho aún en las frías jornadas invernales y las paradas sólo habían tenido lugar cuando era imposible trabajar.

El intervalo duró hasta el fin del invierno cuando, como por encanto, el Estado dio señales de vida. Pero la autoridad no volvió para asegurarse de nuestra situación, haciendo la lista de nuestros problemas, quizás ilusionándonos con promesas de ayuda en tiempos mejores. No, absolutamente no, ninguna reparación por parte de quienes nos habían traicionado y abandonado. El primer acto fue la restauración de las leyes con el envío de los carabinieri a reinstalarse en su cuartel, una pura y simple toma del poder con la imposición de duras ordenanzas. Una de ellas, quizás la primera, golpeó a nuestros jóvenes: aquellos que hasta

algunos meses antes habían combatido “por la grandeza de la Patria”, sobreviviendo al drama del 8 de setiembre. Como si todo esto no hubiese bastado, debían volver a presentarse para ¡cumplir con el servicio militar!. El ejército se había reorganizado y algunas unidades ya combatían al lado de los aliados; en nuestra tierra se decía que se había empleado la división de paracaidistas Nembo.

El procedimiento parecía, por decir poco, inicuo, tratando de emplazar a una juventud que estaba en condiciones deprimentes: sin casa, sin nada más, sólo con un negro porvenir por delante y, como si no fuera suficiente, de distraerla en el particular momento en que sus fuerzas eran indispensables para la reconstrucción. Así fue que muchos no se presentaron al llamado y algunos, de los pocos que lo hicieron, escaparon directamente de la zona de operaciones donde habían sido enviados rápidamente. Por muchos años debieron escapar a la persecución de la ley y los desertores tuvieron que recurrir a expatriarse clandestinamente.

El Estado se asentó con la prefectura y sus oficinas en Lanciano, sede de nuestra circunscripción administrativa, debido a que Chieti estaba todavía ocupada. Siguió, inmediatamente, la reconstrucción de los municipios que fueron confiados a comisarios extraordinarios; en Borrello fue designado el Doctor Vincenzo Beviglia. El aparato oficial comenzó a moverse entre miles de dificultades administrativas, pero siempre de acuerdo con las directivas impartidas por las vigilantes autoridades militares aliadas. De esta forma, las instituciones, ausentes desde el 8 de setiembre, volvieron a funcionar, también si durante la ocupación del ejército alemán el “podesta” había continuado con el desarrollo de sus funciones habituales.

Una tarde el comisario y el brigadier, en una visita insólita que produjo aprensión, vinieron a casa para comunicar oficialmente la muerte de tío Diamante ocurrida en noviembre en Canicatti, donde comandaba a los carabinieri. La noticia causó profundo dolor y fue otro golpe, irremediable, que se sumó al pesado tributo pagado por nuestra familia en aquella inútil guerra.

Era el mayor de los hermanos de papá, de carácter fuerte, impulsivo, pero altruista y de buen ánimo, estudiando en Chieti, apenas a los diecisiete años partió como voluntario a la Gran Guerra. Su gesto, aunque inicialmente convulsionó a la familia, fue considerado extremadamente valeroso, un acto de puro patriotismo que, además de enorgullecernos a todos, le valió la predilección paterna y la admiración incondicional de sus hermanos. Licenciado, pasó al arma en que servía, con gran decisión, hasta el sacrificio de la joven vida a causa de los sangrientos servicios prestados en la zona de operaciones, antes y después de la ocupación.

Figuras como la suya adquirían relevancia en el clima de ferviente amor por la patria que había sentido la nación especialmente en las vísperas y en los primeros tiempos del conflicto; los más jóvenes de la familia, fascinados por las empresas heroicas que llegaban agrandadas por la propaganda, estábamos envalentonados. Cuando venía de licencia, participábamos atentamente en la casa paterna, a las discusiones que los mayores mantenían sobre los vaivenes de la marcha de la guerra. Surgían a menudo críticas y acusaciones; nunca, sin embargo, se hizo culto de una actitud derrotista, porque prevalecía el principio moral según el cual la patria debía ser sostenida aún en los peores momentos.

El abuelo, clásica figura del profesional honesto, formado entre muchas adversidades, tenía en su interior, por haber nacido durante el cumplimiento de la unidad de Italia, un profundo ideal patriótico que, alimentado por sus maestros, había luego transmitido a sus hijos y a aquellos que se habían formado en su escuela. Había creído en el advenimiento del Fascismo porque pensaba que sería, sobretodo, el remedio para las pesadas determinaciones a adoptar en la post-guerra, capaz de renovar las instituciones y de refundar el Estado con una fuerte conciencia nacionalista. Su entusiasmo adquirió otra dimensión cuando adhirieron apasionadamente los dos insignes coterráneos D’Annunzio y Paolucci. Pero las expectativas fueron traicionadas al intensificarse las señales premonitorias de la entrada en la guerra, acontecimiento que seguramente habría convertido en vanos los esfuerzos realizados para la formación del publicitado estado modelo y anulado todo lo bueno que hasta allí se había realizado. La desaprobación, digna y contenida, fue completa en el acto de la declaración de

guerra, aún cuando en los primeros dos meses del conflicto, que coincidieron con los últimos de su vida, la suerte estuviera a favor de Italia.

La casa del abuelo había sido siempre lugar de encuentro y de entretenimiento de buenos amigos, de sanos y constructivos debates sobre todos los argumentos y en los momentos decisivos de la vida de la nación, en fervientes discusiones. Su recuerdo y el de las reuniones del último verano de 1940, permanecían vivísimos en mí. Pese a tener su salud comprometida, quiso cuidar mi preparación y la de otros tres muchachos, para el examen de ingreso a la escuela media, única que había iniciado su ciclo en octubre. Fuimos, desgraciadamente, sus últimos discípulos; lo honramos con un brillante resultado en el Real Liceo Ginnasio di Lanciano, tanto que la Comisión deseó conocer el nombre del profesor.

Al aproximarse la primavera las labores del campo tuvieron prioridad absoluta: la siembra del grano, la poda de las viñas y la tala del bosque para la preparación, sobretodo, de madera de obra. La primera fue afrontada con vigor y entusiasmo, con pasión y cuidados amorosos, casi como si la tierra fuese una criatura humana. Se esperó obtener una cosecha mejor que la del año anterior, de la que finalmente, nosotros habíamos cumplido y franqueado las obligaciones restrictivas que en el pasado era causa de malhumor y de arriesgadas violaciones de la ley que habían producido severas sanciones penales.

Entre tanto, habían hecho su reaparición los vehículos, naturalmente los militares: los pequeños jeeps que marchaban por todas partes. De Pesco alcanzaban Rosello a través de los prados y luego Borello, vadeando el Verde. Los muchachos estábamos impacientes por ver, finalmente, el poderoso y ponderado aparato listo para iniciar el ataque al gran bastión natural que tenían frente a sí.

Las esperanzas fueron alimentadas por el arribo a Pesco de otros contingentes de tropas, también de color; soldados que gozaban de la fama de ser valerosos guerreros, muy temidos por los alemanes, pero poco confiables por su poco respeto humano. Se decía que frecuentemente, eludiendo la severa disciplina, acecharon a las mujeres y que por esa razón, en algunos centros vecinos había sucedido el hecho de enfrentarse a hombres enfurecidos, ya exacerbados por las adversidades de la guerra. Además, habían encontrado pan para sus bocas y bienes para ellos, que el bosque había ocultado al cuchillo vengador. Así es que juzgamos que el comportamiento de los alemanes había sido más correcto; en efecto, en ningún caso se habían aprovechado del despotismo y la impunidad de que gozaban para el cumplimiento de tantos otros delitos execrables. La espera fue en vano: que el enfrentamiento fuese inminente era solamente una ilusión nuestra, fruto de la ansiedad de libertad que sentíamos y que nos impulsaba a ver todo terminado en poco tiempo.

Llegaron a los municipios los consejeros del AMGOT –el organismo aliado que controlaba los territorios ocupados- llamado habitualmente Post-bellica. Con la colaboración de la autoridad local estaban atentos a la seguridad de su administración. Controlaban el estado de ánimo y la agitación que siguieron a los cambios políticos sucedidos, de las instituciones asegurándose del comportamiento y de la responsabilidad de los hombres más representativos del pasado régimen. Se dieron cuenta, en vista de un futuro programa de ayuda, de las graves necesidades de la población, que había puesto sus ojos en ellos con mucha confianza. Si bien eran extranjeros, constituían la autoridad a la que presentar sus propios problemas sin sombra de sentimiento por el Estado ausente.

Los alemanes, después del súbito ataque de febrero, se habían mantenido en sus posiciones de absolutos dominadores, controlando el territorio hasta el río y aterrorizando con su ferocidad a las poblaciones sometidas. La odisea de aquella gente continuaba sin fin y una de las tribulaciones, por otra parte peligrosísima, era el estar obligados a trasladar a los heridos graves llevándolos hasta Borrello en busca de atención médica. Sucedió a menudo que los pobres que atormentados por el dolor suplicaban ayuda y asistencia, se encontraban en cualquier momento ante una operación, que aunque extremadamente delicada, era realizada de inmediato. La indiscutible capacidad de los cirujanos hacía que superaran la carencia de los elementos necesarios, pero algunas veces, el paciente, para sobrevivir, *debía haber nacido con la camisa. (Se refiere al nacimiento de un bebé envuelto en la placenta, lo que además de ser poco común, es considerado de buena suerte).*

Los muchachos habíamos tomado parte en todos los sucesos de aquellos meses e involucrados en situaciones, a veces inapropiadas para nuestra edad, de donde habíamos salidos convertidos en verdaderos hombres. Los sacrificios, las privaciones y las tragedias que habíamos visto habían formado nuestro carácter, haciéndonos aparecer más juiciosos y responsables de lo que era propio de nuestra edad. Esto, sin embargo, no limitaba nuestras distracciones y los paseos que, en definitiva, eran poca cosa: furtivas partidas de naipes, esquiar con los esquís de fabricación casera y alguna excursión fuera de aquellas opresivas ruinas en las que vivíamos habitualmente. Pero la convivencia con órdenes de todo tipo y la inconsciencia de la edad nos hacían derivar en juegos peligrosos. Por ejemplo, desarmábamos la minas recuperando los detonadores para hacerlos explotar; tratábamos de disparar armas encontradas entre los escombros, hasta un fusil con el caño torcido. Estas actividades representaban un agregado a los riesgos cotidianos a los que estábamos expuestos.

La participación en estas actividades hacía a veces olvidar las tareas que se nos habían confiado. Las mías incluían también la custodia y el cuidado de una joven oveja, en dialecto una "fellata", que a causa de las vicisitudes ocurridas, no había sido sometida a los "ritos maritales". Pertenecía al tío que la había dado en sociedad a otra persona, pero que fue devuelta porque se pretendía disfrutar directamente de útiles más provechosos, tenía la obligación de atarla con una larga sogá en los alrededores de la casa, generalmente a la vía de una decauville que atravesaba el plano regulador, y cambiarla de lugar para que siempre tuviera pasto disponible y, por la noche, llevarla a su refugio. Una tarde ocurrió que se me hizo más tarde de lo acostumbrado sin haber cumplido con mi obligación; al no encontrarla en su lugar, corrí a casa y, ¡madre mía!, encontré al carnicero que estaba despostando a la pobrecita, apenas tuve tiempo de darme cuenta de que estaba destrozada, cuando mi padre se me vino encima para hacérmela pagar, pero conseguí escapar. El incidente, al principio fue considerado como una calamidad para la frágil economía de la casa, pero después debido a la bondad de la carne que en aquel tiempo era una rareza y que mamá había preparado para su conservación, fue finalmente aceptado como una favorable fatalidad.

Con la primavera ya inminente, todas las actividades, algunas suspendidas pero no abandonadas, se reanudaron con intenso fervor; el pueblo parecía un gran astillero; también en el campo las tareas eran ejecutadas con el mismo empeño. Fuera de las pocas casas que habían permanecido en pie y sobre los restos de las destruidas, en las plazas y en las calles, habían sido colocado a secar al sol un gran muestrario de objetos y mercancías, las cosas más dispares, expuestas tal y como fueron desenterradas de entre los escombros.

El trigo ocupaba la mayor parte de las pocas áreas disponibles, tanto que el espacio para recorrer estaba reducido al mínimo; los ancianos eran los celosos custodios no permitiendo, entre tanta confusión, que fuese dañado y, mucho menos, robado. El valor de aquel bien de Dios era inmenso por las increíbles fatigas que sus afortunados poseedores habían realizado para su recuperación. Algunos debieron retirar todos los escombros de su propia casa para seguir el reguero marcado por los garbanzos que llegaba hasta la planta baja. Habían realizado la laboriosa tarea de cernido y de pelado y, por último, los repetidos lavados que devolvían al grano, si ya no había sido dañado por la intemperie, sus cualidades casi intactas. La molienda constituía el último gran trabajo, porque era necesario alcanzar, a lo largo del valle y con cualquier medio, algún raro molino de agua, ya en desuso desde tiempo atrás y reactivado por la emergencia. Algunos recurrían directamente al recurso de moler a mano, actividad larga y extenuante. Sin embargo, estos esfuerzos enormes valían la pena: el hambre podía ser apagada. Algunas veces, de entre los escombros se extraían algunos objetos de vidrio increíblemente enteros, que hacían la felicidad de sus propietarios, Todo era cuidadosamente recuperado y custodiado a la espera de una mejor organización, excepto los cuadros y las lámparas, que, colocados en algunos espacios semidestruídos, hacían una bella exposición, porque serían inservibles todavía por mucho tiempo.

Las familias que habían recuperado de entre los escombros los bienes de las casas destruidas, con el retiro y clasificación de los materiales reutilizables, habían ejecutado al mismo tiempo los trabajos preliminares e imprescindibles para la reconstrucción de un edificio. Grupos de especialistas habían preparado la madera de obra necesaria, mientras otros ya habían transportado desde Marsimone los grandes troncos. Debido a la falta de animales de carga, las

personas los reemplazaban: las mujeres llevaban considerables pesos sobre su cabeza, en perfecto equilibrio y con extrema desenvoltura, mientras los hombres cargaban todo sobre sus espaldas.

La enorme obra de la reconstrucción se afrontó con gran voluntad y extrema determinación, sin pensar en absoluto en nuestra posición en primera línea, en la tierra de nadie, expuestos a la posibilidad de otras acciones destructivas o, directamente, el regreso de los alemanes. Todas estas circunstancias eran posibles y habrían podido anular los esfuerzos y sacrificios.

Aún inmersos en aquella gran tarea, estábamos muy ansiosos por saber qué ocurría lejos de nosotros. A través de noticias traídas por las pocas personas obligadas a viajar, supimos que a mediados de marzo el Vesuvio había dejado de “fumar”, luego de una violenta erupción que había amenazado a los pueblos vecinos, ya castigados por la guerra. Recordamos que durante algunos días de fuerte viento, había caído ceniza, que en realidad nosotros habíamos creído que era simplemente polvo.

Reiniciamos nosotros también los trabajos dando prioridad a la refacción de las paredes exteriores para seguir después, con las del primer piso. Pronto se mostraron más trabajosas y difíciles de lo previsto por la escasez de los materiales y de la mano de obra, previsible por un largo tiempo. Todas las otras obras debieron ser suspendidas, también para dar tiempo a los huéspedes a regresar a sus casas o a arreglarse en otra parte. Debíamos también proceder a la cobertura del casino, para no comprometer más a los pisos ya expuestos a la estación invernal, y a las tareas agrícolas importantísimas para nuestra supervivencia.

Un día se detuvieron frente a casa unos militares ingleses que preguntaron si podían visitarla. Habían pasado poco más de seis meses desde cuando había hecho lo mismo el sidecar de la Wehrmacht que el mariscal había procedido a requisar. Seis meses durante los cuales habían sucedido cosas extraordinarias e impensables. En siglos de historia Borrello no había sido nunca afectado por los sucesos y las desventuras que nos habían sucedido en un lapso tan breve: el paso de dos ejércitos, la destrucción y la reconstrucción del pueblo ya en proceso. Pero en cambio, nos parecía que todo había sucedido mucho tiempo antes.

Uno de los soldados, el primero del grupo, seguramente el oficial de mayor graduación, mientras se desplazaba en medio de aquel desastre, dándose cuenta de la situación exclamó algo así como “What’s mined you”. Mi padre, que se encontraba cerca, entendió lo mismo y respondió que él era Mario, maravillado de que ellos pudieran conocerlo. El interlocutor, a quien el intérprete había explicado la confusión, estalló con los demás en grandes risas. Expresó su gran satisfacción por la decisión y la rapidez con las que se habían iniciado los trabajos de reconstrucción y concluyó la visita con un simpático saludo de buenos augurios.

La exclamación comentada derivó de la consideración del poco o ningún sentido de la frase “Waz mar you” (fonéticamente: uas mar iou, suena como Mario) que nosotros pensamos era la que había pronunciado aquel oficial.

El comisionado solicitó una parte de la planta baja de Casa Grande para ser adaptado como escuela elemental, lo que representaba otro pequeño paso hacia la normalización de la situación. Los ladrillos necesarios podían obtenerse de los escombros del palacio municipal. El edificio símbolo del pueblo había sufrido grandes daños y sólo permanecían en pie las paredes laterales, excepto la parte final de la fachada caída hacia el lado nuevo de la casa. Las dimensiones de viejo castillo, más parecido sin embargo a un torreón, concebidas por los Condes de Borrello para la defensa de sus posesiones, habían desafiado los siglos y los asaltos de las fuerzas enemigas, pero no había resistido a la furia germana.

Quizás fue hecho construir por quien fue la cabeza de la Familia en los albores del Milenio, como símbolo y para la defensa del núcleo habitado al cual había impuesto su nombre. ¿Era originario del lugar aquel guerrero, o se había enamorado tanto de esta tierra al punto de asumirla como creación propia? Lo cierto es que la “Gente di Borrello” fueron todos valerosos hombres de armas, muy astutos, negociadores, hábiles tanto en la paz como en la guerra, hasta el punto de haber extendido sus dominios hasta buena parte del alto Sangro y del vecino Molise y haber llegado a veces con sus tropas hasta la Campania y el Lazio. La fortaleza



estaba ubicada en la vertiente de la plataforma con que la naturaleza había dotado a nuestro territorio, para defenderlo, con los muros edificados a continuación, a lo largo de la cresta noreste; el lugar estaba protegido naturalmente por los otros tres lados, por las altas rocas. El conjunto, accesible a través de pocas puertas, constituía una fortaleza inexpugnable.

A través de los siglos “el palacio”, así llamado por todos, había cambiado muchas veces de propietario, perteneciendo en último término a los Barones Mascitelli di Atessa, los que lo cedieron a la Comuna junto con los bosques y vendieron a los ciudadanos el resto de las tierras que comprendían gran parte del área agrícola actual. De los cuatro pisos que lo integraban, solamente el último y una pequeña parte del inferior eran habitables, mientras el resto era una única masa de mampostería. La leyenda decía que detrás de aquellos tétricos muros habían ocurrido hechos de sangre, venganzas y represión en perjuicio de los pobres súbditos que entraban y no salían más, porque pisando sobre una trampa, eran tragados por un conducto vertical. Se decía que por las noches las almas de aquellas víctimas vagaban por las explanadas emitiendo lúgubres lamentos. Decía también que el Mazzeperielle, demonio sabio y travieso, había tomado posesión del palacio, rebelándose contra la soberbia y la maldad de aquellos déspotas, hasta que armó la mano de un súbdito vejado que, apostado en la plaza inferior, acabó con el último soldado del Barón.

En los años '20 el brillante síndico de la época, el caballero Vincenzo Palmieri, que en un cuarto de siglo de administración había realizado las obras públicas más importantes del pueblo, quiso darle valor a la adquisición del inmueble preparando el proyecto de transformación y reestructuración, procediendo después a contratar los trabajos que cambiaron radicalmente su aspecto. Autores de la obra fueron los abuelos de quien esto escribe, en su doble carácter de creadores y ejecutores. Se realizaron tres pisos en los cuales funcionaron la escuela elemental, el municipio y, en el último, un único gran salón destinado a las actividades recreativas, el “dopolavoro”, que en ocasiones se convertía también en teatro porque estaba dotado de un buen escenario. Los arreglos exteriores resaltaban y daban mayor imponencia al palacio, particularmente a la bella torre del reloj sobre la cual, originalmente más baja, se apoyaba el puente levadizo.

La administración comunal que era honrada por la realización del proyecto, hizo colocar como adorno de la fachada principal, en la base de la torre de la derecha y a nivel del ingreso al monumental palacio, una bella placa de bronce, obra del escultor Vito Pardo, que inmortalizaba los nombres de los caídos en la Gran Guerra 1915-1918. Las características de la obra fueron concebidas por el artista en función de la importancia y espiritualidad del lugar de su ubicación, colocada en el coloso que por los siglos, simbólicamente, debía acoger protegiéndolos a aquellos hijos perdidos. Todo el complejo, honor y gloria de Borrello fue inaugurado con una gran fiesta el 1º de setiembre de 1925, con la presencia de Raffaele Paolucci y otras personalidades de la época.

El 12 de abril se estaba trabajando en la preparación del local de la escuela —el día era hermoso, con un cielo azul iluminado de un sol brillante, casi un regalo de la naturaleza por el ejemplo dado por nuestra tierra— cuando, de improviso, por detrás de la casa salieron dos bombarderos de doble fuselaje (**Probablemente se trató de cazabombarderos P-38 Lightning, que por su diseño de dos motores laterales y con la carlinga separada en el centro, podría parecer a ojos poco conocedores que tenían “dos fuselajes”**) que pasando velozmente en dirección a Villa, lanzaron sobre Borrello una señal de humo. Con una velocidad excepcional invirtieron la marcha iniciando, al mismo tiempo, un nutrido fuego de ametralladoras que precedió por unos segundos al lanzamiento de algunas bombas. Presas del pánico, recordando las experiencias anteriores, tratamos de meternos dentro de la casa pero no lo conseguimos porque, alcanzados violentamente por la onda expansiva, fuimos arrojados por tierra. Transcurrieron unos instantes terribles, interminables, durante los cuales, paralizados por el terror, esperamos abrazados el golpe de gracia. Permanecimos inmóviles en el silencio más absoluto, confusos y asustados por la muerte que habíamos visto con nuestros ojos, por la certeza de la catástrofe y de los estragos que seguramente se habían consumado a nuestro alrededor. Tuvimos la sensación de habernos salvado pero ¿y papá, que durante los dramáticos momentos de la incursión habíamos visto venir del fondo de la calle, qué había sido de él? Sacudidos por el miedo y un triste presentimiento, nos lanzamos entre la gente que

corría, gritando frases inconexas, buscando a sus seres queridos, hacia el centro del pueblo que estaba envuelto en una nube de polvo y humo.

¡Pareció que en un instante volviésemos a caer en las trágicas condiciones de cinco meses antes!

El balance de la acción fue muy grave, una bomba había impactado de lleno destruyendo, por segunda vez en pocos meses, la casa de Antonio Festa que estaba en proceso de reconstrucción, provocando la muerte de la esposa y de un albañil que quedó sepultado por los materiales y heridas gravísimas a su nuera. Otra había explotado en las cercanías de la Piazza Risorgimento sobre un enorme nogal, del que sólo había quedado el tronco quemado, mientras las astillas, cayendo como lluvia en la misma plaza, habían herido horriblemente a dos niños que jugaban allí. Desgraciadamente, una de las pobres criaturas, Dina Cicolini, que por una increíble fatalidad era la hija del albañil muerto en la casa golpeada por la bomba, no sobrevivió. Para aquella familia fue un día terriblemente funesto, el más trágico de sus vidas. Las otras dos bombas lanzadas por los aviones, que uno había precedido al otro sin interrupción, por suerte no habían producido víctimas, excepto un pobre burro que pastaba en las cercanías de la Fondazioni.

¡La muerte, otra vez, había bajado a atrapar a los pobres desgraciados sacrificados por una causa tan inicua!

Pasado el terror, el miedo y el espanto que produjo el tremendo estrago, tratamos de encontrar una explicación plausible del ataque. Sin sombra de duda si había tratado de aviones aliados. ¿Pero cómo habían podido golpear a un pueblo ocupado desde hacía meses, y abandonado en la tierra de nadie? El fuego se había concentrado en la plaza, en una sola dirección, quizás porque se habían colocado cosas a secar al sol, en el suelo y apoyados sobre las ramas de los árboles había muchos cueros ovinos desenterrados de entre los escombros de una casa vecina. Indudablemente, los pilotos habían incurrido en un gravísimo error de evaluación, confundiéndonos probablemente con tropas estacionadas, revisando el retorno de fuerzas alemanas a la orilla derecha del Sangro. Seguramente se deben haber dado cuenta, porque salieron disparados inmediatamente en la dirección de la cual habían llegado, lo que fue bueno para nosotros, porque de otra forma, habrían vuelto a pasar hasta exterminarnos.

Demasiado tarde hubo un intento de explicación por parte de los polacos, que intentaron sostener que se había tratado de aviones alemanes. Se rindieron ante las evidencias cuando les fueron mostradas las carcasas y las hélices de las bombas totalmente distintas y con marcas en idioma inglés. Quedaron como era habitual la rabia y la desaprobación, pero después de todo ¡era la guerra!.

Mientras tanto transcurrió también el mes de abril y el frente en nuestra zona no había sufrido modificaciones. Reinaba una gran calma rota sólo por el ocasional cañoneo en un único sentido y de los repetidos luctuosos episodios debidos a los estallidos de las minas. El número de víctimas se había incrementado aún más por la muerte de un oficial polaco y las heridas de Gino Luciano que lo había acompañado a una exploración en las proximidades del Sangro. Otras dos personas habían muerto: Domenico D'Ambrosio en San Martino y Spagnuolo Domenico, el célebre panadero Mingalone, un tipo hurafío, que con su potente voz parecía querer someter al mundo, pero que, en realidad, era un bonachón.

Todos estos trágicos episodios y la realidad trastornada del pueblo destruido nos recordaban, día tras día, que estábamos en guerra, en la primera línea, donde, sin embargo, extrañamente la guerra no era combatida. La espera de la ofensiva se hacía extremadamente larga, aunque la presencia de los soldados era cada vez más notoria por la reapertura de la ruta de Giuliopolí, lo que alimentó fuertemente nuestras esperanzas.

En los primeros días de mayo hubo por fin un intento de atravesar por la fuerza el río en la estación de Gamberale, preanunciado por un fuerte cañoneo durante algunos días. Pero la artillería alemana, que estaba callada desde hacía meses, cuando la concentración de las tropas fue más importante, pasó al contraataque volcando con absoluta precisión un torrente

de fuego sobre los desventurados y sobre el puente que estaban colocando. Siguió la retirada de los atacantes que abandonaron cualquier intento ulterior de ataque.

Durante el invierno tampoco en el resto de nuestro frente se habían registrado tentativas de abrir una brecha. Los aliados, después de la toma de Ortona, habían renunciado a avanzar a través de Chieti y Pescara, de forma que las posiciones de las dos fuerzas permanecían sin cambios, salvo algunos pequeños hundimientos, debidos más que nada a la penetración de patrullas. Al VIII ejército se había agregado un contingente del Cuerpo Italiano de Liberación, tropas del reconstituido Ejército Real y la Brigata Partigiana Maiella que había sido, junto con un pelotón de ingleses, protagonistas de la cruenta batalla de Pizzoferrato. Había también liberado los pueblos del Aventino hasta Palena, donde los alemanes estaban destacados para proteger el último paso defensivo. Esta unidad, constituida al principio por pocos hombres que habían operado independientemente o en pequeños grupos en la zona noreste de las laderas de la Maiella, con el pasar de los meses había alcanzado una gran dimensión. Los ingleses, al principio contrarios a su formación, se habían convencido de la eficacia de su colaboración en base a los éxitos obtenidos en diversas e importantes acciones de guerra. Habían apreciado el valor y la fidelidad de los hombres que la integraban, héroes de verdad, que habían tomado las armas con el único fin de liberar la propia tierra y para evitar otros infames estragos bárbaramente cometidos por los alemanes.

El comandante, el abogado Ettore Troilo, que había tenido también la idea de la formación partisana, debió combatir batallas con valentía, para afirmar la utilidad y la garantía del aporte que sus hombres habían podido efectuar en la guerra de liberación nacional. Su tenacidad fue finalmente premiada cuando la Banda Patrioti della Maiella, así se llamó inicialmente la unidad, fue incluida en la organización de las fuerzas armadas aliadas. El comandante, con el ayudante mayor de la Brigada, Dr. Vittorio Travaglini, habían venido también a Borrello para convencer a los jóvenes de enrolarse en vista de la inminente ofensiva de primavera.

Siempre durante el invierno había habido noticias, no del todo claras, de las actividades que los partisanos estaban desarrollando en Pizzoferrato, después que los alemanes se habían retirado a Gamberale enseguida del ataque de febrero.

Afortunadamente llegaban buenas noticias sobre la intensa actividad bélica que tenía lugar en el extremo de la línea defensiva alemana. Cassino estaba sufriendo el golpe de gracia; su caída había finalmente hecho reemprender la avanzada a lo largo del Tirreno y permitió el encuentro con la cabeza de puente de Anzio, bloqueada desde hacía meses, y la apertura del camino hacia Roma. Por este auspicioso suceso toda la línea Gustav había sido destruida, comprendida la parte que nos correspondía, de la cual los alemanes se habían retirado sin combatir. Por consiguiente, se explicaba la decisión de renunciar a un ataque del otro lado del Sangro. Continuamos esperando, pero con la sensación que el esperado día de la liberación no debía ya tardar mucho.

La primavera estaba en todo su esplendor: de los campos todos cultivados, se obtenía el máximo beneficio; el trigo crecía a ojos vista y los árboles frutales y las viñas, a salvo de contratiempos, estaban plenos de vida y de lozanía. La fuerza palpitante de la naturaleza mitigaba el desánimo derivado de la desolación que suscitaba el pueblo destruido. El esfuerzo realizado en la agricultura parecía compensarse con una óptima cosecha, suficiente para el sostenimiento y para afrontar los primeros costos de la reconstrucción. La esperanza alegraba los corazones, especialmente de los ancianos que conocían bien la benéfica influencia de los frutos copiosos de la tierra en la vida familiar. Muchas veces, sin embargo, habían sufrido las consecuencias de los malos años, cuando era imposible también saciar el hambre y los contratos adeudados, antes de ser cancelados eran cada vez más pesados, tanto que debían pasar muchos años antes que fueran pagados. ¡Nunca, como en aquella primavera, se esperó tanto un buen año!

Se aproximaba entre tanto junio; para nosotros los jóvenes empeñados en los estudios aquel era, en tiempos normales, el mes del balance anual y de la verificación del provecho. Esta vez, sin embargo, no había nada que demostrar y nuestras familias debieron sumar a las graves pérdidas materiales, la de nuestro año escolar. Difícilmente habríamos podido recuperarlo, dado los tiempos y las condiciones en las que nos encontrábamos, con el probable peligro para

la formación intelectual y moral, de un traumático resentimiento causado por la ferocidad y la miseria de la guerra.

Advertíamos una cierta turbación en nuestras jóvenes consciencias y cada vez más la sensación que el carácter se iba modificando y el ánimo embruteciendo. Por muchos años del porvenir seguramente estaríamos resentidos y, tal vez, quedaría grabada una marca indeleble en el espíritu.

El recuerdo volvía a menudo al año anterior, a los exámenes de licencia media con una vigilia llena de tensión y de empeño, hasta el estudio nocturno. Pero el internado había forjado bien nuestro carácter, éramos responsables y por consiguiente habíamos tenido éxito. A causa de la guerra y de las restricciones no se había otorgado el premio anual consistente en una estadía fuera del pueblo, que habitualmente coincidía con las curas termales de los abuelos y que me agradaba particularmente porque era completamente dedicada a la alegre compañía de los amigos que puntualmente volvían a aquel lugar. Ni aún durante aquella estadía el pensamiento jamás olvidaba el programa de las materias del próximo año escolar, muy exigente, de ingreso al bachillerato. Los acontecimientos se estaban precipitando y en el aire flotaba el presentimiento de que algo grave estaba por suceder, por eso la preocupación por la escuela era un asunto de importancia secundaria con respecto a todo lo demás.

Se aproximaban las fiestas de San Antonio. En años anteriores ya desde el mes de mayo se percibía en la atmósfera, porque comenzaban los preparativos para mejorar la casa y renovar el vestuario de otra temporada. Con el pasar de los días crecía la espera, en particular la de los adolescentes y de los más chicos, que veían en las fiestas patronales la mejor ocasión del año para divertirse.

Eran tres días intensos, precedidos de una vigilia, la noche del 11 de junio, cuando regresaba la peregrinación, con el cuadro de la Virgen, de Casalbordino. Muchos, por devoción, anualmente realizaban a pié una marcha extenuante, con la cadencia de plegarias y cánticos, bajo un sol ardiente y pasando noches a la intemperie. Un pesado sacrificio para cumplir una promesa, por gracias recibidas, o para invocar la protección de la Virgen en las vicisitudes familiares que durante aquellos años eran cada vez más dramáticas. La gran fatiga, sin embargo, no apagaba las esperanzas y la serenidad del regreso cansado de los peregrinos; la procesión, que avanzaba en forma lenta, para dar a todos la posibilidad de sostener por un instante el cuadro, finalizaba en la iglesia después de muchas horas.

La verdadera fiesta comenzaba a la mañana siguiente y alcanzaba el apogeo el día 13, jornada celebratoria de nuestro gran Santo en el que también ponían sus ojos muchos devotos de los pueblos vecinos. La fiesta, además, significaba la visita de parientes de lejos, la feria, la gran oferta de las cerezas que, junto con los helados, eran la gloria para los chicos, las ocasiones de intercambios, y significaban grandes jornadas de reposo y distracción para todos, alegrados por los variados espectáculos artísticos y el constante sonar de la banda por las calles del pueblo. Algunas veces también sentíamos despecho porque, tentada por una oferta más alta, la banda se había ido a otro pueblo. Hacía falta entonces, que los "diputados" con frenéticas tratativas pudieran remediar la injuria sufrida, consiguiendo un conjunto mejor que hacía desistir a los jóvenes de su propósito de realizar expediciones punitivas. Algunas veces el programa incluía también el cinematógrafo al aire libre y para muchos, especialmente los ancianos, aquello era un espectáculo inolvidable. La fiesta concluía con un imponente fuego artificial y con la "rueda loca"; la potencia de los disparos debían aturdir a todos, proyectando en el espacio la fantasía de los fascinados espectadores en busca de una efímera felicidad que aliviase un poco la vida de siempre.

Obtener buenos resultados en los festejos representaba un motivo de gloria y confrontación con los pueblos vecinos, y de disputas ardientes que duraban hasta el año siguiente.

Pero en esta ocasión la comunidad no vivió la benéfica tensión de la vigilia, porque no estaban los ánimos ni los tiempos para poder pensar en la fiesta. La dura realidad permitía apenas la plegaria íntima de los devotos, la súplica al Santo para que pusiese fin a nuestro sufrimiento, acaso con la promesa de una celebración extraordinaria en tiempos mejores. Las demás, incluso las festividades de Navidad y de Pascua, habían pasado sin despertar el habitual calor

y sin la celebración de servicios religiosos. Don Peppe, el párroco de Rosello, que ya en otras ocasiones había sido nuestro padre espiritual, en aquel período había venido excepcionalmente a oficiar, dándose cuenta de nuestro comprensible embrutecimiento. Era un tipo un poco rudo, práctico, a veces un poco cómico, era el clásico cura de campaña, pero muy humano. Venía en tiempos normales en una vieja motocicleta, con el hábito empolvado, incluso roto en una reciente caída provocada por los brincos de la moto o por un animal espantado que cruzaba la ruta, escapado de la manada. Su llegada siempre despertaba nuestra curiosidad, nos apreciaba y perdonaba bondadosamente cualquier intemperancia a la que llegábamos en las burlas por su vieja motocicleta.

El milagro se produjo el primer día de junio. Llegó con gran rapidez la noticia que los alemanes habían abandonado, sin combatir, todo el territorio de la orilla izquierda del Sangro. Fue un regocijo general, mayor que el sentido el 26 de noviembre en el casino, desgraciadamente ante la vista de Civita in Lamas, la alegría volvió a nuestros rostros tristes, ¡la gran pesadilla había terminado!.

Poco a poco iban llegando los detalles del acontecimiento: la liberación de Roma, el ceder el sur de la de temible Línea Gustav había determinado, sin derramar sangre, la retirada de los alemanes de los Abruzzos y su fuga hacia el norte. Se habían producido las previsiones de los aliados, los que habían logrado los máximos resultados con el mínimo de pérdidas humanas y, ante esta situación era necesario perseguir a los alemanes, sin tregua, para finalizar rápidamente la campaña de Italia.

Regresaron de la prisión, aclamados por el pueblo, los dos jóvenes capturados en la razzia de hombres del 7 de noviembre; habían sido enviados a las cercanías de Chieti, a lo largo de la Val de Foro, donde habían realizado tareas de fortificación junto al pobre Michele Di Fiore que había perdido la vida alcanzado por el proyectil de un cañón.

Se conocieron enseguida todos los detalles de los sucesos ocurridos al otro lado de la línea durante el período de ocupación, particularmente la violencia y las vejaciones reiteradas a las cuales estuvieron sometidos durante aquellos meses, nuestros vecinos de Pizzo y Gamberale. Hubo un número impresionante de muertos: muchos habían sido fusilados sin ningún motivo, un gran número de víctimas por las minas y los cañoneos, de muertos durante acciones de guerra o, en casos execrables, por el "tiro al blanco". El cruento sacrificio de aquella gente había sido largamente superior al nuestro. Todo el territorio, además, estaba cubierto de minas y artefactos sin explotar que era necesario desactivar para poder proceder a la reconstrucción y volver así a la normalidad. Los alemanes no eran numerosos, pero hábiles para mantener en jaque a las fuerzas aliadas. Se trataba de una compañía de hombres derivados a las viviendas y en las bases de media costa, mientras otros pocos permanecían en los Tre Monti de Gamberale y S. Domenico donde estaban emplazados los morteros; disponían de pocos elementos, que a veces desplazaban para hacerlos aparecer más numerosos ante el enemigo. Tuvimos también noticias ciertas de la muerte de Barone, el caballo del abuelo, que había sido empleado hasta que una mina o un proyectil lo alcanzó cerca de las posiciones.

Había finalizado la pesadilla comenzada el 2 de octubre cuando los alemanes habían tomado posesión de Borrello, vuelto más obsesiva durante los trágicos días del monte y sólo un poco atenuada, pero siempre opresiva, en los meses siguientes. La guerra nos había descubierto en éste ángulo apartado del mundo, pretendiendo el sacrificio de nuestra tierra como precio por la ineptitud y la cobardía de nuestros gobernantes. Estábamos postrados, humillados por la fuerza y quebrados en los espíritus ¡pero no vencidos!

Quedaba la ira por lo que habíamos sufrido y por el larguísimo tiempo previsible para el retorno a la normalidad. Nos esperaban aún muchos sufrimientos en el futuro, un duro trabajo, sacrificios de todo tipo para recuperar el noventa por ciento de nuestro patrimonio inmobiliario que había sido destruido y para volver a vivir una digna vida humana. ¡Diez o, tal vez, veinte años! ¿Y el Estado? ¿En qué medida habrá de intervenir?

Mientras tanto, fuerza y coraje, con los dientes apretados, por el duro camino emprendido hacía ya unos meses, con la esperanza y la fe en el porvenir, con el consuelo, por lo menos, de haber sobrevivido al apocalipsis.

Debo concluir este escrito recordando el precio pagado en vidas humanas de Borrello por aquella inútil guerra. Fueron cuarenta y cuatro víctimas: 18 militares entre los caídos en varios frentes por causas del servicio, además de 26 civiles.

El nombre de los muertos está inscripto en el bronce del monumento ubicado en la plaza dedicada, en imperecedera memoria, al IX de noviembre de 1943, no sólo para recordar el infausto día de la destrucción, sino también para celebrar el renacimiento del pueblo iniciado inmediatamente, ya en aquel mismo mes de noviembre, con supremos esfuerzos personales mientras la Patria nos había abandonado a nuestro tremendo destino.

#### **MILITARES**

**Di Liscia Domenico, Di Luca Giovanni, Di Nillo, Giovanni, Di Nunzio Carmine, Rago Domenico: caídos en África. D'Amico Antonio, Di Fiore Antonio, Di Nardo Anselmo, Di Nardo Arcangelo: caídos en los Balcanes. Di Francesco Vincenzo, Di Luca Felice, Palmieri Armando, Palmieri Pietro: caídos en Rusia, Beviglia Vincenzo, D'Auro Diamante, Di Nardo Francesco, Festa Alfonso, Polimeno Armando: muertos en servicio.**

#### **CIVILES**

**Beviglia Carmela, Di Fiore Lucia, Di Francesco Pietro, Palmieri Giuseppe: muertos bajo los escombros de sus propias casas. Costantini Sabia, Di Fiore Michele, Palmieri Filomena: muertos por disparos de cañón. Antonelli Agata, Cicolini Donata: víctimas de bombardeos aéreos. Alloggia Davide, D'Ambrosio Domenico, D'Arcangelo Berardino, D'Auro Italo, Di Nunzio Giuseppe, Pace Luigi, Sciulli Anna, Spagnuolo Antonio, Spagnuolo Domenico: muertos por minas. Angelucci Antonio, Lalli Nicola: muertos por fatalidad. Evangelista Leonardo, Simonetti Angelonicola: alcanzados por disparos a quemarropa de los francotiradores. Cascegnia Nicoletta, Cimino Antonina, Di Scullo Candelora, Simonetti Cristina: muertas por enfermedad.**